La sociedad investigadora de la duquesa



USA Today Bestselling Author

SAMANTHA HOLT

Los escándalos de la hija de un conde

Los escándalos de la hija de un conde

Samantha Holt

Contents

Title Page
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Epílogo

Capítulo uno

Gemidos entrecortados llenaban la cavernosa biblioteca. Ivy debería haberse detenido allí. Quién sabe si fue la desesperación o la curiosidad lo que la impulsó a avanzar, pisando con cautela sobre el suelo de madera, pero, en cualquier caso, no estaba preparada para la imagen de dos personas retorciéndose contra los libros encuadernados en cuero.

Una pierna desnuda se enganchaba alrededor de la cadera de un caballero de cabello rubio mientras él besaba el cuello de su compañera y presionaba los dedos contra el pálido muslo de la mujer. Ivy contuvo el aliento, sintiendo cómo un calor intenso la invadía.

Había buscado refugio en la biblioteca del castillo de Woolchester suficientes veces como para saber que esta pareja estaba apretujada contra toda una colección de sermones. Teniendo en cuenta que estaba bastante segura de que la mujer en cuestión era la señora Von Straus, una mujer casada, Ivy dudaba que a ninguno de los dos les importara mucho que su acto fuera prácticamente blasfemo.

El hombre subió la mano y la mujer volvió a gemir, apretando con más fuerza el cuello de él mientras él se desabrochaba los pantalones. La visión de un trasero pálido finalmente impulsó a Ivy a actuar, y se giró bruscamente, se agachó detrás de una estantería y se pegó a ella con la espalda.

Respiró lentamente y se tapó los oídos con las manos mientras los gritos aumentaban de volumen. Por muy desesperada que estuviera por escapar del baile de Lord Montague, la biblioteca no le proporcionaría refugio ese día.

Echando un último vistazo desde detrás de la estantería, Ivy se giró y salió corriendo de la habitación, de vuelta a la brillante luz centelleante de cientos de velas y lámparas y al abrumador aroma de perfumes y ramos de flores.

Se oyó el anuncio del siguiente baile y varias mujeres pasaron a toda prisa junto a ella hacia el salón de baile, con codazos y

abanicos revoloteando. Ivy dio un paso atrás rápidamente para evitar la estampida con un suspiro. La única razón por la que asistía a los bailes era por sus hermanas, para mostrarles su solidaridad.

Los recientes matrimonios de Clementine y Vi habían suavizado la actitud hostil de algunos hacia las escandalosas Musgrave, pero los miembros más antiguos de la sociedad no olvidaban fácilmente, e Ivy captó muchas miradas gélidas dirigidas hacia ellas. Tampoco se le escaparon los insultos murmurados. Por mucho que lo intentara, era como si sus oídos estuvieran sintonizados con comentarios como « », como una criatura nocturna que escucha atentamente a un posible atacante. No tenía la capacidad de sus hermanas para pasar por la vida sin dejarse afectar por esas palabras.

El aire fresco atravesaba el pasillo cargado de aromas, llamándola. Echó un vistazo a la puerta abierta al final del pasillo. Sus hermanas estarían ocupadas y ni siquiera se les ocurriría buscarla. Sabían que aprovecharía la oportunidad para desaparecer durante la noche. Sin embargo, salir sola conllevaba un elemento de riesgo.

Miró hacia el salón de baile, de donde salían charlas y risas, y luego volvió a mirar hacia la puerta abierta, donde el silencio y la quietud la invitaban a entrar.

Nadie notaría su ausencia. Nunca lo hacían. Podría escabullirse en la noche como el zorro que acababa de rescatar y pasar al menos una hora antes de que empezara a hacer demasiado frío. Quizás incluso se retiraría al invernadero y se quedaría allí toda la noche.

Ivy corrió hacia la puerta y salió al exterior. La noche era fresca, lo que le hacía sentir un cosquilleo en la piel de sus brazos desnudos. No importaba. Cualquier cosa era mejor que el calor sofocante del salón de baile o las charlas incesantes que le hacían sentir como si la cabeza fuera a estallarle.

Aun así, tendría que dirigirse al invernadero si quería tener alguna posibilidad de permanecer fuera y sin que la molestaran. Allí, el edificio debería estar agradablemente cálido, pero benditamente

tranquilo, ya que ¿quién más que ella querría escapar de uno de los mejores bailes de Bath?

Un resplandor ámbar brillaba a través de las largas ventanas del generoso edificio cuadrado. Se detuvo junto a las columnas para mirar dentro y no vio ningún movimiento. No había cuerpos retorciéndose. Tampoco gemidos de placer. No olvidaría esa imagen en mucho tiempo.

Ser una auténtica florero significaba encontrarse con relaciones ilícitas con demasiada frecuencia, pero nunca había pillado a nadie tan cerca del acto en sí. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, llegando directamente a su interior, y sacudió la cabeza en un intento por librarse del recuerdo. No tenía sentido quedarse con esas imágenes. Al fin y al cabo, no era como si ella fuera a participar alguna vez en tal acto. Nadie quería tener una aventura ilícita con la tímida y regordeta Ivy Musgrave, y mucho menos casarse con ella.

Abrió la puerta poco a poco. «¿Hay alguien ahí?», preguntó.

La habitación le respondió con silencio. Bajó los hombros y esbozó una sonrisa cuando cerró la puerta y no encontró nada.

Una nada maravillosa.

«Así está mejor».

Se sentó en un banco, se arregló la falda y se tomó un momento para absorber la paz. Aquí, la música del salón de baile ofrecía un suave murmullo, sin contaminar por las risas y las conversaciones de los borrachos. Enormes plantas se alzaban a su alrededor, como una acogedora manta verde, y el edificio la envolvió al instante en su calidez.

«Mucho, mucho mejor, en realidad».

Quizás en el futuro elegiría el invernadero en lugar de la biblioteca. Incluso la luz era ligeramente mejor. Se ajustó la falda, levantando el dobladillo de una de las capas para revelar el bolsillo oculto en la segunda y sacó su labor de punto.

No se molestó en volver a ajustarse las faldas mientras colocaba el tejido en su regazo. El bolsillo no contenía mucho, pero era suficiente lana para terminar un cuadrado de una manta del tamaño perfecto para un zorro callejero. Había sido un mes ajetreado, por lo que sus suministros se estaban agotando. Todos los

que rodeaban la finca de su padre sabían que la hija del conde no podía resistirse a acoger a un animal necesitado.

Se quedó paralizada cuando la puerta del invernadero se abrió con un crujido y cerró los ojos brevemente. Pero, por supuesto, eso no podía durar. Ivy permaneció inmóvil, como si el caballero que se colaba no pudiera verla en el primer banco de piedra frente a la puerta, con las agujas de tejer en la mano.

No reconoció al hombre mayor, pero sabía reconocer a un borracho cuando lo veía. Cerró la puerta con demasiada fuerza y ella se estremeció cuando el cristal tintineó. Luego se volvió lentamente, mirándola con los párpados pesados, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Señora Talbot —balbuceó, dando tres pasos hacia ella y luego uno atrás.

—Oh, no. Yo no soy la señora Talbot.

—Señora Talbot —repitió él.

Ella dejó su labor de punto y levantó ambas manos, agitándolas frenéticamente cuando él se acercó al banco. —Definitivamente no soy la señora Talbot, señor.

—Silencio —le puso un dedo en la boca y ella se estremeció al sentir sus dedos desnudos y el olor a tabaco rancio.

Frunció el ceño al ver esa mano desnuda. ¿Dónde estaban sus guantes?

Era un pensamiento ridículo dada la situación y ocupaba su mente mucho más de lo que debería.

En realidad, debería estar pensando en cómo escapar de dicha situación. El caballero parecía muy decidido a impedir su huida.

—Señora Talbot —repitió una y otra vez—. La encantadora señora Talbot.

Ivy estaba bastante segura de que la señora Talbot era diez años mayor que ella, mucho más delgada y muy casada. —Señor, debo asegurarle que no soy...

Él se dejó caer pesadamente en el banco junto a ella, aplastando su labor de punto. Ella arrugó la nariz y contuvo la respiración cuando el aliento cálido y con olor a alcohol de él la

envolvió al inclinarse hacia ella. —He esperado tanto tiempo para estar a solas contigo.

Ella se movió hacia un lado y miró el tejido. Por suerte para él, las agujas no lo habían pinchado. Por desgracia para ella, ahora estaban atascadas bajo los pantalones del hombre. Miró la puerta y luego su tejido. Sus posibilidades de escapar con él eran mínimas. Quizás la pareja de la biblioteca ya había terminado y ella podría recuperar un libro y encontrar otro rincón tranquilo de la casa para pasar el rato.

«No seas tímida». Se acercó más, ocultando por completo el tejido. Ahora ella ni siquiera podría tirarlo de debajo de él.

«Señor, está pisando mi labor».

«Vaya, eso no lo había oído antes. ¿Es algo francés?». Él se rió entre dientes. «Puedo estar sobre lo que tú quieras que esté».

«¡No!». Con los ojos muy abiertos, ella le puso una mano en el hombro mientras él se inclinaba hacia ella. «No *quiero* que estés sobre nada».

—Llevamos mucho tiempo jugando a este alegre baile, señora Talbot.

—No soy la señora Talbot —dijo ella con firmeza.

—No —sonrió—. No, es cierto. Tú eres mi Amelia. Mi adorable, hermosa y traviesa Amelia.

El hombre no se convencería y, cuanto más tiempo permaneciera allí con él, más peligrosa se volvería su situación. Nadie creería que un Musgrave tuviera intenciones inocentes, no después de su desastrosa temporada en Londres hacía tantos años.

Incluso si el hombre estaba completamente equivocado sobre su identidad y claramente ebrio.

Se levantó bruscamente, pero no lo suficientemente rápido. El desconocido la agarró de la muñeca, la arrastró hasta él y le rodeó el cuello con un brazo. Se encontró enterrada contra su pecho, apenas capaz de respirar a través de la gruesa lana de su chaqueta. Con las manos en su pecho, se retorció lo suficiente como para tomar aire justo antes de que su boca se posara sobre la de ella. Gritó antes de que él aplastara sus labios contra los suyos.

***

Lord Cillian Murphy, vizconde de Hartwood, cogió un pequeño trozo redondo de algo rosado de la mesa y lo miró. Sospechaba que era carne. Triturada, sazonada y moldeada en una forma extraña, y luego cortada en pequeños trozos. ¿Qué tan mal podía salir algo hecho con carne? Se lo metió entero en la boca.

Al parecer, muy mal. No estaba seguro de si era la textura o la abrumadora mezcla de especias, pero luchó por tragarlo de un solo bocado para evitar saborearlo durante demasiado tiempo. Cillian le arrebató una copa de vino a un criado que pasaba y la vació rápidamente, agradeciendo el calor que le proporcionó al deslizarse por su garganta y borrar la mayor parte de la desagradable sensación que le había dejado el puré. Debería haber optado por el cordero asado, pero había demasiada gente en ese extremo de la mesa mirándolo con frialdad y no tenía la energía ni el deseo de tolerar los murmullos y los insultos directos.

«No se puede negar que no perteneces aquí, Cillian», murmuró para sí mismo, abandonando una copa de vino por otra antes de que el criado pudiera escapar al salón de baile.

Estaba allí por una sola razón. Necesitaba hablar con lord Birchley. Si el hombre no fuera tan evasivo a la hora de concertar una reunión, ni siquiera estaría allí. Pero, hasta el momento, ni siquiera había conseguido un segundo con él, y mucho menos una reunión completa.

Si el hombre no estaba bailando, estaba entreteniendo a varios miembros de la *alta sociedad* que se habían dignado a venir desde Londres para el baile. Alguien como Cillian no tenía ninguna oportunidad, por muchos que fueran los que estaban por debajo de él en rango.

Resopló para sus adentros. El rango lo era todo para esta gente. Todo, hasta que alguien como él heredaba inesperadamente.

Su siguiente sorbo de vino resultó infructuoso cuando se dio cuenta de que ya había vaciado toda la copa. La dejó sobre la mesa, repleta de bandejas con platos mucho más elaborados que él no reconocía. Él y su madre habían comido de forma sencilla, viviendo de la escasa caridad de su cuñado, y su paso por el ejército no había contribuido en nada a refinar su paladar. Prefiriendo un trozo de

carne sencillo y honesto que no intentara parecer otra cosa que lo que era.

Ignorando la tentación de tomar otra copa o sacar la petaca que pesaba en un lado de su chaqueta, Cillian se abrió paso entre la multitud del comedor hasta el salón cuando se anunció el siguiente baile. Vio a Lord Birchley bailando con otra pareja y negó con la cabeza. Para ser un hombre de sesenta y tantos años, era muy activo. Y no le gustaba nada hablar de negocios.

Pero si Cillian no abordaba las inversiones que el hombre había hecho con el primo de Cillian antes de su muerte, todo podría desmoronarse. Ahora tenía demasiada gente que dependía de él como para permitir que eso sucediera.

«Es él», oyó murmurar a alguien.

Con el rabillo del ojo, vio a las dos mujeres, con las cabezas inclinadas muy cerca. Pocas personas podían confundirlo. Si su altura y complexión no eran suficientes, el parche en el ojo lo distinguía de todos los demás caballeros de la sala.

Quizás estaban discutiendo el hecho de que, aunque hubiera nacido caballero, ciertamente no tenía los modales ni la educación propios de uno. Por supuesto, los rumores podían ser más insidiosos. Se entretenían con el rumor de que había matado a su primo de alguna manera, aunque él no sabía cómo podría haber hecho tal cosa mientras estaba en Irlanda. También podían estar hablando de su parche en el ojo y de cómo había llegado a necesitarlo. Imaginaba que una respuesta tan simple como «un corte de espada durante una batalla» no sería suficiente.

«He oído que ha matado no a una, sino a dos personas».

Cillian apretó la mandíbula. No se había dado cuenta de que ese rumor también había resurgido. Para la mayoría era un recuerdo lejano. Para él, sin embargo, nunca había desaparecido.

Se giró y dio varios pasos hacia las dos mujeres. Eran más cercanas a su edad, lo que explicaba por qué conocían el primer rumor. Habían pasado veinte años, pero parecía que las mentiras nunca se desvanecían. Ambas dieron un paso atrás y lo miraron con los ojos muy abiertos.

«¿Disfrutando del baile, señoritas?».

—Yo... yo... —tartamudeó una.

«Llevas un parche en el ojo», espetó la otra.

Él soltó una risa seca. —Sí. Me temo que es bastante necesario. —Se lo quitó muy brevemente y vio el horror en sus rostros—. Espantoso, ¿verdad?

Los vio alejarse apresuradamente con solo un breve destello de satisfacción. Ser horriblemente deforme tenía sus ventajas, pero eso no facilitaba su nuevo papel como vizconde, sobre todo cuando la mitad de los inversores habían huido en cuanto había asumido el título.

El siguiente baile no le dio más esperanzas de pasar tiempo con su anfitrión y la luz parpadeante de las lámparas de araña le hacía latir la cabeza. O tal vez era el vino. En cualquier caso, necesitaba un descanso, un lugar tranquilo y oscuro.

Se abrió paso entre la multitud, incapaz de pasar por alto cómo los hombres ponían sus manos protectoras en la espalda de sus damas, por si acaso él hacía algo como, oh, tal vez asesinarlas por sus títulos o quizás por pura maldad. Después de todo, el nuevo lord Hartwood ni siquiera iba a la iglesia. Seguramente tenía al mismísimo diablo en su alma, ¿no?

Con las manos entrelazadas a la espalda, salió al exterior y bajó los escalones hacia los jardines. Aunque había algunas lámparas encendidas alrededor del camino, ofrecían un tenue resplandor que alivió instantáneamente el dolor detrás de su ojo bueno. Quizás se había acostumbrado a vivir en la oscuridad o tal vez su tiempo en la batalla, escribiendo cartas y órdenes a la tenue luz de las lámparas, había provocado su odio hacia las brillantes lámparas de araña. Todo ello significaba que detestaba aún más eventos como este.

Cillian respiró hondo, echó un vistazo a los senderos que se abrían paso entre los jardines ornamentales y optó por el menos iluminado. Si se encontraba con alguien, las sombras podrían salvarlo de más repugnancia. Se había acostumbrado a esas miradas —demonios, las había soportado incluso antes de su desfiguración—, pero eso no significaba que disfrutara de esas interacciones.

Las mujeres del baile podrían decir lo contrario. Podrían especular que al irlandés desfigurado le gustaba burlarse de ellas.

Incluso *aterrorizarlas*.

Podrían decir muchas cosas sobre él.

Hace tiempo que había dejado de intentar complacer a ninguna de ellas. Suponía que algunas personas simplemente no estaban destinadas a caer bien, hicieran lo que hicieran.

Un grito rasgó el aire, haciendo que se le erizara el vello de la nuca. Se quedó quieto, sacó las manos de detrás de la espalda y escudriñó los oscuros alrededores. Sin duda habría parejas escabulléndose esa noche, aprovechando los jardines oscuros como una oportunidad para encontrarse sin chaperones o lejos de sus maridos y esposas. Sin embargo, ese grito no sonaba como uno de placer. Esperó, con el pulso latiendo como un tambor de guerra, hasta que oyó el segundo grito.

Avanzó. Luego echó a correr. Una luz se derramaba desde el gran edificio que tenía delante y vio a una mujer salir corriendo por la puerta, seguida rápidamente por un hombre. No necesitaba ver su rostro para saber que estaba tratando de escapar de él. Muchas cosas se le escapaban —la capacidad de mantener una conversación educada o disfrutar de comidas demasiado complicadas—, pero sus instintos nunca le fallaban. Alcanzó al hombre cuando este agarró a la mujer por el brazo y ella se giró, abriendo los ojos al ver a Cillian.

—¿Qué diablos...? —El hombre dio varios pasos tambaleantes, arrastrando las palabras, mientras Cillian lo agarraba por la parte trasera de la camisa.

Una mirada a la joven que estaba detrás del hombre hizo que la sangre de Cillian hirviera. La manga de su vestido colgaba de su hombro y el corpiño estaba rasgado, revelando más de lo que el modesto escote debería permitir.

Volvió a centrar su atención en el hombre que se debatía, reconociéndolo como Humphrey Irving. El sabor en la boca de Cillian se volvió amargo. Bastaba con echar un vistazo a las revistas sensacionalistas para conocer la reputación de Irving. Su falta de perspicacia para los negocios solo era superada por su falta de discernimiento en lo que respecta a sus conquistas. Casadas,

jóvenes, inocentes... no importaba. Había arruinado la vida de innumerables mujeres y parecía decidido a hacer lo mismo esa noche, pero por la fuerza.

Si esto fuera el campo de batalla, a Cillian le costaría mucho no dejar al hombre inconsciente.

—Suéltame, maldito... —Irving tiró de la férrea sujeción que Cillian ejercía sobre él.

Cillian contuvo una sonrisa burlona, consciente de que la mujer rubia los observaba con los ojos muy abiertos. Pálido incluso a la luz de las lámparas del invernadero, luchó por ocultar la furia de su expresión cuando ella se abrazó a sí misma. Volvió a centrar su atención en Irving.

—Vuelve a tocar a la señora y te mataré.

Irving se quedó quieto. No importaba que las únicas vidas que Cillian hubiera quitado fueran en el campo de batalla. Si dependiera de la Sociedad, él habría participado en la muerte de al menos dos de sus miembros. Por una vez, hablar de eso resultó útil. Irving se puso casi tan pálido como la mujer.

—Yo no... es decir...

—¡Soltadlo! —La orden vino de detrás de Cillian. Levantó la mirada al cielo y se volvió para encontrarse con un grupo de hombres y mujeres, entre los que se encontraba el escurridizo lord Birchley.

—Me amenazó con matarme —balbuceó Irving.

Cabrón.

—¿Qué está pasando aquí? —Lord Birchley miró a la mujer—. Oh. Eres una *Musgrave*.

Cillian no sabía qué significaba eso, pero provocó murmullos entre la multitud.

«¿Qué más se puede esperar?», dijo otra persona.

«Tendrán que casarse», murmuró otro.

Irving se soltó de las manos de Cillian. «Los pillé juntos», dijo.

«¡No!», gritó la joven, acercándose a Cillian. «Eso no es cierto».

Lord Birchley se llevó un monóculo al ojo y la miró de arriba abajo. «Bueno, su vestido dice otra cosa, jovencita».

Cillian miró el escote que apenas cubría su vestido arruinado y maldijo entre dientes. Rápidamente se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros. Parecía envolverla, y ella se encogió dentro de ella como si la usara como escudo contra la desaprobación del grupo.

—Los pillé juntos —repitió Irving, señalando a Cillian con el dedo y uniéndose al grupo—. Él fue quien la arruinó.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, Hartwood? —preguntó lord Birchley.

«No es cierto», argumentó la mujer Musgrave. «Fue...».

Cillian levantó una mano y ella cerró la boca. Él sabía adónde iba a parar todo aquello. O bien saldría a la luz la verdad y ella se vería obligada a casarse con ese bastardo de Humphrey Irving, o bien quedaría completamente arruinada.

Sin embargo, había otra opción.

Respiró hondo y miró al grupo con calma. «La joven y yo tenemos un acuerdo. No hay ningún escándalo porque, de hecho, somos...». Miró a la joven y esperó que algún día lo perdonara por decidir su destino. «Estamos comprometidos», concluyó.

Capítulo dos

La puerta del salón se abrió con un chirrido e Ivy se preparó, enrollando furiosamente un rizo alrededor de un dedo. ¿Otro lacayo con otra hoja escandalosa con su nombre? ¿Una carta del duque de Daventry queriendo saber la verdad del asunto? O tal vez una de las amigas de mamá que venía a cotillear.

Un gato se coló sigilosamente. Blanco con una larga franja negra en la nariz, el gato recordaba a todos a un caballero adinerado y actuaba como tal. Sin mirar a Ivy ni a sus hermanas, Simon saltó al alféizar de la ventana y se lamió una pata como si siempre hubiera pertenecido a la habitación.

—¿Qué hace aquí el tío Simon? —preguntó Violet, señalando al gato con el dedo mientras dejaba de pasearse junto a la chimenea —. Si él está aquí, entonces la tía Sarah...

—¡Queridas! —La puerta se abrió de par en par, dejando ver a la tía Sarah con los brazos abiertos—. He venido tan rápido como he podido. —Hizo una breve pausa para dar un rápido beso en la mejilla a Clementine, un pequeño apretón de manos a Lilly y una especie de mirada cómplice a Violet.

Desde su posición en el sofá, rodeada por sus hermanas, ninguna de las cuales podía dejar de caminar de un lado a otro, Ivy no podía entender qué significaba esa mirada.

La tía Sarah se quitó el turbante morado de la cabeza y sacudió su gloriosa melena gris antes de colocarse frente a Ivy. Abrió los brazos e Ivy sintió que se le temblaba la barbilla. No servía de nada. No era tan fuerte como sus hermanas. No podía soportar todos los chismes y las palabras desagradables. Se puso rápidamente en pie y se lanzó a los brazos de su tía.

La tía Sarah la envolvió en su abrazo, con su pelisse fresca contra la mejilla de Ivy. Su tía olía a aire fresco y un poco a humedad, lo que hizo que Ivy deseara estar fuera, incluso bajo la lluvia, en lugar de en el sofocante salón enfrentándose a demasiadas preguntas. Sus hermanas tenían buenas intenciones y estaban preocupadas. Sin duda pensaban que la estaban apoyando, pero sus

padres tenían la mejor idea. Ella necesitaba tiempo y espacio para pensar en su futuro.

Poco a poco, la tía Sarah la soltó, le tomó el rostro entre las manos y le dedicó una sonrisa amable. —Tus primos te envían su cariño y también a sus maridos, si lo necesitas.

Ivy abrió la boca.

—Ya tenemos a Roman y a Duke amenazando con llamar la atención al sinvergüenza —dijo Violet.

—No es un sinvergüenza —murmuró Ivy.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó su tía a los presentes —. Me gustaría hablar con ellos.

Clementine se dejó caer en el sillón junto a la chimenea. El embarazo le sentaba bien a su hermana pelirroja, haciendo que su piel brillara con un hermoso tono rosado. Aunque su vientre solo estaba ligeramente redondeado, Clementine lo acariciaba con cuidado. Ninguno de ellos había previsto que en menos de un año Clementine estaría casada y esperando un hijo, pero nunca había visto a su inquieta hermana tan contenta. Por fin había encontrado su vocación, al parecer.

Bueno, había estado contenta hasta ahora. Hasta este desastre con el vizconde Hartwood.

Ivy imaginó al hombre alto, con los rasgos ensombrecidos por la oscuridad de la noche. Recordó sus palabras, sus exigencias al señor Irving para que la dejara en paz con su lírico acento irlandés. Le provocaron un pequeño escalofrío.

Le había dado una sonora bofetada al hombre después de que él la besara, pero no había servido de nada. En su estado de embriaguez, no creía que hubiera sentido nada. Estaba decidido a que ella fuera su amante y no la dejaría en paz. Si no hubiera sido por el vizconde, le aterrorizaba pensar en lo que podría haber pasado.

Por supuesto, tampoco se había previsto el desenlace de aquella noche. Ahora estaba comprometida con el vizconde, un hombre al que casi ninguno de ellos conocía. Según las investigaciones de sus hermanas, parecía que el hombre había heredado inesperadamente su título recientemente y su madre solo

tenía vagos recuerdos de su nombre, mientras que su padre no lo conocía en absoluto.

Sin embargo, ella sabía que él la había salvado. Dos veces. Era muy probable que, si la hubieran sorprendido en los brazos del señor Irving, por muy involuntario que fuera, la hubieran obligado a casarse con él.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Violet —. No puede casarse con ese hombre. Ninguna de nosotras sabe quién es.

—¡Es absurdo! —Lilly, la gemela de Ivy, sacudió la cabeza y se acercó a la ventana con paso firme, cruzando los brazos y asomándose para mirar fuera.

A pesar de haber nacido el mismo día, ella e Ivy no podían ser más diferentes. Ágil y siempre activa, Lilly también había heredado el aspecto moreno de su madre, mientras que Ivy se parecía a Violet y a su padre. Por desgracia, Ivy no había heredado la esbeltez. Nunca pudo comprender cómo, a pesar de pasar meses montando a caballo, caminando y haciendo todo lo posible por mantenerse activa y evitando por completo los postres, nunca llegaría a parecerse a su gemela.

—No podemos enviarla con un desconocido —asintió Clementine.

—No lo haremos —dijo Violet.

—¿Cómo ha podido pasar esto, querida? —preguntó la tía Sarah, acomodándose en el sofá junto a Ivy—. No es propio de ti correr riesgos.

—No corrí ningún riesgo —protestó Ivy—. Solo quería un poco de tranquilidad para tejer y entonces ese hombre borracho... —Suspiró y hizo un gesto con la mano—. Supongo que estar sola era un riesgo. Debería haber intentado disfrutar del baile.

—Tonterías. Una no sale simplemente a tomar el aire y espera encontrarse comprometida con un desconocido —la tía Sarah negó con la cabeza—. Una joven debe estar segura pase lo que pase. Es el caballero en cuestión quien tiene que responder por sus pecados.

—Él no es quien ha pecado —dijo Ivy en voz baja.

Violet frunció el ceño y se plantó delante de ella. —No lo defiendas. Haré que Duke lo llame al orden...

—No será necesario —la interrumpió Ivy. Aunque Marmaduke era un hombre muy capaz, la idea de que su nuevo hermano se enfrentara a un hombre tan alto y fornido le revolvió el estómago. Además, no deseaba ningún daño a ninguno de los dos.

—Ese vizconde estaba tratando de ayudarme —continuó ella.

Lilly resopló. —Eso no es ayudar, Ivy.

Entrecerró los ojos para mirar a su hermana. —No soy tonta y sé lo que pasó. El otro hombre, el señor Irving, fue quien me rompió el vestido. Él fue quien intentó aprovecharse. El vizconde intervino y, en lugar de recibir mi agradecimiento por su ayuda, se ha visto obligado a cargar con una novia.

—Oh, Ivy, nadie pensaría que se ha visto obligado a cargar contigo. —Violet se dejó caer al suelo delante de Ivy, recogiendo las piernas debajo de ella y estrechándole las manos—. Él tiene suerte de tenerte. Pero no tiene por qué ser así.

Ivy reflexionó sobre la falta de interés masculino a lo largo de los años y los muchos comentarios que había recibido de los miembros de la sociedad, sobre todo antes de que fueran excluidos de la *alta sociedad*. El señor Irving debía de estar muy ebrio para confundirla con su amante, porque todo el mundo sabía que nadie quería a una mujer así.

Ivy respiró hondo. Nunca había pensado en casarse, nunca había previsto tal desenlace. Sin embargo, allí estaba, en una encrucijada. Casarse con un desconocido o seguir como hasta entonces, mientras sus hermanas creaban nuevas vidas para sí mismas. Miró el vientre de Clementine y pensó en el niño que llevaba en su interior. El apellido Musgrave ya era sinónimo de escándalo. Qué injusto sería para el niño nacer bajo la sombra de la supuesta indiscreción de Ivy.

Sabía qué camino iba a tomar. Solo esperaba poder sacar lo mejor de ello.

—El vizconde me ayudó. Se aseguró de que el señor Irving no me hiciera daño y dio un paso al frente para salvarme de tener cualquier tipo de relación con ese hombre terrible. —Ivy levantó la

barbilla, miró a cada uno de los miembros de su familia por turno y adoptó una postura firme—. Es un hombre honorable, estoy segura.

Algo pasó por el rostro de la tía Sarah. —¿Estás segura, querida?

Ella asintió. —Sí, es honorable. Tiene que serlo.

Y, con un poco de suerte, entre los dos podrían forjar un matrimonio por el que valiera la pena luchar.

***

Cillian miró por la ventanilla del carruaje, apenas capaz de distinguir los campos que pasaban a través de los chorros de lluvia. Esta golpeaba el techo del carruaje, creando una cacofonía ensordecedora que casi lo asfixiaba.

Dios, odiaba los carruajes. Odiaba su movimiento, odiaba su sensación, odiaba estar encerrado mientras el mundo pasaba a su alrededor. Por desgracia, el tiempo no le permitía viajar a caballo. No le importaba mucho arriesgar su propio cuello, pero no quería que ningún animal resultara herido.

Se quitó el parche del ojo, lo dejó sobre el cojín de terciopelo que tenía al lado con un gesto de disgusto y se frotó las sienes. Las marcas permanecían allí, por muy lujosa que fuera la seda que lo sujetaba alrededor de su rostro. Tenía que mantenerlo bien atado o, de lo contrario, se deslizaría y horrorizaría a todo el mundo.

Al menos, supuso, el horrible tiempo le permitía algo de privacidad para deshacerse de ella durante unos momentos. Otra mirada por la ventana le indicó que estaban lejos de las viviendas. Tiempo suficiente para investigar un poco sobre su futura esposa.

Cogió el periódico de la parte superior de la pila y pasó directamente a la columna de cotilleos. Había estado fuera del país demasiado tiempo como para saber mucho sobre los Musgrave, y no le gustaba mucho meterse en nada sin estar preparado, y mucho menos en un matrimonio con una desconocida.

Una de las ventajas de tener un mayordomo extremadamente perspicaz y a menudo astuto era que Cillian podía acceder a cualquier información en muy poco tiempo. Muchos en la casa resentían que hubiera contratado a Shah, pero él no confiaba en nadie más que en el exsoldado.

Al no ver ninguna mención a Musgraves en la columna de cotilleos, volvió a hojear el periódico y finalmente encontró un pequeño comentario sobre el título del conde y cómo lo había obtenido. Supuso que el hecho de que el padre de Lady Ivy Musgrave hubiera comprado su título no ayudaba en absoluto, pero aún así no explicaba por qué la multitud que los había descubierto la había tratado de forma tan desagradable.

Bueno, descubrió a los tres.

Maldito Irving. Por supuesto, el hombre señaló a Cillian y, por supuesto, todos le creyeron. No era la primera vez que ocurría, aunque él esperaba que fuera la última. Que le pintaran como el malhechor se estaba volviendo aburrido.

Aun así, necesitaba una esposa. Al menos según su madre. Había pasado de no tener que rendir cuentas a nadie más que a sí mismo a tener arrendatarios, inversores, granjas y un deber para con el título. Nadie podía ignorar el hecho de que ahora debía engendrar un heredero.

Cillian exhaló un suspiro. Si su estúpido primo no se hubiera comportado como el idiota que era, nada de esto habría sucedido y Cillian podría volver al ejército y esperar la próxima guerra.

No quería sangre ni muerte, en realidad. Sin embargo, el campo de batalla era el único lugar en el que se había sentido realmente a gusto. No sabía por qué, pero todas las situaciones peligrosas habían sido solo eso. Algunos podrían pensar que perder un ojo era más que una situación peligrosa, pero cuando uno había visto a hombres destrozados por disparos de cañón, le costaba verlo como algo más que un rasguño.

Dejó a un lado el primer periódico y revisó los tres siguientes. Aquí se mencionaban los matrimonios de dos de las hermanas Musgrave y algunos comentarios sarcásticos sobre cómo habían atrapado a hombres solteros. Finalmente, Cillian encontró lo que había asegurado la reputación de los Musgrave como «los escandalosos Musgrave», o al menos así los llamaban los periódicos.

Por lo que él sabía, no habían hecho más que ser nuevos ricos. El acto del hijo, trepar a una estatua mientras estaba ebrio y completamente desnudo, casi hizo reír a Cillian. Esperaba conocer al

joven algún día. Había cosas mucho peores entre la *alta sociedad* que trepar desnudo a una estatua. En cuanto al resto de su comportamiento indecoroso, no parecía más que una serie de incidentes desafortunados.

Sacudió la cabeza. Sabía muy bien cómo se podían propagar los rumores. Le parecía que Ivy Musgrave no era más escandalosa que él era asesino.

El carruaje se detuvo y él se asomó por la ventana para ver las siluetas borrosas de las personas y luego se volvió a atar apresuradamente el parche del ojo antes de que se abriera la puerta.

Su gente. Los arrendatarios y granjeros de los que ahora era responsable. Sintió el peso de sus miradas a pesar de no poder distinguir sus rostros. Estas familias esperaban que él lograra que la finca fuera rentable o, de lo contrario, se quedarían sin trabajo y sin hogar, y, por desgracia, su estúpido primo había hecho un mal trabajo a la hora de mantener la rentabilidad de la finca.

Lamentó no haber esperado a que mejorara el tiempo para venir a caballo. Cuando salió, los hombres y mujeres lo miraron con cautela. Captó una mirada fría sobre el brillante vehículo negro, con el escudo familiar bellamente estampado en oro.

Notó el leve murmullo entre dos mujeres. Vio a una niña pequeña escondiéndose detrás de un granjero. Nunca había sido alguien que llamara la atención de la mejor manera y el parche en el ojo no ayudaba. Cillian se acercó al granjero y le tendió la mano. La niña abrió mucho los ojos y salió corriendo hacia uno de los edificios de la granja.

Cillian esbozó una sonrisa forzada mientras el granjero se disculpaba. Si antes dudaba de si debía casarse con una mujer que no conocía, ahora esa duda había desaparecido. Imaginó a la guapa Ivy Musgrave, con sus grandes ojos pálidos y sus mejillas suaves, saludando a la niña con un gesto cariñoso. En todo caso, tener una esposa a su lado le ayudaría en su nuevo papel.

Ahora solo tenía que averiguar qué se hacía con una esposa. Sobre todo con una inesperada.

Capítulo tres

Ivy enrolló un rizo alrededor de su dedo y lo soltó, repitiendo el movimiento. Se movió en su asiento y carraspeó. El clop de los cascos y el clac de las ruedas eran su único acompañamiento. Después de lo que debía de ser una hora de viaje, su nuevo marido aún no había pronunciado una sola palabra.

Esposo.

Qué extraño sonaba. Qué extraño *se sentía*.

Supuso que resultaba aún más extraño dado que apenas conocía al hombre y nadie más lo conocía. Bien podría haber aparecido por arte de magia en el baile de Lord Birchley para rescatarla y luego haber desaparecido de nuevo si todo no hubiera salido tan mal.

Exhaló un largo suspiro y volvió a jugar con el rizo. Una mirada de reojo reveló poco. El vizconde permanecía erguido, con la tensión desgarrando su postura mientras rebotaban de un lado a otro en el camino a Devon.

El parche en el ojo no ayudaba. Cubría su ojo izquierdo y le ocultaba gran parte del rostro, pero su boca permanecía impasible y su mirada fija al frente. Él no deseaba esto más que ella, y ella se preguntaba por qué había acudido en su defensa para proteger su reputación cuando probablemente sabía tan poco de ella como ella de él.

Tenía que preguntarse muchas cosas. Quizás le ayudaría recordar las cosas que sí sabía. El vizconde Hartwood tenía una finca que prácticamente limitaba con las tierras de su padre en las afueras de Bath. Había heredado el título tras la muerte de su primo, apenas unos meses después de que este lo hubiera obtenido.

Ivy sabía de la existencia del primo, pero nunca se habían conocido, ya que él era miembro de la *alta sociedad* y pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, y el padre del primo había evitado a los Musgrave. Su padre murmuró algo sobre una disputa cuando construyó la casa familiar cerca de las tierras del vizconde

original. Sin embargo, eso no le ayudó a averiguar quién era su marido.

El acento delataba su ascendencia irlandesa, por supuesto. La tía Sarah dijo que él y su madre irlandesa se mudaron de vuelta a Inglaterra tras la muerte de su padre, pero ella sabía poco de ellos. Su padre había sido un caballero, hermano del vizconde original, sin embargo, se rumoreaba que la madre de su marido era de un rango mucho más bajo, hasta el punto de ser bastante pobre.

Y, por supuesto, él había estado en la guerra. Eso era otra cosa que ella sabía. Había alcanzado el rango de capitán, y ella tenía que suponer que el parche en el ojo se debía a una herida sufrida en Francia.

También era alto. Y musculoso. No necesitaba que se quitara la chaqueta para saberlo. Había sido testigo de la facilidad con la que había atrapado y controlado al Sr. Irving. Eso era algo agradable en un marido, ¿no? Había visto a muchas mujeres jóvenes casarse con ancianos gotosos con barrigas que colgaban por encima de sus pantalones. Tenía que ser un hombre activo para mantener ese físico. Eso le gustaría a Lilly, e Ivy no podía negar que estaba agradecida de que no fuera una bestia horrible.

A pesar del parche en el ojo, la nariz ligeramente abultada y las canas en las sienes, no se podía pasar por alto la mandíbula bien definida ni las pestañas oscuras que rodeaban un ojo gris azulado. Era quince años mayor que ella, pero nadie lo compararía jamás con ninguno de esos maridos que ella y sus hermanas siempre criticaban con horror.

Soltando el rizo una vez más, Ivy puso las manos sobre su regazo. Les quedaban varias horas más de viaje y una parada para almorzar en una posada antes de llegar a su destino. No podían permanecer en silencio durante todo el trayecto. Si quería que esto saliera bien, tenía que hablar, pero, por desgracia, hablar no era lo suyo, sobre todo porque las palabras concisas se le enredaban en la lengua y se ponía roja como un tomate.

Sin embargo, ahora no era el momento de preocuparse por ponerse roja o tartamudear. Al fin y al cabo, el vizconde no era una persona sarcástica que comentara sobre su familia o sobre cómo le

apretaba el vestido, ni siquiera le preguntaba si realmente debía comerse esa porción de tarta a pesar de que se había pasado todo el día sin comer para poder hacerlo.

Era su marido.

Ay, Dios mío.

Lo miró. No, no era un chico. Definitivamente no era un chico. No se podía negar que el vizconde era todo un hombre, y darse cuenta de ello la hizo sentir un ligero calor bajo su fichú.

Él la miró y ella bajó la vista hacia su regazo. Tonta Ivy. ¿Cómo iba a comportarse como su esposa si ni siquiera podía mirarlo?

Forzando una sonrisa que le temblaba en los labios, se giró ligeramente en el asiento del carruaje. —Entonces, eh, mi señor...

—¿Sí? —Él no la miró.

—¿Cuál es... es... —exhaló—. ¿Cuál es su color favorito?

Él levantó una ceja y la miró a los ojos. —¿Mi color favorito?

—Sí.

—¿Por qué desea saber cuál es mi color favorito?

—Bueno, deberíamos conocernos mejor, ¿no crees? Además, podría ser útil si hay que redecorar la casa de la finca.

«¿Redecorar?», repitió él, como si nunca hubiera oído esa palabra antes.

—Sí. Es bastante común que una nueva esposa le dé su toque personal a la casa.

La miró fijamente durante unos instantes, con el ceño fruncido. —No creo que tenga un color favorito.

—Seguro que hay alguno que prefiera.

Él se encogió de hombros. —Puedes hacer lo que quieras, siempre y cuando no cueste una fortuna.

—Ah.

Se quedaron en silencio e Ivy resistió el impulso de tirarse del pelo. Vio cómo flexionaba la mano enguantada a un lado del cuerpo.

«Supongo que no me molesta el azul».

«Azul». Una sonrisa de alivio se dibujó en su boca antes de que pudiera evitarlo. «El azul es un color precioso».

«¿Y a usted, señora?».

«Siempre me ha gustado el verde».

«El verde», murmuró pensativo, como si ella le hubiera dicho algo muy valioso. «Un color bonito».

«Sí».

Pasaron unos segundos más. El carruaje se balanceó y el hombro de ella rozó la manga de la chaqueta de él. Buscó a tientas todas las preguntas que le quemaban en la mente, pero no se le ocurrió ninguna. Excepto, supuso, una. ¿Se atrevería a preguntarla? ¿Y si no le gustaba la respuesta?

Tragó saliva y lo miró de nuevo, y él se puso rígido. —Mi señor, debo preguntarlo. ¿Por qué me propuso matrimonio aquella noche?

El vizconde miró al frente. —Es muy sencillo. Soy vizconde. Necesito una esposa.

—Ah.

Ivy cerró los ojos brevemente. ¿Qué esperaba? ¿Algún gran gesto romántico? ¿Alguna palabra de devoción, de cómo se enamoró de ella en el momento en que la vio por primera vez? Por supuesto que no podía inspirar algo así en un hombre.

Se retorció en su asiento y fijó la mirada en el paisaje que pasaba, que no ofrecía mucho más que campos y árboles. Ni siquiera una granja o un pequeño pueblo que la distrajera. Al menos las carreteras estaban secas. El viaje sería rápido y tal vez en Devon las cosas mejorarían. Un poco de aire fresco del mar y algunos paseos tranquilos por la playa lo mejorarían todo, ¿no?

***

¿Por qué demonios había aceptado Cillian irse de luna de miel?

Le tendió la mano a Ivy y sintió un nudo en el pecho. ¿Era el corazón? Habría muchos en su pasado que dirían que no tenía uno. Él solía pensar lo contrario, que, de hecho, sentía demasiado, pero tal vez fuera cierto. Quizás la guerra y el derramamiento de sangre lo habían convertido en una vieja máquina de relojería cubierta de polvo que ahora cobraba vida cuando vio las arrugas en las mejillas de Ivy y el ligero rubor en el lugar donde se había quedado dormida contra uno de los cojines del carruaje.

No la avergonzaría diciéndole nada sobre las arrugas o los pequeños ruidos que hacía mientras dormía. Desde luego, no le confesaría que verla así le hacía sentir *algo*.

Suponía que no era tan terrible sentir *algo* por su esposa. Sin embargo, Cillian pensaba que era solo ese pequeño impulso el que siempre le hacía querer intervenir y proteger a los necesitados. No necesitaba que fuera nada más.

No quería que fuera nada más.

«La casa es preciosa», dijo ella, con la sonrisa más sincera que él había visto en todo el día curvando sus labios y arrugando sus ojos.

Era un gran edificio color crema con rosas trepando por un lado y largas ventanas con marcos blancos que daban a los acantilados. Los jardines delanteros eran amplios, pero más informales que los de la finca de Bath, con parterres plantados de flores rojas y rosas. Cillian no podía presumir de saber mucho sobre mujeres, pero entendía por qué una casa así le gustaría a Ivy.

El viento azotaba los acantilados, obligándole a sujetarse el sombrero con una mano mientras observaba la casa. —Nunca había estado aquí —confesó—. Todo esto pertenecía a mi primo.

«Oh. No lo sabía. Supuse que era tuyo».

«Seguro que lees los periódicos, ¿no?».

Sus mejillas se sonrojaron. «Los evito siempre que puedo».

Su sorprendente herencia había llamado la atención, aunque no la culpaba por evitar las noticias. Los periódicos no estaban contentos a menos que sembraran las semillas del descontento o un chisme malicioso e . ¿Qué mejor manera de garantizar ventas continuas que contárselo a todas las clases privilegiadas?

Por lo que había leído, los Musgrave aparecían mucho en esos medios, a pesar de haber huido a Bath hacía tantos años. Ojalá pudiera permitirse el lujo de no volver a leer nunca más un periódico. Por desgracia, dada su nueva condición, necesitaba mantenerse informado sobre el mundo, aunque hacía mucho tiempo que nadie escribía nada sobre él. Al fin y al cabo, no era más que el primo sin un centavo de un vizconde. Fuera lo que fuera lo que se escribiera sobre él, se alegraba de que Ivy no estuviera expuesta a

ello y tenía la intención de hacer todo lo posible para que siguiera siendo así. No tenía sentido asustar a la joven.

—¿Dónde vivía antes de heredar, milord? —Se apartó mientras el lacayo descargaba el equipaje del techo del carruaje y lo apilaba en un gran montón.

¿Qué decirle? ¿Que era prácticamente un nómada? ¿Que no se atrevía a echar raíces por miedo a que se repitiera lo que había pasado la última vez que él y su madre intentaron formar un hogar?

No. Ella ya tenía bastante con lo suyo.

—Mi madre reside en Irlanda. Regresó allí desde Inglaterra hace unos años.

—Qué bien. Todavía no he ido. Hay varios castillos allí que me encantaría visitar.

Cillian podría ofrecerse a llevarla. A mostrarle Kilkenny. A enseñarle los lugares de interés como lo haría un marido cariñoso.

En lugar de eso, señaló la casa, donde la ama de llaves y varios sirvientes esperaban en la entrada. —¿Entramos? Está empezando a hacer bastante viento.

—Sí, mi señor. —Hizo una extraña reverencia con la cabeza.

Cillian apretó la mandíbula. Puede que no quisiera dejarla acercarse demasiado, pero no soportaba la formalidad ni en el mejor de los casos.

—Cillian —dijo.

—¿Perdón?

—No más tonterías de *«mi señor*».

—Cillian. —Frunció el ceño como si no entendiera del todo las sílabas que pronunciaba—.

—Es mi nombre. —Se ajustó ligeramente el parche del ojo, ya que el dolor de la correa se había intensificado—. Bueno, lo era. Antes de mi herencia. Oficialmente soy...

—Conozco tu título completo.

—Ahora somos marido y mujer. Creo que deberíamos tener cierta familiaridad.

Los ojos de Ivy se abrieron de par en par cuando se encontraron con los suyos. Sus labios se separaron ligeramente. Eso hizo que su mente se centrara en lo íntimos que iban a llegar a ser.

Al fin y al cabo, se esperaba que consumaran su matrimonio, aunque fueran prácticamente unos desconocidos el uno para el otro. Dada su maldita belleza, no le resultaría difícil.

—Cillian —repitió ella en voz baja, y a él le gustó demasiado cómo sonaba su nombre en los labios de ella.

Él asintió con la cabeza y señaló hacia la casa. «¿Vamos?».

Cogió uno de los baúles, ignorando la expresión de sorpresa del lacayo. Mientras tuviera brazos y piernas que funcionaran, no podía quedarse de brazos cruzados. Además, eso le daba algo que hacer aparte de imaginarse quitándole el fichú del cuello a su esposa y besando su generoso escote.

Ivy se detuvo para agacharse y oler una rosa. El viento le arrancó el sombrero de la cabeza, dejándolo colgado de las cintas, mientras sus rubios rizos se agitaban alrededor de sus mejillas rosadas.

Su comentario sobre la necesidad de una esposa no era mentira. Alguien dulce y encantador podría marcar la diferencia a la hora de tratar con el frío personal y los inquilinos de Charington House, y llevar una casa así era un segundo trabajo en sí mismo. Una vez que Ivy se hiciera cargo, él podría centrarse en asegurarse de que la finca se mantuviera por sí sola.

Nunca imaginó que tendría a alguien tan dulce y encantadora como esposa.

Su vestido revoloteaba alrededor de sus piernas, ceñéndose a la generosa curva de su trasero.

Cillian gimió.

Capítulo cuatro

El viento azotaba la ventana del dormitorio, haciendo vibrar el cristal. Si Ivy no tenía cuidado, sus dientes también vibrarían. Apretó los dientes con fuerza mientras la criada la ayudaba a quitarse el vestido y el corsé. El fuego crepitaba en la chimenea y, aunque la casa sufría por estar tan expuesta al clima costero, no sentía corrientes de aire ni susurros de brisa fría que se colaran por los bordes de las ventanas o por debajo de las puertas.

La culpa de que le castañearan los dientes y le temblara el cuerpo era exclusivamente de aquella noche.

Su primera noche con Cillian.

Cillian. Repitió el nombre en su mente a modo de prueba. Le parecía tan íntimo, tan informal. Supuso que él no se equivocaba. Le costaba mucho seguir pensando en él como «el vizconde», pero no estaba segura de estar preparada para pensar en él como otra cosa.

Por supuesto, iban a ser más que íntimos esa noche. Al fin y al cabo, era su primera noche como matrimonio. Para garantizar la legalidad de su matrimonio, tenían que consumarlo.

El temblor de sus manos aumentó y las entrelazó con fuerza, luego se quedó mirando el cuadro de un ramo de flores que colgaba sobre la chimenea. Sin duda, la habían puesto allí porque era la habitación más femenina. Ella hubiera preferido cuadros de caballos galopando por el campo o incluso un retrato de una niña con gatitos en el regazo. Arrugó la nariz y trató de encontrar algo que no fueran flores. Incluso el armario tenía flores talladas en la madera.

Pero no importaba. Ni siquiera estaba segura de por qué se obsesionaba con algo así. Iban a quedarse en Devon una semana antes de regresar a Bath y entonces, con un poco de suerte, podría crear una habitación para ella. Por ahora, solo tenía que concentrarse en pasar la noche y cumplir con su deber.

—Mi señora —dijo la joven criada en voz baja—, necesito... — Señaló la parte delantera del corsé de Ivy, que ella sujetaba con fuerza contra su vientre con las manos apretadas.

—Ah, sí. —Soltó las manos y las dejó colgar flácidas a los lados—. Lo siento.

La criada le quitó la prenda interior y sacó la delicada camisa de encaje que su madre había insistido en que metiera en la maleta. Ivy se sintió tonta por haber aceptado tal cosa cuando la criada la sacudió. Era una prenda diseñada para una mujer delicada y frágil. Solo se le pegaría a los pechos y al vientre y la haría sentir aún más incómoda.

Cuando la criada fue a desatar el cuello de su camisón, Ivy dio un paso atrás.

—Oh, perdóneme, señora. —La criada abrió mucho los ojos y miró al suelo.

—No, no pasa nada... es solo que...

Ivy suspiró. Cómo echaba de menos a Anne. Anne sabía que debía dejar que Ivy terminara de desvestirse sola. Anne conocía todos sus bultos y protuberancias y no le importaban. Ojalá Anne hubiera podido acompañarla, pero el hecho de que Ivy abandonara el hogar familiar significaba que su doncella podría jubilarse, y Ivy no tenía intención de permitir que trabajara más años de los necesarios. Sin embargo, Ivy no estaba segura de poder soportar que aquella mujer menuda y extremadamente joven la viera desnuda.

—Terminaré de desvestirme —dijo Ivy en voz baja—. Ya puedes irte.

—Por supuesto, mi señora. —La chica hizo una reverencia y salió por la puerta, cerrándola suavemente tras de sí.

Maravilloso. Ivy había ofendido a su doncella en su primera noche. Se dejó caer sobre la cama y alisó con las manos la seda de las sábanas. La chica venía del pueblo cercano y no la cuidaría más de una semana, así que quizá la doncella de Charington sería mejor. Lo último que Ivy necesitaba era alguien tan sumiso como ella. Entre las dos, apenas habían intercambiado cuatro palabras.

Cerró y abrió los puños e imaginó su labor de punto a medio terminar esperándola en la parte superior de la cómoda. Nada la calmaba tanto como crear lentamente fila tras fila hasta que surgía algo bonito y útil. Pero tejer no era precisamente algo que un marido

admirara en una esposa, ¿verdad? ¿Qué pensaría Cillian si entrara y la encontrara tejiendo con su camisón arrugado? Probablemente daría media vuelta y saldría de la habitación.

Teniendo en cuenta la descripción del acto que le habían dado sus hermanas, quizá eso fuera lo mejor. Había sido testigo de uno o dos momentos escandalosos en sus veintiséis años, pero aquellos habían sido entre personas que se deseaban mucho. No era ningún secreto que muchos matrimonios concertados significaban una noche incómoda para la mujer.

No. Tenía que hacerlo. Su matrimonio ya había comenzado con tensiones, y sus hermanas le dieron muchos consejos para su primera vez. Quizás incluso se convertiría en algo apasionado y maravilloso, tal como ellas disfrutaban con sus maridos. Después de todo, Cillian era sin duda un hombre de aspecto físico.

Levantándose de la cama, Ivy se quitó el camisón y se pasó cuidadosamente la camisa por la cabeza con la esperanza de no despeinarse. No podía hacer nada por su vientre redondeado o sus muslos grandes, pero al menos podía estar guapa.

Alisó la tela sobre su cuerpo y cedió a la tentación de mirarse en el espejo largo. Quizás no estaba tan mal. El ambiente cálido de la habitación favorecía su piel pálida y hacía brillar su cabello. La camisa rozaba sus curvas y resaltaba la hendidura de su cintura. Quizás él no la encontraría repulsiva después de todo.

Un suave golpe en la puerta hizo que toda su confianza se esfumara. —Sí —logró articular con voz ronca.

La puerta se abrió lentamente y Cillian se asomó por la rendija. —Quería comprobar... —Se detuvo al recorrerla con la mirada de arriba abajo—. Eh...

«Entra», sugirió ella antes de perder el valor.

Él entró y cerró la puerta tras de sí, ocupando casi todo el aire de la habitación. —Eso es... —Su mirada se detuvo en algún lugar alrededor de sus pechos.

Seguramente eso era una buena señal, ¿no?

Ivy se fijó en que llevaba las mangas de la camisa remangadas y no llevaba corbata. Estaba listo para quitarse el resto de la ropa, imaginó ella.

Ella también lo miró fijamente, sintiéndose repentinamente fascinada por la forma en que se flexionaban los músculos de sus brazos cuando movía los dedos y por cómo se movía su garganta. El cuello abierto de su camisa revelaba un poco de vello rizado.

Nunca había visto a un hombre con vello en el pecho. Su hermano Frederick no tenía ningún vello cuando solía nadar en los lagos cercanos a la finca, aunque no sabía si eso había cambiado. Llevaba dos años viajando por el mundo y evitando la censura que conllevaba ser un Musgrave.

Qué suerte tienes.

Cuando pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos dijera nada, Ivy señaló la cama. «¿Debería quizá...?» No sabía cómo decirlo, así que se rindió y se subió a la cama, cruzando las manos sobre el estómago y cerrando los ojos.

Pasó más tiempo. Abrió un ojo y lo vio todavía junto a la puerta, mirándola fijamente.

«Oh. ¿Está mal? Había uno que...». Tragó saliva y se levantó, poniéndose a cuatro patas y mirándolo por encima del hombro. «Mis hermanas dicen que a algunos hombres les gusta esto».

—Dios mío —murmuró él.

—¿Mi señor?

—Siéntate normalmente, Ivy, y por el amor de Dios, llámame Cillian.

Se mordió el labio inferior. No servía de nada. Lo había estropeado todo. Con las mejillas más ardientes que el fuego, se sentó en la cama y dobló las piernas hacia un lado.

—Solo quería asegurarme de que todos estuvieran bien, Ivy.

—Pero...

—Esto... —Señaló la cama—. Esto puede esperar.

Ella frunció el ceño. —¿Esperar?

Él se ajustó ligeramente el parche del ojo. —Sí. Podemos tomárnoslo con calma. Sé que eres... inocente. Lo último que quiero es hacerte sentir... —Tosió, mientras su voz se volvía más tensa—. Incómoda.

—Ya veo.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. «¿De verdad, Ivy?».

—No estoy segura.

«Lo único que digo es que no hay razón para apresurarse. Después de todo, tenemos toda la vida». Cillian pronunció estas palabras con una extraña jovialidad que le hizo preguntarse si estaba bromeando. Dio un paso adelante, dudó y luego dio unos cuantos más hasta llegar al borde de la cama. «Ha sido un día largo, cariño. Descansa un poco». Le dio un breve beso en la frente.

Ivy no pudo moverse hasta que él se marchó. Se llevó un dedo al lugar donde la había besado, y su piel aún parecía haber sido tocada por algo caliente. Debería sentirse aliviada. Incluso complacida. Su marido parecía ser un auténtico caballero. Sin embargo, la sensación de vacío en su estómago le advertía de que, en cambio, se sentía extrañamente decepcionada por su rechazo.

***

Amanecía, salpicando la costa con un radiante rosa y naranja. Cillian esbozó una sonrisa mientras contemplaba el amanecer. No era el color favorito de Ivy, pero apostaba a que ella apreciaría la belleza de la mañana.

Lanzó una piedra hacia la marea alta y la vio desaparecer en el mar espumoso, luego se puso de pie. Eso era todo lo que sabía de su esposa. Eso, y que le gustaba el olor de las rosas, y que provenía de una familia acostumbrada a hacer lo que les placía, sin importarles la sociedad. Él apreciaba eso. Hace mucho que había dejado de intentar complacer a nadie más que a sí mismo, aunque era difícil saber si su tímida esposa era igual que ellos.

Por supuesto, si realmente hubiera querido complacerse a sí mismo, habría aceptado su invitación de la noche anterior.

Esa maldita mujer no tenía ni idea de lo que realmente le estaba ofreciendo.

Contempló cómo el sol se extendía por el cielo y el rosa se desvanecía, revelando un día brillante salpicado de nubes. Había estado despierto toda la noche y en la playa una buena hora antes del amanecer, pero quién sabía cuánto tiempo llevaba allí de pie mientras amanecía. En algún momento tendría que volver, pero eso significaría volver con Ivy.

Y a la tentación.

Y a esa figura.

Respiró hondo entre dientes. Podría pasar toda su vida sin olvidar nunca la imagen de ella a cuatro patas, con su trasero curvándose contra la frágil tela de una camisola que merecía ser arrancada de su cuerpo mientras se ofrecía a él.

Pero Cillian no era tonto. La primera vez para cualquier mujer era algo aterrador.

La primera vez con él era aún peor.

Consumarían el matrimonio tarde o temprano, pero esperaba saber más sobre ella que cuál era su color favorito o cuántas páginas de cotilleos ocupaba su familia.

Que ella aprendiera mucho sobre él era otra cosa. Él solo podía darle hasta cierto punto.

Inhalando profundamente el aire salado, Cillian se dio la vuelta y caminó con dificultad por la playa de guijarros. No podía ver la casa desde allí, aunque se imaginaba fácilmente a Ivy acurrucada en la cama, cálida y encantadora. Si tenía que tener una esposa, ¿tenía que ser tan malditamente dulce y bonita? Estaba acostumbrado a sentirse como un hombre rudo y curtido en mil batallas. Sin embargo, ella le hacía sentir como si hubiera sido estrellado contra esas rocas cien veces.

Bueno, no podía estar fuera mucho tiempo sin ofender a Ivy. Al menos, eso suponía. Quizá ella estaría contenta de desayunar sola. Al menos no habría silencios incómodos. Pero no podían pasar todo su matrimonio evitándose el uno al otro. Tendría que enfrentarse a ella tarde o temprano. Mejor acabar de una vez.

Cillian rodeó la imponente pared rocosa de los acantilados, alternando su atención entre las cuevas oscuras excavadas en las rocas y las enormes rocas que se habían desprendido de los acantilados quizá décadas atrás o quizá incluso ayer.

Si pudiera elegir, se quedaría aquí para siempre en lugar de ir a Bath. El paisaje escarpado le hacía sentir mucho más a gusto que los cuidados jardines y las palabras como *«parterre»* y *«bosquete»* que le decía el jardinero. Por lo que él sabía, su primo rara vez abría la casa de Devon e incluso Charington Hall había sido descuidada, ya que Albert prefería la casa de la ciudad de Londres.

Mientras subía por el camino inclinado tallado en la hierba, se cruzó con un grupo de niños. Se hizo a un lado y esperó a que vieran su parche en el ojo o lo miraran como si fuera una bestia aterradora. Apenas se fijaron en él, y sus gritos de alegría resonaron en el promontorio incluso cuando llegaron a la playa, se quitaron la ropa y se zambulleron en el mar. Los observó durante unos instantes e intentó imaginarse teniendo un hijo propio. Sacudió la cabeza. Puede que fuera su deber, pero era algo que nunca, jamás, había considerado antes.

La casa era visible desde su posición en lo alto de los acantilados, y observó el enorme edificio, una mancha pálida contra los campos verdes. Mucho más pequeña que Charington Hall, la maldita cosa seguía dominando el paisaje. Era difícil creer que esto, junto con la mansión, un castillo en algún lugar del norte y varios negocios, le pertenecieran a él.

Antes de que pudiera regresar a la casa, un grito llegó a sus oídos. Cillian sonrió al principio y observó a los niños. Le llevó un momento darse cuenta de que no era un grito juguetón y que uno de los niños estaba más lejos que los demás.

«Mierda».

Cillian corrió por el camino, deteniéndose cuando el mar le mojó las puntas de las botas para quitárselas y tirarlas detrás de él.

«No os metáis en el agua», ordenó a los niños, consciente de que el más alto estaba intentando alcanzar a la niña, cuya cabeza se sumergía bajo el agua y, afortunadamente, reaparecía mientras agitaba los brazos. Se adentró rápidamente en el agua y se zambulló bajo las olas para alcanzarla. Ella luchaba por mantener la cabeza por encima de la siguiente ola, pero Cillian la agarró con un brazo y la arrastró, tosiendo, hasta la superficie.

La delgada niña no opuso resistencia cuando él la sacó del agua y la dejó en la playa, con un brazo alrededor de su cabeza para evitar que se lastimara con las piedras.

Ella tosió y balbuceó y cerró los ojos, pero cuando él le puso una mano delante de la boca, su respiración era constante contra su palma.

—¿Dónde vive? —le preguntó al chico mayor—. Necesita entrar en calor.

—Justo ahí arriba —señaló en dirección al pueblo que no se veía desde donde estaban, pero recordó haber pasado por el pequeño grupo de edificios de camino hasta allí—. En la vicaría.

Presionando su brazo bajo las piernas de la niña, la cogió en brazos. El desayuno con su esposa tendría que esperar. Solo esperaba que ella lo entendiera.

Cuando regresó a casa, hacía tiempo que había terminado la comida matutina y la casa estaba a oscuras, salvo la entrada y el salón delantero, que estaban iluminados. Al entregarle los guantes al mayordomo que su administrador había contratado en una casa de la zona, no pasó por alto la mirada de desconcierto que le dirigió el hombre. Su camisa arrugada y ligeramente salpicada de sal no daba la mejor impresión, pero el padre de la niña no había podido ofrecerle una camisa de su talla, por lo que se vio obligado a sentarse con la ropa húmeda hasta que se aseguró de que la niña estaba a salvo y no enferma. La familia había sido amable y le había dado de comer y beber al menos.

—¿Está despierta mi esposa? —preguntó mientras se quitaba el abrigo.

El mayordomo negó con la cabeza. —No, mi señor. Lo esperó un rato, pero se acostó hace una hora aproximadamente.

Cillian miró al hombre y no encontró ningún indicio de juicio en su expresión, pero estaba seguro de que había oído reproche en su tono. *«¿Por qué dejaste sola a tu nueva esposa todo el día?»,* parecía decir.

Tenía que admitir que no era la mejor manera de pasar el primer día de su luna de miel, pero ¿qué otra opción tenía? No podía dejar a una chica medio ahogada en la puerta de la casa de su padre y salir corriendo.

Subió las escaleras y se detuvo ante la puerta de su dormitorio. Fue a llamar con los nudillos, pero se detuvo. Quizá estuviera profundamente dormida. Con la mano en el pomo, escuchó si había algún ruido, pero solo oyó silencio. ¿Qué iba a decirle? *«¿Me he dado un chapuzón inesperado en el mar y ni siquiera te he*

avisado de que estaba bien, así que te he dejado sola el primer día de nuestra luna de miel?».

Era su primera prueba como marido y temía haber fracasado ya.

Capítulo cinco

Ivy había estado en muchas casas grandiosas. Al fin y al cabo, a su padre le habían concedido el título mucho antes de que ella naciera, y su casa se había terminado de construir cuando ella era solo un bebé. Sin embargo, ninguna le parecía tan intimidante como la residencia del vizconde Hartwood.

Su nuevo hogar.

Le costaba imaginar ese edificio como su hogar. La fachada de ladrillo rojo insinuaba su pasado histórico, mientras que las tejas grises y las elegantes balaustradas y balcones hacían que la casa pareciera más francesa que isabelina. Ivy intentó recordar el resto de la historia que había aprendido sobre lo que iba a ser su hogar, pero ahora que estaba allí, todo se le había olvidado. ¿Realmente iba a ser la señora de todo aquello?

Echó un vistazo a Cillian, que permanecía recostado contra el asiento del carruaje, aparentemente indiferente ante la vista de un edificio tan grandioso.

Se inclinó hacia delante y rodeó con los dedos el borde de la ventana abierta para mirar más de cerca. Los sirvientes se reunían junto a la puerta principal, formando una larga fila en blanco y negro. Pronto, todos estarían bajo sus órdenes.

Se le hizo un nudo en la garganta.

«Es preciosa», dijo ella.

«No estoy seguro de que se pueda describir una casa así como preciosa».

Ella se giró para mirarlo. «Bueno, tampoco es que sea horrible».

«No, pero encantadora evoca cosas suaves, cosas bonitas». Él la miró de arriba abajo y frunció el ceño. «Ese edificio es una gran losa, difícilmente encantadora».

Su expresión agria era lo más animado que le había visto en toda la semana. Su luna de miel había sido de silencio, conversaciones forzadas y largos paseos.

A solas, por supuesto.

Se permitió una sonrisa irónica. Sus hermanas se sorprenderían al saber que echaba de menos todo el ruido y el ajetreo de sus idas y venidas. A pesar de que Clementine y Violet ahora estaban casadas, apenas pasaba un día sin que las viera. Ivy se prometió que la próxima vez que estuvieran juntas no desaparecería ni una sola vez, ni siquiera para tejer.

Además, nunca había tejido tanto en su vida como durante su estancia en Devon. Si alguien necesitaba una bufanda, unos guantes o una manta, ahora tenía docenas.

No es que su nuevo marido fuera grosero, sino que parecía no saber qué hacer con ella. Ella tampoco tenía mejores ideas y se sorprendió a sí misma enfadándose con él por desaparecer el primer día de su luna de miel. Al día siguiente él no dijo nada y ella fue demasiado tímida para preguntarle dónde había estado. También estaba demasiado avergonzada. ¿Qué tipo de persona ahuyentaba a su marido al día siguiente de casarse?

Al parecer, él tampoco deseaba consumar el matrimonio, así que ¿en qué situación la dejaba eso?

Consciente del ligero rubor que se apoderó de su rostro, primero por la humillación y luego por la estúpida y absurda idea de que, en realidad, casi había querido participar en el acto después de ver sus brazos desnudos, Ivy asomó la cabeza por la ventana cuando el carruaje giró por el camino de grava y se detuvo frente a la casa.

Al menos ahora que estaban en la casa, tendría algo con lo que ocupar su tiempo.

Después de que Cillian la ayudara a bajar del vehículo, la presentó a los sirvientes. No estaba segura de qué esperaba de ellos y probablemente podría culpar a la formalidad y a la incertidumbre sobre su nueva señora, pero todos mostraban una frialdad, como si los miraran con desconfianza.

O, para ser más precisos, a Cillian.

¿Qué había hecho su marido para ofenderlos a todos?

—La señora Bradford le mostrará sus habitaciones —ofreció Cillian, señalando a la esbelta ama de llaves, que parecía haber estado allí desde la época isabelina.

Con una impactante melena blanca recogida en un moño, tenía el rostro lleno de arrugas y manchas solares. Le indicó a Ivy que la siguiera al interior de la casa y se movió con mucha más rapidez de lo que esperaba. Ivy se encontró pasando rápidamente por delante de enormes retratos, techos pintados y demasiados animales disecados que le dejaron un sabor amargo en la boca.

Intentó recordar los nombres de cada habitación, pero no lo consiguió, mientras la ama de llaves la instaba a subir las escaleras. Una gran cúpula cubría el enorme vestíbulo, que conducía a un cristal moteado que permitía que la luz del día iluminara las columnas y el suelo de mármol. Ivy cerró la boca y se apresuró a seguir a la señora Bradford cuando oyó un leve chasquido.

Después de atravesar un largo pasillo, la ama de llaves la dejó firmemente en sus dormitorios con un gesto de asentimiento a la criada que la esperaba allí, una breve presentación y la orden de reunirse en la habitación de la ama de llaves para discutir el funcionamiento de la casa.

Ivy vio cómo la mujer se alejaba con paso firme. No estaba segura de quién era la amante de quién.

La criada la miró y le sonrió. «Era la ama de llaves de los Blenheim. Creo que piensa que eso la convierte en Dios».

«Sin duda es... algo...».

Ivy solo esperaba que se las arreglaran lo suficientemente bien. La ama de llaves podía hacerles la vida muy difícil si no lograban trabajar juntas, e Ivy no estaba segura de lo fácil que sería enfrentarse a ella. Sin duda, no era algo en lo que tuviera mucha práctica.

—No le gusto porque soy nueva —explicó la señorita Baxter —. Cree que no debería ser doncella.

—¿Ah, sí?

—En mi última casa era criada de cocina, pero al parecer nadie más quería ese trabajo. —Se miró de arriba abajo y sonrió—. ¡Así que te tienes que quedar conmigo!

Ivy le devolvió la sonrisa. Muriel Baxter, de su misma edad, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos dulces, que contrastaban con su mandíbula afilada y su cabello negro azabache. Era realmente

muy guapa y la primera persona que había visto con algo de calidez en la mirada. Menos mal, iba a ser su doncella.

«Creo que estoy muy contenta de tener que aguantarte».

Cuando entró en el dormitorio, se quedó sin aliento. Había jarrones y jarrones de rosas esparcidos por toda la habitación. Ocupaban cada espacio disponible en muchos de los tonos que había visto en el jardín. Incluso había un cuadro de un jarrón con flores en la pared, y la zona ligeramente descolorida del papel pintado detrás de él indicaba que no siempre había estado colgado allí.

—Su señoría ordenó que se pusieran rosas aquí. Todas las que fuera posible, al parecer. —Muriel cerró la puerta del dormitorio —. No sé cómo vamos a vestirla con todo esto.

Ivy no pudo evitar reírse. —Es un poco excesivo.

«Pero muy bonito, ¿no crees?».

«Es un detalle», admitió ella.

—Debes de amar mucho las rosas. —Muriel echó un poco de agua en la palangana.

—Tanto como cualquier otra mujer, supongo. No estaba segura de por qué Cillian pensaba que le encantaban tanto las rosas, pero no podía quejarse de ese detalle tan considerado.

«¿Le ayudamos a cambiarse y asearse, señora?», se ofreció la criada. «Seguro que está deseando orientarse aquí. Yo sigo perdiéndome, y ya llevo tres semanas».

—Entonces nos orientaremos juntas.

—Me gusta cómo suena eso, mi señora.

Ivy ladeó la cabeza y miró a la criada. —¿Por qué nadie más quería este trabajo?

Muriel se encogió de hombros. «No lo sé. Puestos como este no suelen salir a menudo, pero no puede ser peor que cualquier otra casa grande».

«No, supongo que no».

Y Ivy esperaba que no. Estaba casada de verdad con Cillian, hubieran consumado el matrimonio o no, y de alguna manera tenía que hacer de ese lugar su hogar.

***

Muchos dudaban de la decisión de Cillian de poner a un hombre como Hajit Shah a cargo de toda la casa.

Diablos, sospechaba que la mayoría de la casa pensaba que estaba loco por darle ese trabajo a un exsoldado indio.

Shah se movía por la oficina de la finca con toda la elegancia de un burro, y su cojera creaba un sonido irregular al caminar. Le indicó a Cillian que se sentara mientras él se dejaba caer en la silla al otro lado del escritorio con un gruñido.

Cillian se sentó y echó un vistazo a la habitación contigua al establo. Desde allí, Shah podía supervisar casi todo lo relacionado con la finca, desde la cría de caballos hasta el pastoreo de ovejas. El mayordomo y el ama de llaves se concentraban en el funcionamiento de la casa, pero le informaban regularmente. Cillian se imaginó a la pareja con una sonrisa burlona, tan parecidos en la forma en que sus vidas parecían grabadas en sus rostros inexpresivos, y se preguntó cómo les iría.

—No sonreirás después de que te cuente cómo están las cosas.

Cillian suspiró, se dejó caer en la silla y se frotó la barbilla. La falta de barba le sorprendió momentáneamente, hasta que recordó que se había asegurado de afeitarse esa mañana. Su ayuda de cámara se lo había ofrecido, pero ni loco habría obligado a alguien a pasar una cuchilla por su rostro escarpado. Aunque la peor de las cicatrices quedaba oculta por su parche en el ojo, la delgada línea que le recorría la mandíbula hacía que afeitarse fuera un proceso laborioso.

Si por él fuera, las barbas estarían de moda y dejaría de afeitarse por completo, pero no creía que a su nueva esposa le gustara un hombre que no solo era quince años mayor que ella, le faltaba un ojo y carecía prácticamente de refinamiento, sino que además estaba cubierto de vello facial.

—Cuéntame lo peor.

—Tu primo tenía deudas por todo Londres. Por no hablar de aquí, en la ciudad, y en otras ciudades, como Nottingham y York. He conseguido saldar las peores y he convencido a algunos para que nos permitan pagar mensualmente.

Y por eso había contratado a Shah sin pensárselo dos veces cuando se dio cuenta de la situación en Charington. ¿Quién necesitaba un contable cuando tenía a Shah, que, a pesar de su cojera y su cabello canoso, parecía capaz de cautivar incluso a los comerciantes más cascarrabias?

Cillian fue testigo del encanto del subteniente en persona durante su estancia en Hannover y, aunque no tenía estudios formales, había aprendido suficiente alemán como para coquetear con todas las chicas guapas del pueblo con las que se cruzaban.

Por desgracia, su lesión en la pierna le impedía hacer gran cosa en aquellos días. Si dependiera de la buena gente de Inglaterra, el hombre sería enviado al ostracismo, probablemente quedaría sin trabajo y acabaría en la prisión por deudas.

Qué irónico era que el hombre tuviera la mente más ágil de todas las personas que había conocido y que ayudara a Cillian a saldar sus propias deudas.

«Por supuesto, los impuestos sobre sucesiones no han ayudado y hay una larga lista de tareas de mantenimiento que hay que hacer en la casa». Shah empujó una lista cuidadosamente escrita sobre el escritorio.

Cillian se inclinó hacia delante, le echó un vistazo y levantó las cejas. «Creía que la casa estaba en buen estado».

—En general, no está tan mal, pero hay muchas cosas que hay que hacer antes de que empeoren y le cuesten más. —Shah señaló con un dedo manchado de tinta la mitad de la lista—. Creo que lo más urgente es el techo de las habitaciones de los hombres. Lo he comprobado yo mismo y se puede ver cómo entra agua en la última habitación del criado.

«Supongo que tampoco estaría mal ganármelos si me ocupo de eso».

«Me temo que puede que haga falta algo más».

Cillian suspiró. Podría colmarles a todos con salarios más altos y muebles cómodos para las habitaciones de los sirvientes y probablemente seguirían odiándolo. Su primo Albert no era un amable caballero de campo , pero los dejaba en paz y, al parecer, a

ninguno de ellos le gustaba que este intruso, que nunca debería haber heredado un título, viniera a entrometerse en sus asuntos.

Por desgracia, había que entrometerse o toda la finca se derrumbaría, y ¿dónde les dejaría eso? Pero intentá explicárselo.

—¿Cómo están las cosas con los sirvientes?

Shah se rió entre dientes. «Oh, me odian».

—Quizá debería hablar con el mayordomo.

Una sonrisa torcida apareció en el rostro del teniente. «Me ganaré su confianza, ya lo verás». Su sonrisa se amplió. «No dudes de mí, Cillian. Puedo manejar esto».

«¿Por qué crees que te he puesto al mando?».

«Y obtendremos el control de las finanzas siempre y cuando puedas persuadir a tus inversores para que no huyan».

«Es más fácil decirlo que hacerlo con esta cara».

—Bueno, esta cara ha logrado cautivar a algunos y yo no soy precisamente un adonis. No tengo ninguna duda de que conseguirás que esos hombres estirados se pongan de tu lado. —Su sonrisa se entrecortó y se quedó quieto—. Aunque he oído algunos rumores de los sirvientes que podrían no ayudar mucho. ¿Qué sabes de...?

Cillian levantó una mano, ignorando el latido acelerado de su corazón. Los rumores lo seguían allá donde iba. Solo esperaba que estos no fueran los peores. «No quiero oírlo».

Shah se encogió de hombros. «Apuesto a que llevar a tu guapa esposa del brazo no te vendrá mal. Deberías llevarla a las negociaciones. Haz que pestañee un poco».

Cillian frunció el ceño. Sabía poco de su esposa, pero Ivy era más que una cara bonita, de eso estaba seguro. —¿Todos los mayordomos son tan familiares con sus amos?

Shah se rió entre dientes y se recostó en su silla, entrelazando las manos sobre su generosa barriga. «No lo sé. ¡Nunca he sido uno!».

—Y yo nunca he sido vizconde —dijo Cillian con sequedad—. Sin duda, va a ser una época interesante.

Capítulo seis

Ivy se preguntó si la ama de llaves practicaba esa expresión impasible frente al espejo o si le salía de forma natural.

Apretó los labios para evitar que se le escapara una leve risita al imaginar a la señora Baxter nacida con ese aspecto agrio. Ivy había visto a algunos bebés con aspecto decididamente gruñón al nacer, aunque normalmente se convertían en los niños más adorables.

—Hay una visita —informó la ama de llaves de forma sucinta.

Ivy parpadeó y dejó a un lado su labor de punto en la pequeña mesa circular junto al sofá. Había decidido pasar el tiempo en el salón este, para gran frustración de la ama de llaves. ¿No sabía que el anterior vizconde recibía a sus invitados en el salón *oeste*?, le había preguntado la ama de llaves.

Por supuesto, Ivy no sabía nada de lo que hacía el vizconde original, y prefería esta sala con sus muebles ligeramente anticuados y sus sofás mullidos y de respaldo alto, todos apiñados en el centro de la habitación. Daba una sensación de comodidad en una casa decididamente grandiosa y ligeramente ventosa. Ivy adoraba los muebles que le recordaban la modesta casa de sus abuelos.

La ama de llaves la miró como si Ivy tuviera algo que decir sobre el tema de las visitas. No esperaba a nadie —Violet le había escrito y le había dicho que su familia vendría a visitarla una vez que se hubiera instalado— y no parecía probable que alguien quisiera visitar a los recién casados que se habían casado tan precipitadamente, sobre todo cuando uno de ellos era un Musgrave.

—Viene a ver al vizconde —dijo la ama de llaves después de lo que parecieron varios largos minutos.

—¿Hay una tarjeta?

—No, señora. —Olfateó—. Lo he dejado en el pasillo.

—Bueno, estoy segura de que el vizconde debe de estar por aquí. He pasado tiempo con él esta misma mañana.

Aunque se le podría acusar de exagerar un poco. Él había entrado en la sala de desayunos, había cogido una tostada sin

mantequilla, lo que le había parecido muy extraño, y luego había anunciado que estaba muy ocupado y que le pidiera que le disculpara. En ese momento se le había quitado el apetito por la comida matutina.

¿Qué hacía su marido a todas horas del día? Lo veía tan poco en casa que rayaba en lo ridículo. No era tan tonta como para creer que podrían enamorarse milagrosamente, pero esperaba que, como mínimo, llegaran a ser compañeros. Quizás incluso amigos.

¿Se puede ser amigo de alguien a quien nunca se ve?

La ama de llaves miró sus zapatos negros lustrados. —No estoy segura de dónde está el vizconde, señora.

Ivy sintió cierta satisfacción al pensar que esta mujer estaba muy perturbada por el hecho de no saber todo lo que ocurría en la casa. Ivy podría, supuso, poner un anuncio y sustituirla, pero le parecía una tontería cambiar a cualquier miembro del personal tan pronto y, por lo que decía Muriel, contratar nuevo personal aquí podría no ser fácil. Hasta que no comprendiera el funcionamiento de esta casa, necesitaba a la mujer de rostro agrio.

—Nadie sabe dónde está —añadió, levantando la barbilla.

—Bueno, entonces lo recibiré —dijo Ivy con dulzura, con la esperanza de disimular su creciente irritación. ¿Tenía la mujer que complicarlo todo y alargarlo tanto? Ivy nunca perdía los estribos. La única vez que recordaba haberlo hecho fue cuando Billy Frater llamó bruja cara de sapo a su hermana gemela y ella le dio una buena bofetada. No creía en pegar a los demás. El castigo físico era simplemente una expresión de su propia ira y, en su opinión, no siempre era una respuesta adecuada, y aún hoy se le enrojecían las mejillas al recordarlo.

Sin embargo, Billy era un pequeño piojo y nunca más se volvió a acercar a ninguna de las dos.

—Quizá prefiera recibirlo en el vestíbulo, señora.

Ivy respiró hondo y se enderezó en su asiento. —Lo recibiré aquí, señora Baxter.

La ama de llaves dudó, luego inclinó la cabeza y salió apresuradamente. Ivy comprendió su reticencia cuando el hombre entró en el salón. Aunque vestía una sotana impecable con un cuello

blanco inmaculado, sus botas estaban cubiertas de barro e Ivy hizo una mueca al ver el rastro que dejaba al entrar en la habitación, con el sombrero en la mano. Ignoró la expresión de satisfacción de la señora Baxter, se levantó e hizo un gesto al hombre para que entrara.

—¿En qué puedo ayudarle, reverendo...?

—Godalming —se presentó el anciano caballero, haciendo una profunda reverencia—. Disculpe la intrusión, pero esperaba hablar con el vizconde Hartwood.

—Me temo que está... fuera en este momento. Quizás si vuelve mañana...

—Solo estaré en la ciudad un día, señora, así que no puedo esperar. —Se aclaró la garganta—. Quería asegurarme de que el vizconde supiera que, si necesita algo, mi familia le debe un gran agradecimiento y que el señor no dejará que esto quede sin recompensa.

Ella abrió la boca, luego la cerró, y miró al vicario. —Disculpe, pero ¿qué deuda de gratitud es esa?

—Seguro que usted fue testigo del incidente, señora. Al fin y al cabo, fue durante su luna de miel.

—¿Incidente?

«Cuando el vizconde salvó la vida de mi nieta», respondió él, como si ella lo supiera desde el principio.

«Ya veo». Ella esbozó una vaga sonrisa. «Imagino que mi marido quiso evitarme cualquier preocupación. ¿Qué hizo exactamente mi marido?».

«Estaba nadando», explicó el reverendo, «como siempre hace. Lleva nadando en Ness Cove desde que tenía solo dos años. Pero parece que tragó un poco de agua y no podía respirar. Se habría ahogado si no hubiera sido por el vizconde».

Cerró los ojos brevemente. Eso explicaba su desaparición y su aspecto extrañamente desaliñado aquel día. Parecía que lo había juzgado mal por completo.

Y parecía que tenía que pedirle perdón.

***

Doce años de guerra y sus instintos nunca le fallaron.

La asombrosa habilidad de Cillian para anticiparse a los movimientos de sus enemigos antes de que reaccionaran lo hacía terriblemente eficaz en la guerra.

Sin embargo, de alguna manera, desde su posición en la bañera de cobre, no la oyó entrar en la habitación hasta que ella hizo un extraño chirrido.

Se quitó la tela que le cubría los ojos y la tiró a un lado, oyendo cómo caía con un golpe húmedo sobre el suelo. Su mirada se encontró con la de Ivy y ella abrió mucho los ojos.

En un instante, la calidez del agua que bañaba su dolorido cuerpo fue sustituida por un frío terror. Sus músculos, antes relajados, se tensaron. Cillian clavó los dedos en el borde de la bañera hasta que le dolieron los nudillos.

Ella miró sus manos, luego hacia abajo y luego de nuevo a su rostro. Sus mejillas se sonrojaron.

Lo había pillado. Su único gran placer en la vida y ella lo había descubierto. No le importaba estar desnudo. Demonios, se emborrachaba y se subía desnudo a la estatua del rey Alfredo, igual que hacía su hermano, sin preocuparse lo más mínimo por lo que pudieran ver los demás.

Pero no llevaba su parche en el ojo.

El horror que se reflejaba en su expresión era aún más evidente cuando comenzó a balbucear. —P-Perdóname. No sabía que estabas, eh... —Señaló la bañera—. Nadie me dijo... es decir... tu ayuda de cámara solo dijo que pedías que no te molestaran y pensé... —Se le hizo un nudo en la garganta.

Pensó que él no tendría ningún reparo en que su esposa lo molestara.

Se equivocó.

«Fuera». Dijo las palabras entre dientes. Las pronunció como una orden firme y tajante. Sin suavidad ni comprensión.

Se arrepintió de esas palabras en cuanto salieron de su boca. En cuanto el color desapareció de las mejillas de ella, dejándola con una expresión vagamente angustiada. Ella se dio la vuelta y huyó sin decir nada, sus delicados pasos explicaban por qué él no se había dado cuenta de que había entrado en la habitación antes de que

fuera demasiado tarde. La única pista de que había escapado fue el ruido sordo de la puerta al cerrarse.

Maldita sea.

Se levantó rápidamente de la bañera, se colocó el parche en el ojo, cogió una toalla del respaldo de una silla y se la ató a la cintura, sujetándola con una mano. Dejando un rastro de huellas mojadas que casi le hacen resbalar mientras corría tras ella, alcanzó a Ivy no muy lejos de su dormitorio, en el pasillo.

«Espera». Él la agarró del brazo.

Ella se giró y el rubor volvió a su rostro en un instante. Su mirada recorrió su cuerpo de arriba abajo, deteniéndose un momento en su pecho hasta posarse en su rostro.

En su parche ocular.

Él tragó saliva. Ella lo sabía.

Sabía cómo era. Sabía cómo se veía sin él. A veces le costaba olvidar la imagen, aunque evitara mirarla durante semanas. Sin duda, la cicatriz nudosa la perseguiría durante días. Quizás más.

Pero ella no merecía que le gritaran. No era culpa suya que nadie le hubiera informado de que él se estaba bañando. O tal vez nadie pensó que a un marido le importaría que su esposa interrumpiera su baño. Al fin y al cabo, Ivy no había cometido ningún acto atroz. No se merecía nada de esto.

No era culpa suya que él odiara que ella mirara sus cicatrices.

—Lo siento —dijo Cillian, con un tono más áspero de lo que esperaba—. Lo siento —repitió y le soltó el brazo.

—No. No —ella negó con la cabeza—. Fue culpa mía. No debería haber entrado sin más. Solo quería... es que teníamos una visita y quería disculparme por... —Hizo una pausa y él la oyó respirar profundamente—. Ahora me parece una tontería.

—¿Querías disculparte?

—Puede esperar. —Esbozó una sonrisa cautelosa que no llegó a sus ojos—. Deberías volver a tu baño.

—Creo que ya he terminado.

«Lo siento. No debería haber...». Miró al suelo, donde se había formado un charco de agua alrededor de sus pies.

—Y yo no debería haber... —Hizo un gesto vago con la mano libre—. Gritado.

—Lo entiendo. Te asusté.

Asustado. Él resopló. Sonaba como algo que le podría pasar a una joven delicada. No a un soldado experimentado.

Una arruga apareció entre sus cejas claras. «¿Qué te divierte?».

«Nada». Él negó con la cabeza.

Cillian no podía explicar cómo funcionaba su mente. Cómo no era su presencia lo que le molestaba, cómo pocas cosas tenían la capacidad de asustarlo. Si no fuera por ese maldito ojo horrible, estaría recostado en su bañera y mantendría toda una conversación con ella si eso era lo que ella quería.

En cambio, seguían teniendo una maldita conversación, excepto que él la había empeorado al decidir que era una excelente idea correr por la casa medio desnudo.

—Lo que quiero decir, Ivy, es que no debería haberte gritado, y lo siento.

«De verdad que lo siento...».

—Si me dices una vez más que mi horrible comportamiento era aceptable, puede que tenga que ponerte sobre mis rodillas.

—Oh.

Maldita sea, ¿podría empeorar aún más las cosas?

«Es una broma, Ivy, y además muy mala». Sacudió la cabeza. «Desde luego, no creo en poner a tu mujer sobre tus rodillas».

—Oh.

«Y no creo que debas tener miedo de hablar con tu marido», dijo en voz baja. «Me esforzaré por mejorar».

Esta vez, sus ojos se arrugaron ligeramente cuando sonrió. Su corazón dio un extraño latido. La combinación de esos labios carnosos y rosados, las mejillas redondeadas y los ojos que cambiaban de azul hielo a plateado según la luz era suficiente para volver loco a cualquier hombre. En ese momento, no importaba que estuviera en el pasillo con solo una toalla puesta. Un batallón de soldados franceses podría irrumpir en la casa y probablemente él seguiría sin poder moverse.

Ella lo tenía cautivado.

—Se lo agradezco, gracias, mi señor.

—Cillian —le recordó él.

—Cillian —repitió ella.

Volvió a captar su mirada en su pecho. Supuso que era la parte menos marcada de su cuerpo y que había logrado mantener su fuerza a pesar de llevar la vida de un caballero rural. ¿Veía ella algo que le gustaba? ¿O el oscurecimiento de sus pupilas significaba otra cosa? ¿Estaba luchando por olvidar lo que había visto?

Él observó cómo flexionaba los dedos, cómo su cuerpo se inclinaba ligeramente hacia él.

¿Se atrevía a esperar que ella no sintiera repugnancia por él?

Inclinó ligeramente la cabeza, a modo de prueba.

Ella no retrocedió.

Manteniendo su mirada, atento a cualquier señal de que quisiera escapar, se acercó aún más.

Sus labios lo atraían. Demonios, prácticamente suplicaban ser besados. Una mujer con una boca así debía ser besada a menudo y con pasión.

Una puerta al final del pasillo se cerró de golpe y, cuando levantó la cabeza, vio la falda de una criada desapareciendo tras la esquina.

Maravilloso. Ahora sus sirvientes hablarían de su señor descarriado y de cómo se pavoneaba por los pasillos prácticamente desnudo.

—Debería irme. —Ivy señaló con el pulgar detrás de ella, hacia la puerta de un dormitorio—. Quiero decir... —Se corrigió y señaló en dirección a las escaleras—. Perdóneme por robarle tanto tiempo, mi señor... —Levantó una mano antes de que él pudiera abrir la boca—. Quiero decir, Cillian.

Él no intentó detenerla.

Quería hacerlo.

Quería abrazarla con fuerza, atraerla hacia él y absorber toda esa dulce calidez. Pero aunque, por un momento, ella también hubiera querido besarlo, él no se había equivocado sobre cómo ella

lo había visto en la bañera. Sabía por experiencia que, con los ojos cerrados, uno nunca olvida lo que ha visto.

Ivy tampoco lo olvidaría.

Capítulo siete

Ivy bajó las escaleras sin prisa, dejando que sus dedos se posaran en la barandilla pulida y deteniéndose ociosamente para mirar las miradas severas de los hombres y mujeres de los retratos. Cualquier cosa con tal de posponer el encuentro con la señora Baxter. La ama de llaves no estaba convencida de que Ivy supiera nada sobre cómo llevar una gran casa y no dejaba de resoplar cada vez que Ivy sugería que ahorraran un poco. No celebraban grandes bailes ni grandes fiestas en la casa y, por eso, Ivy estaba agradecida. Al menos su marido tampoco tenía gusto por esas cosas. Eso era algo que tenían en común.

Cillian también quería reducir los gastos al mínimo. No lo había dicho abiertamente —de hecho, el hombre le contaba poco sobre lo que quería para la casa, salvo que dependía de ella— y comía con mucho gusto todas las comidas, ya fuera un simple guiso o sopa de tortuga.

Lo cual nunca sería el caso. Ivy no podía imaginar comerse a esas criaturas de aspecto entrañable.

Pero lo que quería decir era que no parecía importar lo que hiciera o dejara de hacer el cocinero. Él se lo devoraba todo como si fuera su última comida y se marchaba.

Se detuvo en el siguiente rellano y se asomó por la barandilla de la escalera para observar el suelo estampado del pasillo de abajo. Era una casa diseñada para grandes comidas y recepciones, y la ama de llaves seguía creyendo lo mismo. Para esa mujer, utilizarla para algo menos era prácticamente un insulto a sus habilidades como ama de llaves.

Sin embargo, Ivy había observado los modales cuidadosos de Cillian. Rara vez tomaba el carruaje, prefiriendo montar a caballo, siempre bebía cerveza en lugar de oporto o whisky y, por lo que ella sabía, tenía pocas prendas de lujo. De hecho, desde que se conocieron en un baile, no recordaba haberlo visto con nada más que tweed y algodón. Tampoco le habían ofrecido una modista, pero a ella no le importaba.

Por supuesto, ella lo había visto con mucho menos que tweed y algodón.

Ivy se apartó de la barandilla y sacudió la cabeza como si pudiera borrar las imágenes. Se había disculpado por asustarlo y él lo había encontrado divertido, pero la verdad era que él *la* había asustado *a ella*.

No estaba preparada para ver tanta piel. Parecía dominar su visión, un torso musculoso y unos brazos fuertes que ocupaban toda la altura y la anchura de la bañera. Aún recordaba los riachuelos que se deslizaban por el oscuro vello de su pecho mientras se ponía delante de ella y se disculpaba.

En realidad, debería haber prestado atención a lo que había visto en su ojo. Parecía doloroso, con un corte que atravesaba todo el lugar donde debería estar el ojo y no dejaba más que tejido cicatricial. Pero se había olvidado de esa imagen en el momento en que él la había agarrado del brazo.

En lugar de sorpresa, una extraña sensación de calor y cosquilleo se apoderó de ella. Pero, por extraño que fuera, sabía lo que significaba. Deseaba a su marido. Lo cual estaría muy bien si él no pareciera querer evitarla. Una vez más, desapareció después de la comida matutina quién sabe adónde y probablemente no lo vería hasta la noche. Aunque por un momento había pensado que él quería besarla ayer, se preguntaba si lo había malinterpretado.

Se preguntó si él quería besar a otra persona.

El nudo en su estómago desapareció cuando oyó a alguien abajo. Asomándose por el borde, vio a una criada con una escoba. La empujó agresivamente hacia la esquina del pasillo. «¡Fuera, te digo!».

Ivy frunció el ceño y bajó rápidamente para espiar una pequeña forma redonda en la esquina. La forma emitió un ruido horrible y agudo en respuesta a la escoba cercana.

«Por favor, pare», le dijo a la criada, agachándose para ver a la criatura.

«No debería estar aquí, señora. No puedo terminar de barrer y no deja de hacer un ruido espantoso».

«Creo que está herido». Ivy se acercó arrastrando los pies, permaneciendo agachada mientras el erizo emitía otro sonido, sin duda, espantoso. «Déjelo en mis manos», le dijo a la criada y se desabrochó el fichú del cuello. Con cuidado, recogió al erizo con la tela y lo acunó suavemente.

«¿Qué diablos es ese ruido?», exclamó Cillian, que entró corriendo en el pasillo y se detuvo. Su chaqueta indicaba que acababa de regresar de dondequiera que hubiera estado.

Espero que no con otra mujer, pensó ella.

El erizo chilló, casi como un bebé llorando. «Está herido», le dijo a Cillian.

—¿Qué está herido? —Se acercó a ella y miró el pequeño bulto—. Maldita sea, vas a... —Intentó quitárselo, pero retiró la mano bruscamente—. Ay. —Se llevó un dedo a la boca y lo chupó—.

—¿Me he hecho daño? Ella negó con la cabeza. —Lo tengo así. Pero tengo que calentarlo y ver si come algo.

—Ya veo.

Ella miró a su marido a los ojos, preparándose para que le exigiera que lo tirara fuera o lo dejara en algún seto. Detestaba las confrontaciones, pero no había posibilidad de que dejara a esa criatura a merced del mundo cuando la necesitaba.

—Mi salón. Es el más pequeño y podemos calentarlo rápidamente con fuego.

—Sí. Ivy no pudo resistirse a esbozar una sonrisa de alivio—. Sí, eso sería perfecto.

***

El bulto que Ivy llevaba en brazos emitía el ruido más espantoso que Cillian había oído jamás. No entendía cómo una criatura tan pequeña podía hacer un ruido así. No tuvo oportunidad de preguntar por qué lo hacía, ya que Ivy empezó a dar órdenes para que prepararan carne y trajeran mantas a su salón. Cillian no creía haberse sentido tan impotente desde que le habían cortado la cara con una espada.

Sin embargo, había algo admirable en la forma en que ella se hacía cargo de todo. Su esposa, normalmente tranquila, tenía sin duda un aire autoritario. Ninguno de los sirvientes parecía sentir

especial cariño por ninguno de los dos, aunque Cillian no sabía qué había hecho Ivy para ofenderlos. Cualquiera que viera algo más que belleza en aquella mujer tenía que ser un necio.

Sin embargo, una vez que ella tomó el mando, los tuvo a todos corriendo para cuidar de aquella diminuta criatura. Si no fuera por el alboroto y la evidente preocupación en el rostro de Ivy, a Cillian le habría parecido divertido.

Siguió a Ivy y al erizo chillón hasta el salón, donde ella acunó a la criatura hasta que prepararon unas mantas y una caja de una reciente entrega de verduras, mientras él encendía el fuego. Una vez instalado en la caja, el animal se calmó. Ivy permaneció cerca del erizo, acurrucando las piernas debajo de ella mientras ajustaba las mantas. Trajeron comida dos veces, pero la rechazaron por no ser lo suficientemente buena para el animal.

Cillian la miró con asombro. Cuando le dijo al grupo de espectadores que habían llegado a un acuerdo, no tenía ni idea de qué tipo de esposa iba a tener. Su única preocupación en ese momento era asegurarse de que la historia no se repitiera. No podía permitir que el destino de otra mujer quedara a merced de otro hombre terrible. Pero parecía que había elegido bien. Nadie podía negar que era la vizcondesa perfecta cuando daba órdenes concisas en ayuda de una criatura tan pequeña.

Qué pena que no se pudiera decir lo mismo de él. No conocía a nadie que pensara que era adecuado para ser vizconde, incluido él mismo.

—¿Le darás de comer? —preguntó, asomándose por el borde de la caja desde su posición junto al fuego. No podía ver mucho, solo una pequeña mancha marrón entre mantas verdes.

Ella no lo miró. —Todavía no. Por ahora parece bastante contento.

Maravilloso. Ahora empezaba a sentir celos de un erizo. ¿No podía ella mirarlo así?

—¿Qué le pasa?

—Puede que simplemente estuviera angustiado, o puede que esté herido. Ivy finalmente lo miró.

—Y ese ruido... ¿qué diablos era eso?

«Los erizos hacen ese ruido cuando están heridos». Ella sonrió cuando él puso cara de asco. «Lo sé. Es un sonido horrible».

—¿Se pondrá bien?

—Lo vigilaré, pero espero que sí. Ahora parece estar tranquilo y más tarde comprobaré si tiene alguna herida. Acaba de pasar por una experiencia muy dura y no quiero que sufra más angustia.

Cillian se agachó para mirar una pequeña pata que sobresalía de la manta. —¿Él? —preguntó—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo comprobé rápidamente cuando lo recogí.

Él negó con la cabeza. ¿Acaso esta mujer nunca dejaría de sorprenderlo? —¿Y dónde demonios aprendiste a distinguir el sexo de un erizo?

Ivy miró su regazo. —Es una especie de habilidad que tengo.

—¿Tu... especialidad?

—Me encantan los animales.

«Creo que a la mayoría de la gente le gustan los animales. Siempre he querido tener un perro».

—Yo también —exclamó ella, y él se prometió que le compraría uno en cuanto tuviera la oportunidad, si eso hacía que su rostro volviera a iluminarse de esa manera.

«Pero no mucha gente sabe distinguir el sexo de un erizo, Ivy».

«Cuando digo que amo a los animales, *realmente* amo a los animales». Su sonrisa se amplió, confirmando que sin duda tenía que comprarle un perro. «En casa...». Hizo una pausa y frunció el ceño. «En la casa de mi padre, solía acoger animales abandonados. Tenía toda una zona de los establos para ellos, y todos en el pueblo cercano e incluso en Bath sabían que acogía animales heridos y enfermos. Nunca podía resistirme».

«¿Cuándo empezaste? Me refiero a acoger animales».

—Creo que cuando tenía unos ocho años. Recuerdo que encontré una camada de gatitos abandonados en un seto. Eran tan pequeños e indefensos, y mi madre me dijo que tendría que quedarme despierta con ellos toda la noche como una gata madre, pero insistí en que podía hacerlo y los dejé dormir en mi habitación. Añadí algunos animales más antes de que mi padre insistiera en que

los trasladara a todos a los establos. —Su sonrisa se desvaneció—. Los echo de menos.

Cillian no sabía qué decir. No tenía ni idea de que ella hubiera dejado atrás a ningún animal. La imaginó en unos establos llenos de paja, con la luz de la mañana entrando por las altas ventanas mientras estaba rodeada de sus animales.

Y él le había dado esto. Una casa fría y lujosa con sirvientes que, al parecer, los detestaban a ambos.

«A veces consigo encontrarles un hogar cuando los he cuidado hasta que se recuperan», dijo ella. «Esa es mi parte favorita. Verlos irse a un hogar donde los quieren. Incluso Greta encontró un buen hogar».

—¿Greta?

—Una oveja. Era bastante rebelde y se escapaba constantemente. Pero aún podía reproducirse, y creo que solo necesitaba encontrar un propósito.

Él conocía esa sensación. Desde que él y su madre habían llegado de Irlanda cuando él era solo un niño, había necesitado un propósito. Cualquier cosa que le distrajera de las miradas extrañas que le lanzaban y los murmullos. Nadie confiaba en ese niño irlandés moreno que nunca entendía cómo hacer amigos entre los niños ingleses.

Parecía que su esposa también quería un propósito. Si alguien entendía su deseo de proteger a los menos afortunados que él, era él. Sabía muy bien lo que se sentía ser vulnerable, estar a merced de los demás. Si podía hacer algo para ayudarla a cumplir su propósito, lo haría.

Miró a la criatura dormida y luego volvió a mirar a Ivy, que se había acomodado con la espalda apoyada en el respaldo de la silla cercana. «¿Quieres que me quede? ¿Para hacerte compañía?».

Pasaron unos interminables momentos mientras su corazón latía con fuerza contra su pecho.

Entonces, los ojos de ella se arrugaron y el corazón de Cillian amenazó con salirse del pecho. Temía estar llegando al punto de hacer cualquier cosa para hacer sonreír a esa mujer.

«Sería agradable, gracias».

Algo en la palabra *«agradable»* hizo que Cillian quisiera gemir. Quizás porque se parecía demasiado a la palabra «placer». Y cuanto más tiempo pasaba con Ivy, más pensaba en el placer y en ella, su esposa, juntos. El problema era que no tenía ni idea de si ella siquiera le apreciaba, y mucho menos si le deseaba. Después de ver su horrible ojo, no estaba seguro de cómo podía mirarle. ¿Cómo podía esperar que ella quisiera algo más?

Capítulo ocho

El silbido y el crepitar del fuego le dieron una cálida bienvenida cuando Ivy abrió los ojos y parpadeó somnolienta mirando el reloj. Era más de medianoche. Había dormido varias horas.

Al parecer, dormida en el regazo de Cillian.

Su firme pierna le ofrecía una almohada perfecta y, en algún momento, ella había metido una mano bajo el calor de su muslo. No estaba segura de cómo lo había conseguido mientras ella le sujetaba la cabeza, pero él también le había puesto una manta encima. Oyó su respiración constante, regular y reconfortante, y decidió no apresurarse a sentarse. La habitación estaba iluminada por el resplandor de la chimenea y nada más, el erizo estaba en silencio y ella estaba cálida y cómoda.

Protegida.

El brazo de Cillian descansaba sobre su cuerpo. Ella miró hacia abajo y pudo ver su gran mano extendida sobre su cadera. Había crecido en una familia numerosa y ajetreada, con hermanas que la protegían de todos los comentarios desagradables sobre su peso, pero nunca antes se había sentido tan protegida, como si Cillian pudiera protegerla de cualquier cosa en este mundo, incluso de las maliciosas Lady Agneses del mundo que solían seguirla en los bailes y hacer comentarios sobre cada elección alimentaria que hacía.

Permaneció allí tumbada, escuchando el constante tic-tac del tiempo hasta que se dio cuenta de que Cillian estaba despierto. Con las mejillas enrojecidas, se incorporó y se apartó un rizo rebelde detrás de la oreja.

—No era mi intención quedarme dormida —dijo, mirando hacia la caja.

Él esbozó una leve sonrisa, inclinando los labios hacia un lado de una forma que le hizo oprimirse el corazón. Rara vez veía sonreír a su marido y, la mayor parte del tiempo, sus rasgos podían considerarse severos. Por desgracia, el parche en el ojo y su

complexión fuerte no contribuían a suavizar su aspecto. Sin embargo, cuando le dirigía esa mirada tan juvenil, estaba bastante segura de que era el hombre más guapo del mundo.

«Especialmente durante tanto tiempo», añadió ella cuando él no dijo nada.

—Imagino que necesitabas dormir.

No lo necesitaba. No lo había hecho. Había dormido perfectamente bien la noche anterior y solo podía culpar al calor y la comodidad de estar allí, en esa habitación, con Cillian.

—¿Has dormido algo? —Se sentó sobre los talones para poder alisarse la falda y sentirse al menos un poco menos arrugada. Esperaba no haber roncado ni haber hecho nada embarazoso, como babearle en el regazo—. Es tarde —miró el reloj—. Quiero decir, temprano.

—Quería asegurarme de que el erizo estuviera a salvo.

Por un momento, Ivy juró haber visto un ligero rubor en las mejillas de Cillian, pero ¿era posible que un hombre así se sonrojara?

—Parece que no soy la única que siente afinidad por los animales.

«Nunca pensé que pudiera sentir afinidad por los erizos. Suelo preferir los que no pinchan los dedos».

—Me gustan todos los animales.

«¿Los cerdos?».

—Oh, sí. Pueden ser muy característicos.

«¿Ranas?». Se puso de pie, echó un leño al fuego y lo removió con el atizador. «A ninguna mujer le gustan las ranas».

—Las ranas se comen las moscas y me encanta cuando hay renacuajos en el estanque de mi padre.

—Muy bien. —Colgó el atizador junto a la chimenea y se frotó la barbilla—. ¿Serpientes? A nadie le gustan las serpientes.

—No soy muy fanática de las víboras —admitió ella—. Pero las culebras de agua son encantadoras.

Él arqueó las cejas. —Absolutamente adorables. Nunca había oído a nadie referirse a una serpiente como absolutamente adorable.

«Bueno, en realidad no se pueden considerar serpientes».

Cillian se rió entre dientes. «Apuesto a que eras bastante traviesa de niña, trayendo a casa todo tipo de animales».

—Solo traje una rana a casa una vez. Lilly entró en pánico, lo cual fue muy divertido, ya que a Lilly no le asusta casi nada.

—¿Lilly? Tu hermana gemela, ¿verdad?

«Esa misma». Ivy no pudo evitar esbozar una sonrisa nostálgica.

—¿Sois muy unidas?

—Somos gemelas.

«Por mi experiencia, ni siquiera haber nacido al mismo tiempo garantiza esa relación».

Ivy contuvo la respiración por un momento. Ahí estaba. Él se estaba revelando lentamente ante ella. Pero, ¿hasta dónde debía llegar?

«Creía que no tenías hermanos».

«No los tengo, pero he sido testigo de la brecha que puede surgir entre hermanos, incluso entre aquellos que son muy cercanos».

Se preguntó si se refería a su padre, quien, según ella sabía, se había casado con una mujer irlandesa pobre y se había mudado a Irlanda. Cillian solo había venido a Inglaterra tras la muerte de su padre, según Shah, que sabía más de su marido que ella, y el tío de Cillian les había proporcionado una escasa ayuda económica.

«Lilly y yo somos muy diferentes. Creo que eso ha ayudado mucho a nuestra relación», explicó ella.

Lilly no solo era completamente diferente a Ivy en apariencia, sino que además compartían pocos intereses. Mientras que a Lilly le encantaba estar al aire libre, Ivy prefería las actividades de interior. En cierto modo, eso significaba que nunca se peleaban por nada, ya que cada una tenía sus propios intereses.

«Tiene sentido».

Un ruido de resoplido salió de la caja, impidiéndole seguir insistiendo. A veces, Cillian le recordaba a un semental asustadizo, que no confiaba en nadie. Si se acercaba demasiado rápido, saldría corriendo. Se puso de pie y se asomó a la caja mientras Cillian volvía a centrar su atención en avivar el fuego. El erizo se movió

ligeramente y volvió a acomodarse, permaneciendo afortunadamente en silencio. Bien podría haber sido su interacción con una escoba lo que había causado tal ruido y, con un poco de suerte, pronto podría liberarlo de nuevo en la naturaleza, en algún lugar lejos de la casa y de cualquier criada molesta con una escoba.

Cillian se giró en el momento en que ella rodeó la caja para ajustar la manta. Cuando se levantó, se encontró frente a él, con la mirada fija en el cuello abierto de su camisa. Levantó la mirada lentamente, consciente de cómo le latía el pulso y se le hacía un nudo en la garganta.

Encontró su mirada lentamente, con esperanza. Y lo que vio en sus ojos reflejaba exactamente lo que ella sentía.

Él quería besarla.

***

No había nada de malo en querer besar a tu esposa.

Cillian luchó contra ello, sin embargo.

Quizás porque sabía que, una vez que posara sus labios sobre aquellos labios suaves y acogedores, estaría perdido.

Quizás porque se volvería vulnerable.

Tendría que revelar sus secretos tarde o temprano y no estaba seguro de poder soportar ver el miedo en los ojos de Ivy cuando lo mirara como lo hacían todos los demás.

Como a un extraño.

Como un villano.

Como un asesino.

Pero la luz era demasiado suave en su rostro y el pliegue de su mejilla le ablandó el corazón. Olía demasiado a calidez y a algún tipo de flores. No ayudó que, cuando le acarició la curva de la cara con la mano, ella suspirara y se inclinara hacia su tacto.

Ni siquiera recordaba la última vez que alguien había deseado su contacto.

Cillian bajó ligeramente la cabeza. Esperó el momento, el segundo en que sus ojos se abrieran de par en par cuando finalmente se diera cuenta de con quién estaba a punto de compartir un beso.

Nunca llegó, incluso cuando él se acercó medio paso más. Pasó un segundo más y fue un segundo demasiado largo. El deseo que sentía en su interior lo impulsó hacia adelante y acercó su boca a la de ella.

Ella dejó escapar un pequeño grito ahogado antes de que él cerrara los ojos y fundiera sus labios por completo con los de ella. Se movió lentamente, con suavidad, y la lenta respuesta de ella le recordó su inocencia. Sin embargo, ella seguía siendo su igual, moviéndose con sus caricias exploratorias, inclinando la cabeza para darle mejor acceso mientras él deslizaba una mano por la nuca de ella y le rodeaba la cintura con la otra.

Casi gimió.

De alguna manera, se contuvo. No sabía cómo respondería Ivy a un ruido así, un sonido tan básico y desesperado, y no quería arruinar ese momento bajo ningún concepto.

Ella era la perfección.

Cada centímetro de ella era suave y cálido, desde sus labios hasta su cintura, pasando por el contacto de sus muslos con los de él. Quería hundir los dedos en sus caderas y atraerla hacia él tanto como fuera humanamente posible. El fuego recorrió sus venas al darse cuenta de lo perfecta que era esta mujer. Si fuera un hombre menos hastiado, podría pensar que ella estaba hecha para él. Ella contrastaba perfectamente con su dureza e imaginó que si la acercaba más, sería como si no cupiera ni una brizna de aire entre ellos.

Su mente casi se extendió a pensamientos de carne desnuda y más jadeos de ella, pero por algún milagro Cillian lo controló. Habría muchos que lo considerarían incapaz de tal cosa, pero estar en el campo de batalla le había enseñado hacía mucho tiempo a olvidar sus propios deseos y necesidades.

Lentamente, se apartó, pero se permitió un último y suave roce en sus labios. Mantuvo una mano sobre su rostro y añadió otra para poder encontrar su mirada y asegurarse de que ella se había perdido en ese beso tanto como él.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de ella.

Casi soltó un suspiro de alivio. Ella no lo odiaba. No le repugnaba. Diablos, tal vez incluso lo había disfrutado tanto como él. Por algún milagro, su hermosa y joven esposa realmente disfrutaba que él la besara. No estaba seguro de qué había hecho para merecer tal cosa, pero iba a aferrarse a ello con uñas y dientes.

Le acarició la mejilla distraídamente con el pulgar. Tonto como era, incluso sonrió. Cillian intentó no imaginar lo ridículo que debía de parecer, tocándole la cara y sonriendo como un idiota.

—Deberías dormir un poco —dijo, con una voz que sonaba demasiado como si hubiera hecho gárgaras con arena para su gusto. Qué efecto tenía esta mujer sobre él.

Lentamente, a regañadientes, retiró las manos de ella, preguntándose ya cuándo volvería a tocarla. ¿Mañana? ¿Por la mañana? ¿En dos horas?

¿Ahora mismo?

—No estoy segura de poder dormirme ahora —dijo ella, mirando a la diminuta criatura que dormía en la caja.

¿Porque se habían besado? ¿O porque ella se preocuparía por el erizo? Él sabía cuál era la razón para él. Después de eso, no esperaba disfrutar ni un minuto de sueño esa noche. Se reajustó el parche del ojo, al darse cuenta de que la cinta se había torcido de alguna manera durante el beso.

Ella lo miró.

Mierda.

Por un momento, él había olvidado la lesión. Pensó que ella también. Pero, ¿cómo podía hacerlo? Él solo era medio ciego. Sabía lo horrible que era aquello.

Ivy ladeó la cabeza. —¿Qué te pasó exactamente en el ojo, Cillian?

—En combate —respondió él con rigidez.

—Sí... pero ¿qué pasó exactamente? Ella extendió la mano y él esquivó su contacto.

Maldita sea. ¿Acaso pensaba que por haber compartido un breve beso él le contaría hasta el más mínimo detalle sobre sí mismo? ¿Creía que le debía algo de alguna manera?

Ella juntó las manos delante de sí y dio un pequeño paso atrás. —No tienes por qué llevarlo puesto todo el tiempo. Veo que lo tocas, como si te resultara incómodo.

Bueno, eso lo explicaba todo. Por qué no le importaba que la tocara, por qué le había permitido besarla e incluso había disfrutado con ello. Tenía que estar loca. Nadie en su sano juicio querría ver algo así.

«Creo que es hora de irme a la cama», dijo él como si ella no hubiera dicho nada.

Ivy bajó un poco los hombros. Él se sintió como un idiota.

«Mañana tengo un día muy ajetreado», añadió y casi resopló ante la debilidad de sus palabras. Como si eso ayudara a explicar por qué estaba huyendo.

—Y supongo que no te veré mucho, —dijo ella.

Cillian odiaba su tono decepcionado. Tampoco podía entenderlo. ¿Qué creía ella que podía ofrecerle realmente? ¿Una compañía caballerosa? ¿Picnics en el parque? ¿Limonada junto al río?

Asintió con la cabeza hacia la caja. —Si necesitas algo de mí, dímelo.

Ella levantó la barbilla y se dio la vuelta, cruzándose de brazos. —Estaré bien, gracias.

Sí, probablemente estaría bien. Ivy no lo necesitaba, en realidad. Él había sido testigo de su capacidad cuando había dado órdenes a todo el mundo en nombre de un pequeño erizo.

Por desgracia para él, no estaba seguro de que él estuviera bien. No después de ese beso.

Capítulo nueve

Muriel esquivó un montón de estiércol de caballo aparentemente fresco, se agarró la falda y arrugó la nariz.

Ivy contuvo una risita. No era de extrañar que la señora Baxter pensara que su doncella estaba por encima de su posición. Desde luego, no encajaba con el resto de los sirvientes.

Menos mal.

En ese momento, a Ivy no le importaba si Muriel se olvidaba por completo de su posición. Qué agradable era tener a alguien que realmente hablara con ella, como es debido.

—Así que vas a convertir este establo... —Muriel se acercó a ella y se asomó a la sombría entrada del edificio—. ... en una especie de santuario para animales.

Ivy asintió. —Cillian, su señoría, dice que puedo utilizarlo para cualquier animal que encuentre en el futuro.

Muriel la miró. «¿Y es probable que encuentres más animales? Sin duda, un erizo chillón es suficiente».

Ella se encogió de hombros. «Simplemente parece que sucede».

Muriel olfateó. «Huele a viejo. Y a humedad».

«Habrá que limpiarlo y poner algunas vallas». Ivy entró en la entrada de piedra del edificio y vio montones de paja húmeda y los restos de las barreras que en su día dividían un establo lleno de caballos. Aunque Charington era realmente grandioso y, según todos los indicios, pertenecía a dos vizcondes que se tenían en muy alta estima, Ivy seguía viendo signos de abandono.

En su mayoría estaban ocultos, en lugares como la escalera trasera, donde parte del papel pintado se había desprendido, o en el salón de los sirvientes, con los marcos de las ventanas salpicados de pintura. Este establo no era diferente. ¿Quién sabía cuándo se había utilizado por última vez?

El edificio estaba alejado del resto de los establos y probablemente se había utilizado para albergar los caballos de los huéspedes, pero no parecía que fueran a recibir invitados en breve,

por lo que no importaba que los establos principales estuvieran llenos. Probablemente, la mayoría de la sociedad de Bath deseaba evitar cualquier indicio de escándalo, dadas las circunstancias en las que ella y Cillian habían sido descubiertos.

Lo cual le venía bien. De todos modos, ella detestaba a la mayor parte de la sociedad de Bath. Solo eran ligeramente mejores que la *alta sociedad* en el sentido de que a su familia no se le daba la espalda directamente, pero los comentarios y los chismes eran más que suficientes para convencerla de que podía vivir felizmente sin toda esa gente.

Parecía que su marido opinaba lo mismo.

—¿Qué es eso? —Muriel se quedó junto a la entrada abierta y se inclinó para mirar entre la paja.

—¡Oh! ¡Gatos! —Ivy se llevó las manos a las mejillas y sonrió —. Gatos jóvenes.

Muriel dio dos pasos hacia el establo. —Gatos *feos*.

Las dos criaturas pelirrojas y desaliñadas la miraron parpadeando desde su cama improvisada entre la paja. «Son una monada», dijo Ivy con voz melosa.

«No, son callejeros». Muriel puso una mano en el brazo de Ivy cuando esta se agachó para tenderles la mano. «Y podrían estar enfermos, mi señora».

«Tonterías. Solo necesitan un buen baño y algo de comida, apostaría». Uno de los gatos cerró los ojos, sin inmutarse en absoluto por su presencia. El otro, ligeramente menos pelirrojo, se levantó lentamente, se estiró con languidez y se dirigió lentamente hacia Ivy.

—¡Tenga cuidado, mi señora! —Muriel se interpuso delante de Ivy, por lo que el gato retrocedió.

Ivy negó con la cabeza. «Solo es un gato, Muriel. No me hará ningún daño». Miró a los animales y luego a los aleros polvorientos del edificio. «Pronto haremos que tu hogar sea mucho más agradable, ya lo verás», le dijo al animal.

«Pero claro, tú hablas con los animales».

Ivy miró a la criada. «¿Qué significa eso?».

—Bueno, mírate. Tan guapa, con las mejillas sonrosadas, tan paciente y dulce... —Muriel hizo una pausa—. En fin, eres justo el tipo de persona que yo esperaría que hablara con los animales.

«Gracias». Ivy frunció el ceño. «Creo».

Salieron al aire fresco de la tarde. Unas densas nubes blancas cubrían todo el cielo, sin dejar entrever ni un ápice de azul ni un rayo de sol, pero al menos parecía que no iba a llover. Si se organizaba rápidamente, al menos podría lavar a los gatos y quitar la paja y sustituirla por otra nueva.

—Oh, mira, ahí está el vizconde. El señor Shah dijo que hoy iba a ir a la ciudad. —Muriel señaló uno de los campos, donde Ivy distinguió a un hombre a caballo.

Una punzada le atravesó el pecho al ver a su marido alejarse a toda velocidad de la casa. No había ninguna urgencia en su cabalgada, solo una gran habilidad. No cabía duda de que era un excelente jinete.

«Me alegro de que al menos uno de nosotros sepa adónde va».

Muriel le lanzó una mirada de reojo. —¿Es eso una queja? El hombre le ha dado un establo, mi señora. Desde luego, no es un regalo que yo desearía recibir de un hombre, pero, bueno, está claro que usted y yo tenemos ideas diferentes sobre lo que es un regalo encantador.

—Me ha dado un establo —admitió Ivy.

Lo cual era realmente extraño. Las rápidas palabras que le había susurrado esta mañana antes de salir estaban en total contradicción con su enfado de la noche anterior. El beso había sido encantador. Maravilloso, incluso. No necesitaba haber besado a docenas de hombres para saberlo. Además, había visto su rostro después, cuando se había apartado lentamente. Lo había disfrutado tanto como ella.

Pero, por supuesto, ella tenía que arruinarlo. Simplemente tenía que buscar más. Tenía que ceder a la curiosidad y preguntarle por su ojo. ¿Acaso no sabía ya lo sensible que era al respecto después del incidente del baño?

Tonta, tonta, Ivy.

Sin embargo, él tenía tantos secretos. ¿Era tan malo querer saber más sobre su marido?

Y tal vez, si supiera más, se libraría de esa horrible sensación de que él le ocultaba algo. Algo grande, algo terrible.

Una amante, tal vez, o incluso una esposa secreta; no sería la primera vez que un hombre se casaba dos o incluso tres veces. Quería saber más. Necesitaba saber más, sobre todo si alguna vez había más besos, porque con besos como esos, no sería nada difícil enamorarse perdidamente de él.

***

Asaltar una guarnición en Francia tenía que ser más fácil que pasar por delante de este hombre.

Cillian lo miró desde arriba. Desde su posición elevada, tenía una excelente vista de la creciente calva del hombre. Pequeños pelos se aferraban desesperadamente a la piel brillante, pegados con algún tipo de pomada, sospechaba Cillian.

—No puedo dejarte entrar.

Contrayendo un suspiro de frustración, Cillian señaló la habitación detrás de él. —Ya te lo he dicho, soy el vizconde Hartwood, y soy la única razón por la que se celebra esta reunión.

El hombre recorrió con la mirada de arriba abajo a Cillian. Es cierto que llevaba las botas embarradas y que su ropa no era precisamente de la última moda, pero tampoco iba vestido como un campesino. «Tendrá que volver en otro momento».

Cillian apretó los puños. Maldito hombrecillo entrometido. Lo único que tenía que hacer era cogerlo por debajo de las axilas y apartarlo a un lado. Había conocido a demasiados hombres como ese: demasiados generales, capitanes y comandantes bajitos, gordos y calvos que creían que su trabajo consistía en amargar la vida a los demás simplemente porque Dios no les había bendecido con estar un poco más cerca del sol. Hombres como este, en el campo de batalla, eran peligrosos.

Aquí, en las oficinas del señor Pyke, solo resultaban irritantes.

—¿Por qué debería yo, el vizconde Hartford, volver en otro momento a una reunión que yo mismo solicité? —Cillian adoptó su mejor acento aristocrático.

El hombre esbozó una pequeña sonrisa. —Usted *no* es el vizconde.

—¿Qué sabe usted del vizconde?

—Un vizconde, señor, no iría por ahí con las botas embarradas ni llevaría unos gemelos tan sencillos.

Cillian miró los gemelos de plata que asomaban por la manga de su chaqueta. Tenía que reconocerle una cosa al hombre: era observador. Se inclinó hacia él. —¿Sabía también que el vizconde Hartford heredó su título tras la muerte de su primo?

—Sí.

—¿Y que el vizconde fue soldado en su día?

—Bueno, sí. —Los pies del hombre se movieron nerviosamente, la primera señal de que estaba bajando la guardia.

—¿Y dónde cree que perdí mi ojo?

—Eso podría haber ocurrido en cualquier lugar.

—Yo le diré dónde ocurrió, *señor*. Ocurrió en Coruña, cuando nos enfrentábamos a cientos de soldados franceses y nuestro comandante fue destrozado por un cañonazo. Ocurrió cuando nos invadió la caballería y me tiraron del caballo. Le ocurrió al nuevo vizconde de Hartford, que no sobrevivió a todas esas sangrientas batallas para que le detuvieran personas como usted.

El portero abrió y cerró la boca, haciendo que su barbilla se moviera de la forma más poco favorecedora.

—O te apartas y me dejas pasar, o te obligaré a hacerlo —añadió Cillian por si acaso.

La barricada se derrumbó. Con unas palabras entrecortadas que apenas parecían una disculpa, el hombre se hizo a un lado. Cillian se detuvo para tomar aliento, empujó la puerta y entró en la habitación.

Su mirada se posó primero en los tres hombres. Sir Wicksteed, un hombre con una fortuna basada en el transporte marítimo; Lord Basnett, que había tenido la suerte de heredar una fortuna suficiente para llevar varios estilos de vida lujosos; y el Sr. Pyke, propietario de una empresa maderera. Si alguien estaba interesado en los planes de Cillian para los menguantes activos de

su primo, ese era Sir Wicksteed. El hombre era un filántropo y había convertido un pequeño negocio naviero en una flota.

Los paneles de madera cubrían todas las paredes de las oficinas, creando un ambiente oscuro a pesar de las ventanas laterales que daban a las calles de Bath. Había varias lámparas encendidas, repartidas por pequeñas mesas y por la grande del centro. Quizás se trataba de un ambiente deliberadamente intimidatorio.

Pero Cillian había estado en lugares mucho peores. Se necesitaba algo más que un poco de penumbra y tres hombres impecablemente vestidos para asustarlo.

Su mente se desvió brevemente hacia Ivy y sus preguntas. Probablemente sería otra cosa si ella estuviera sentada frente a él. Su encantadora esposa a veces le infundía un miedo reverencial, tonto de él. Parecía tener valor hasta que se trataba de ella.

Cillian se sentó y se obligó a pasar por el trance de las cortesías antes de entregar los planes de negocio, cuidadosamente redactados por Shah. Para ser un soldado, tenía una letra preciosa.

—Ya aceptaron financiar la ampliación de dos fábricas de seda —les recordó Cillian—. En Campden y Derby.

—Pero aquí dice que quiere abrir una fábrica más y que desea ampliar aún más los planes. —Lord Basnett se quitó las gafas, las dobló con cuidado y las dejó sobre la mesa—. Acordamos dos fábricas con una participación del sesenta por ciento.

Cillian respiró lentamente. Su maldito primo había aceptado un trato terrible. Las fábricas de seda pasarían de reportar a la finca el cien por cien de los beneficios, sin que nadie más metiera mano, a entregar una fortuna cada día. Necesitaban expandirse o no podrían competir con la competencia —en eso su primo tenía razón—, pero ceder el control a esos hombres era una imprudencia.

—No puedes esperar que te dé el control total —dijo Cillian—. El acuerdo será del cuarenta y cinco por ciento, lo que, como puedes ver, con las proyecciones actuales, te dará un rendimiento considerable de tu inversión.

—¡Sí, pero son solo números inventados!

Cillian miró fríamente al Sr. Pyke. —Como cualquier cifra —dijo lentamente, sintiéndose como si estuviera hablando con un niño —. Pero estas se basan en los beneficios actuales y previstos.

—Y estos planes para las viviendas de los trabajadores... —Lord Basnett señaló el papel que tenía delante—. ¿Qué sentido tiene gastar tanto dinero en eso?

«Los trabajadores enferman con frecuencia. Eso le cuesta tiempo de producción a las fábricas. Si tenemos trabajadores más sanos, habrá menos bajas y más productividad». Cillian se preguntaba si estos hombres estaban siendo deliberadamente obtusos o si realmente no veían los beneficios de cuidar a los trabajadores. Cualquiera con dos dedos de frente podía ver que cuidar a los trabajadores era mejor para el negocio.

«No sé por qué todos los jóvenes de hoy en día se preocupan tanto por cuidar a la gente», murmuró Lord Basnett. «En mi época, manteníamos la cabeza gacha, trabajábamos duro y no esperábamos nada a cambio».

En la época de Lord Basnett, él se crió en una casa con más de cien empleados.

«No creo que se me pueda considerar un joven, lord Basnett. Tengo experiencia más que suficiente en la vida para saber lo que funciona y lo que no».

Sir Wicksteed esbozó una sonrisa forzada. —El problema es, lord Hartford, que usted no tiene experiencia en los negocios. —Levantó una mano antes de que Cillian pudiera protestar—. No me desagradan sus planes y estoy de acuerdo en que la salud de los trabajadores es importante para el buen funcionamiento de cualquier negocio exitoso. Sin embargo, y perdóneme por ser tan directo, no le conocemos. Conocíamos a su primo y conocíamos a su padre. Pero a usted no le conocemos.

«Estos planes son mucho mejores y más sólidos que cualquier cosa que mi primo les haya presentado», dijo Cillian con firmeza.

—Vuelve —sugirió Sir Wicksteed, sin malicia—, cuando las cosas se hayan calmado un poco. Una vez que veamos de qué estás hecho, lo consideraremos adecuadamente.

De qué estaba hecho. Cillian negó con la cabeza. Él sabía de qué estaba hecho: de cañonazos y gritos de guerra. Era la única vez en toda su vida que se había sentido en el lugar adecuado. Sentarse a mendigar dinero a los ricos no era lo que había previsto para su vida. A decir verdad, había previsto que lo más probable era que muriera en la guerra, pero era demasiado bueno luchando.

Ahora estaba librando un tipo de guerra diferente, una lucha para salvar la finca y a todas las personas que dependían de ella, y no estaba nada seguro de saber cuáles eran las reglas de combate.

Capítulo diez

El sonido de los martillazos aumentó de volumen a medida que Ivy se acercaba a los establos. Con la falda en la mano, cruzó corriendo el patio húmedo hasta la entrada del edificio.

—¿Qué estás...? —Se detuvo al mismo tiempo que Cillian, martillo en mano—. Oh.

Él se giró, sin soltar el trozo de madera que Ivy ahora veía que era el comienzo de una valla. Pero no fue la valla lo que realmente la hizo detenerse. Tragó saliva. Su espalda desnuda se extendía ante ella, tensa y musculosa mientras empuñaba el martillo.

No pudo evitar dejar que su mirada recorriera lentamente su cuerpo, fijándose en cada uno de sus contornos. Ya lo había visto desnudo, así que no entendía por qué aquel hombre ligeramente sucio, sudoroso y sin camisa le provocaba un escalofrío que le recorría todo el cuerpo, pero Ivy sería una tonta si negara lo que significaba esa sensación.

Y el único pensamiento que resonaba una y otra vez en su mente era: «Es hermoso».

Es hermoso.

Casi susurró la palabra en voz alta, así que apretó los labios.

Es hermoso.

—Un momento. —Volvió a centrar su atención en la valla, terminó de clavar el clavo y cogió una camisa arrugada y sucia de un gancho en la pared que ella no había visto. Se la puso por la cabeza, dejando su cabello negro revuelto. Incluso mientras se ajustaba el parche del ojo, ella no podía dejar de pensar en ello.

Es guapo.

«¿Necesitas algo?», preguntó él, dejando el martillo en el suelo.

«Bueno, yo...», dijo ella con un gesto vago. «Oí el ruido y me preocupó que alguien estuviera molestando a los gatos».

—Están merodeando por ahí. Lo he comprobado.

Ella miró alternativamente la valla y a él. —¿Por qué *estás* haciendo eso exactamente? El Sr. Shah dijo que uno de los mozos de cuadra la montaría la semana que viene más o menos.

—Necesitaba algo útil que hacer.

El pliegue de frustración entre sus cejas casi la hizo detenerse, pero no estaba dispuesta a hacerle más preguntas. No después de lo que pasó la última vez. Al parecer, a Cillian le gustaban sus secretos.

—Supongo que debería... —Olfateó y frunció el ceño—. ¿Hueles a ajo?

Él se encogió de hombros. —Hay ajo silvestre en el bosque cercano.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Huele demasiado fuerte para eso. Ivy pasó al lado y encontró el cuenco del que habían estado comiendo los gatos, escondido en un rincón junto a la paja fresca. No sabía si habían comido ya, pero cuando levantó el cuenco y lo olisqueó, se le paró el corazón. —¿Sabes si han comido esta mañana?

—No los he visto, pero estoy seguro de que volverán pronto a comer.

«No». Se le hizo un nudo en la garganta y tosió para aclarársela. «No, no lo entiendes. Esto lleva ajo». Levantó el cuenco y él se inclinó para olerlo.

«No sabía que a los gatos les gustara el ajo».

«No les gusta».

«Entonces será mejor que le digas a la cocina que no lo ponga. Quizás el cocinero pensó que preparar carne para gatos estaba por debajo de su dignidad y quiso hacerlo más interesante».

Ella agarró el cuenco con ambas manos, temblando. «El ajo», dijo con firmeza, «es venenoso para los gatos».

Se dio cuenta de lo que pasaba, le quitó el cuenco y salió al exterior. Ella lo siguió mientras él lo tiraba a uno de los montones de estiércol y lo removía bien con un rastrillo. «No querrán acercarse a eso».

—No lo entiendes, Cillian. Si han ingerido incluso la más mínima cantidad, podría ser mortal.

«Mierda».

Ella repitió el sentimiento en su mente, pero lo único que mamá les prohibía era maldecir, así que se lo guardó para sí misma. —Tengo que encontrarlos.

—El mozo de cuadra dijo que los vio junto a la cochera. Iré a buscarlos.

—¿Puedes traerlos dentro? Puedo darles algo para ayudarlos si han comido algo.

—La mayor parte de la comida seguía allí. Quizá no la hayan tocado.

Ivy asintió. Tenía razón. Quizás no habían comido nada. Quizás estarían bien. Pero eso no impidió que un frío temor se apoderara de ella, pensando que alguien podría haber hecho daño a esas pobres criaturas.

Cillian le puso una mano en el hombro y se lo apretó. —Todo irá bien, Ivy.

Ella volvió a asentir. —Iré a la cocina a preparar un tónico. ¿Me los puedes traer?

—Por supuesto.

Ivy corrió hacia dentro, casi cayéndose por las escaleras que llevaban a la cocina. El calor, el vapor y el aroma de la carne asada se mezclaban con un olor dulce y azucarado. El cocinero la miró con el ceño fruncido cuando la vio.

«¿Tienes miel?», preguntó ella, «¿y tomillo?».

«Por supuesto». El hombre alto y delgado frunció aún más el ceño.

«¿Dónde está?».

—En la despensa. —Señaló con el pulgar hacia la gran habitación contigua a la cocina—. Pero ¿por qué...?

Ignorando su pregunta, Ivy se escabulló entre las criadas y echó un vistazo al contenido de las estanterías.

«Tomillo, tomillo», murmuró para sí misma, hasta que finalmente vio un frasco mal etiquetado.

Encontró la miel fácilmente y cogió un poco de leche de la nevera, luego llevó los ingredientes a la cocina.

—Mi señora, ¿qué es exactamente...?

—¿Has puesto ajo en la comida del gato? —preguntó mientras colocaba los ingredientes y se estiraba para coger un cuenco del estante superior.

El cocinero puso los ojos en blanco y se inclinó para entregarle el cuenco. —Nunca. ¿Por qué iba a desperdiciar ajo en *los gatos*?

Eso significaba que alguien más había puesto ajo en su comida.

Pero Ivy no tuvo tiempo de preguntarse por qué. Cuando terminó de batir su mezcla, Cillian entró en la cocina con tres gatos retorciéndose en sus brazos. Ella vio marcas de garras en sus antebrazos y en un lado de su cara.

El cocinero se quedó sin aliento. «¡No puedes traerlos aquí!».

—Puede hacer lo que quiera en su propia casa —espetó Ivy.

El cocinero abrió y cerró la boca varias veces, luego murmuró algo entre dientes y volvió al horno. Cillian dejó a los gatos sobre la mesa, cerca del cuenco, y los tres lamieron la leche con avidez.

«¿Qué les has puesto?», preguntó Cillian.

«Miel y tomillo».

—La miel es buena para las heridas.

—También es buena para el veneno. Al igual que el tomillo.

—¿Les ayudará?

Ivy observó a los gatitos, tratando de comprender por qué alguien se opondría a que esas criaturas vivieran en un granero abandonado. Hasta que decidió convertirlo en un hogar adecuado para ellos, nadie se había dado cuenta siquiera de su existencia.

«Solo el tiempo lo dirá».

Cillian le rodeó los hombros con un brazo y ella no pudo resistirse a apoyarse en el fuerte sostén de su cuerpo.

«Todo irá bien, cariño», le dijo en voz baja, con su aliento susurrando sobre su cabello.

Ella esbozó una pequeña sonrisa. Con Cillian a su lado, casi podía creerlo.

***

Nunca en su vida Cillian había estado tan preocupado por unos malditos gatos.

Pasó por delante de la entrada de los establos, giró bruscamente sobre sus talones y volvió a pasar, esta vez deteniéndose para mirar dentro.

Ivy permanecía acurrucada en un rincón, vigilando a los gatos, que se habían resignado a su prisión temporal y se habían acomodado para dormir sobre la manta que la ama de llaves les había entregado a regañadientes. Ivy no quería que los gatos vagaran por la finca por si se ponían gravemente enfermos y ella no pudiera ayudarlos.

Él curvó los dedos alrededor del marco de madera y observó a su esposa inclinarse y murmurar algo a uno de los gatos mientras lo acariciaba. Sonrió y negó con la cabeza. Detrás de esas dulces sonrisas y mejillas sonrosadas había una mente ágil y una actitud decidida. La forma en que había puesto a Cook en su lugar era algo maravilloso.

Incluso Cillian, con su experiencia en dar órdenes incluso a los soldados más rebeldes y enfadados, aún no había descubierto cómo manejar a un personal que claramente odiaba que él hubiera heredado. Una cosa en la que él e Ivy estaban de acuerdo era que no valía la pena arriesgarse a cambiar de sirvientes. Con la finca aún en proceso de estabilización, era preferible contar con sirvientes experimentados, aunque eso significara aguantar miradas petulantes y una mano de obra renuente.

Sin embargo, tal vez Ivy pudiera cambiarlos de opinión.

Por casualidad, parecía que había elegido a la esposa perfecta.

Era una pena que él no supiera cómo ser un buen marido.

Quizás nunca lo haría.

Shah se acercó, ligeramente sin aliento. Se detuvo, puso las manos en las rodillas y respiró profundamente varias veces antes de enderezarse.

Cillian lo miró. —¿Has venido corriendo, Shah?

Se dio una palmada en el vientre ligeramente redondeado. «¿Te parece que tengo costumbre de correr?». Negó con la cabeza. «Tu maldita casa es tan grande, Cillian, que me lleva una eternidad llegar a cualquier sitio».

—No puedes culparme por el tamaño de mi casa.

—¿Qué sabes tú? —preguntó Cillian.

—Esta gente no es muy agradable, pero ninguno de ellos sería tan cruel como para envenenar gatos. Shah miró a su alrededor y Cillian sintió una extraña necesidad de ponerse delante y ocultar a Ivy de su vista, aunque no sabía por qué quería esconderla de un hombre en el que confiaba.

Sin embargo, sí sabía que, a pesar de su eficiencia en el cuidado del animal, ella estaba profundamente preocupada y vulnerable en ese momento. Prefería que nadie más que él fuera testigo de ello.

—Nadie va a admitir fácilmente que ha envenenado a animales —le recordó Cillian a su mayordomo.

—No soy tonto —dijo Shah cruzando los brazos, con expresión firme. Por un momento, el hombre se pareció mucho al teniente que había conocido años atrás, antes de que la guerra lo devastara. Los ecos de un hombre fuerte y hábil perduraban, y Cillian sospechaba que pocos serían capaces de mentirle a un hombre así.

Sin embargo, eso no significaba que confiara en su servidumbre. *Alguien* había puesto ajo en la comida de los gatos.

—¿Has interrogado a todos?

—Por supuesto.

—Pues vuelve a hacerlo, maldita sea. No puedo arriesgarme a que esto vuelva a suceder.

Shah alzó la mirada al cielo y no disimuló un profundo suspiro. —No descubriré nada nuevo, pero volveré a interrogar a todos.

«Debería haber contratado a un hombre que hiciera lo que yo le pidiera sin cuestionar nada», murmuró Cillian.

«Y yo debería haber ido a trabajar para un hombre que confiara en mis instintos», replicó Shah.

Cillian apretó los dientes mientras miraba a su amigo. —Viejo terco.

—Maldito testarudo.

Se miraron con ira durante unos instantes, hasta que Cillian vio aparecer las arrugas alrededor de los ojos de su viejo amigo. Se rindió y se echó a reír.

Shah se rió y levantó ambas manos en señal de rendición. —Haré lo que me pides, pero me temo que no habrá nada nuevo que descubrir.

—Por favor, hazlo. Por ella. —Señaló con la cabeza hacia la entrada—. No me gustaría tener que ir a verla y decirle que no hicimos todo lo posible por descubrir al culpable.

Los ojos de Shah brillaron mientras sonreía. —Oh, sí. Me aseguraré de que tu esposa sepa que hiciste todo lo que pudiste por ella. —Asintió con la cabeza hacia los establos—. Ahora, ¿por qué no vas a consolar a tu dulce esposa? Sin duda necesita un abrazo cálido o un hombro en el que llorar.

No era una sugerencia escandalosa, pero Cillian lanzó una mirada severa al mayordomo, lo que solo hizo que la sonrisa del hombre se ampliara mientras se alejaba. Si alguien entendía la aversión de Cillian a acercarse a la gente, ese era Shah. Ambos eran lo que se podría considerar del tipo solitario, y solo encontraban camaradería en la vida militar. Ahora que ninguno de los dos servía para la guerra, su única batalla era encontrar un lugar en un mundo que no quería a ninguno de los dos.

Diciéndose a sí mismo que no iba a dejar que su propio mayordomo le diera órdenes, Cillian se dirigió a los establos y se acercó a Ivy. —¿Cómo están?

Ella se abrazó a sí misma, sin apartar la mirada de los gatos, que estaban acurrucados en círculos perfectos uno junto al otro. —De momento bien. Su respiración parece normal. —Le miró brevemente—. No quiero hablar demasiado pronto, pero creo que no deben de haber ingerido suficiente, si es que han ingerido algo.

—Hemos tenido suerte de que tengas un olfato tan agudo.

Ivy apretó los labios y él vio cómo le temblaba el mentón. —¿Quién haría algo así? No hacen daño a nadie y probablemente serán buenos cazadores de ratones.

Lentamente, le rodeó los hombros con un brazo. Ella se inclinó hacia él y él se obligó a no soltar un suspiro de alivio. Ella no

lo odiaba. Al menos, todavía no. Si volvía a tener más incidentes en los que le respondía mal o le daba largas, quizá no tendría tanta suerte.

—Gracias por tu ayuda —murmuró ella.

—No he hecho nada.

—Has luchado con tres gatos y tienes los arañazos que lo demuestran. Ivy le acarició brevemente la mano con un dedo y volvió a cruzar los brazos.

—No ha sido nada.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y él la abrazó con más fuerza. Olía a flores y jabón. Se le encogió el corazón.

Hiciera lo que hiciera a continuación, tenía que asegurarse de que nada como esto volviera a suceder.

Capítulo once

O tejía o lloraba, concluyó Ivy.

Como llorar la dejaría roja y con manchas y probablemente no la ayudaría en nada, ya había tejido varias filas desde su posición encaramada en el alféizar de la ventana, donde había mejor luz, en lo que a este ritmo iba a ser una manta enorme.

Muriel estaba ocupada con sus tareas habituales en lugar de hacerle compañía, la ama de llaves estaba de muy mal humor y había oído al mayordomo murmurar algo sobre que cuidar de los nuevos ricos estaba por debajo de su dignidad.

Realmente, debería despedir a ese hombre. Dudaba que Cillian tuviera algo que decir al respecto.

Por supuesto, primero tendría que encontrar al hombre.

Lo peor de todo eran las constantes desapariciones de Cillian. No entendía cómo podía pasar de ser tan fuerte y reconfortante, y darle la más mínima esperanza de que, en realidad, sí, podrían convertir esto en algo más cálido que un matrimonio de conveniencia, a simplemente desaparecer.

¿Y si estaba con otra mujer?

Sacudió la cabeza. Esa idea se le ocurría con demasiada frecuencia últimamente. No era lógico, pero tampoco era necesariamente ilógico. Su marido era un hombre ocupado y muy trabajador. Lo más probable era que las obligaciones de su gran finca le estuvieran consumiendo todo su tiempo. Sin embargo, Ivy no ignoraba los muchos matrimonios de la *alta sociedad* que estaban repletos de otras personas. Cuando los hombres y las mujeres se casaban por estatus, dinero o negocios, a menudo buscaban consuelo en los brazos de otros.

¿Y si otra mujer estaba consolando a Cillian? No tenía ni idea de cómo había sido su vida antes de que él acudiera a rescatarla. Por lo que ella sabía, él estaba enamorado de otra persona y tal vez incluso había considerado casarse con otra mujer. Como mínimo, un hombre como Cillian seguramente tendría una amante, ¿no?

«No».

No podía permitir que su mente siguiera por ese camino. No otra vez. No le haría ningún bien.

Y, al parecer, tampoco le haría ningún bien a su labor de punto. La levantó a la luz de la ventana y frunció el ceño al ver la puntada caída.

—Maldición.

—¿Pasa algo?

«Oh». El tejido cayó de sus manos al suelo cuando Cillian apareció en la puerta.

Él recorrió la distancia que los separaba con unos largos pasos y recogió el tejido antes de que ella pudiera agacharse a cogerlo. Al entregárselo, sus manos desnudas se rozaron, y ella notó el ligero frío de sus dedos y la suciedad bajo sus uñas. Fuera lo que fuera lo que hubiera estado haciendo, ¿seguro que no había estado con una amante? Ninguna mujer querría unas manos frías y embarradas sobre ella.

Aunque la imagen que pasó por su mente de los dedos de él sobre su piel dejando pequeñas marcas le hizo dudar de esa conclusión.

«Se me ha caído una puntada, eso es todo».

Cillian ladeó la cabeza. «¿Qué estás haciendo?».

«Una manta».

«¿Para los gatos?».

«Sí», mintió ella. Solo conseguirían engancharse las garras en una manta así, pero no podía explicarle que la estaba tejiendo para evitar echarse a llorar a lágrima viva.

No podía decirle lo sola que se sentía.

«¿Cómo están?».

«Perfectamente bien, por suerte».

Si los gatos habían ingerido algo de ajo, su brebaje los había salvado de cualquier efecto nocivo. Sin embargo, el hecho de que alguien quisiera hacerles daño la ponía muy nerviosa. Ahora revisaba su comida todos los días y no se marchaba hasta ver que comían, sin que nadie más que ella los tocara.

«Shah está convencido de que el culpable no era de la casa».

—Quizás fue alguien haciendo travesuras, pero es una broma muy cruel.

«He pedido al lacayo y a los jardineros que vigilen más de cerca los terrenos».

Ivy tragó saliva. Ahora era su oportunidad. Solo tenía que pedirle que se sentara. Quizá incluso pedir que trajeran el té. Podrían ser muy civilizados.

Si tan solo fuera mejor pidiendo lo que quería y defendiéndose. Las palabras se le atascaron en la garganta, creando lentamente un nudo que temía no poder deshacer nunca.

—Yo, eh... —Cillian cambió el peso de un pie al otro—. Espero que no le importe que me haya perdido la comida de la mañana.

Ella se quedó mirando el tejido. —No, claro que no.

Él se apoyó en el alféizar de la ventana junto a ella e Ivy se quedó quieta y mantuvo la mirada al frente. ¿Qué estaba pasando exactamente?

—Me esforzaré más para que podamos pasar más tiempo juntos y, eh, conocernos mejor.

Su siguiente respiración salió entrecortada. ¿Se refería a tiempo juntos o *tiempo* juntos? No podía ignorar el hecho de que aún no habían oficializado su matrimonio y, aunque ella apreciaba su paciencia con ella, empezaba a sentirlo como un rechazo absoluto. ¿Era demasiado gorda? ¿Demasiado inexperta? ¿Demasiado otra cosa?

«Estás muy ocupado», dijo ella vagamente.

—Sí —asintió él—. Tenía intención de desayunar contigo esta mañana, pero ha comenzado el parto de las ovejas y el granjero necesita ayuda.

Ivy dejó el tejido en su regazo y se giró para mirar a su marido. —¿Ayudaste con el parto de las ovejas?

«Bueno, alguien tenía que hacerlo».

«Apuesto a que nadie esperaría que un vizconde ayudara con el parto de las ovejas».

«Yo no soy vizconde».

«Debrett's dirá lo contrario en su próxima edición».

«No me criaron para serlo», señaló. «Durante muchos años fui el cuarto en la línea de sucesión».

Ella asintió. «Hasta que el vizconde perdió a uno de sus hijos y luego él y tu primo murieron en rápida sucesión».

«No se me da bien ser un caballero».

Ivy esbozó una sonrisa. —El señor Irving se suponía que era un caballero. Tú lo haces mucho mejor que él.

Su expresión se suavizó. «Me alegro de que pienses así».

Era el momento. El momento en el que podía hacerle preguntas, averiguar más cosas sobre el hombre que era su marido. Solo tenía que ser valiente y preguntar.

Pero entonces se pasó la lengua por los labios y él bajó la mirada. Todo a su alrededor le parecía extraño y denso, como un fuego que ardía con demasiada intensidad en una habitación pequeña. Los pensamientos sobre preguntas o conversaciones educadas se esfumaron. Él deseaba besarla, de eso estaba segura, así que ¿por qué seguía evitándola? ¿Por qué aún no habían consumado el matrimonio?

Él le quitó el tejido de las manos y ella no opuso resistencia cuando él lo dejó en el alféizar de la ventana detrás de él. Luego le tocó los labios con el pulgar y su boca se abrió por sí sola. Ella respiró hondo y con intensidad mientras sentía un cosquilleo en la piel.

—Ivy —dijo en voz baja mientras le acariciaba el labio inferior con el pulgar y le sostenía la barbilla con la mano.

La mantenía efectivamente prisionera. La mantenía esperando. Ella cerró los párpados.

«¿Qué demonios...?»

Abrió los ojos de golpe y vio a Cillian de pie, con los puños apoyados en el alféizar de la ventana mientras miraba hacia fuera, con el ceño profundamente fruncido.

—Quédate aquí —le ordenó y salió apresuradamente de la habitación.

Se había ido antes de que ella pudiera protestar o preguntar por qué. Girándose, se asomó por la ventana para intentar averiguar qué demonios había visto Cillian.

Una sensación de vacío se apoderó de ella cuando vio al hombre. Inmóvil, con los brazos cruzados, estaba de pie junto a la línea de árboles que delimitaba los jardines formales del huerto. Ivy no tenía ni idea de quién era, pero aparentemente Cillian sí. Su marido se dirigió directamente hacia él.

***

El nombre del hombre salió de la garganta de Cillian mientras cruzaba el césped hacia los robles.

—¿Qué haces aquí, Marshall? —le preguntó, medio esperando que el hombre diera media vuelta y echara a correr. —¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí? —gritó Cillian.

El hombre permaneció donde estaba, con los brazos cruzados. Habían pasado casi veinte años desde la última vez que Cillian había visto a Harry Marshall y, aunque el tiempo había vuelto su cabello rubio un poco más ceniciento y le había añadido un poco de peso a la mandíbula y tal vez a la cintura, no había borrado la sonrisa burlona de su rostro ni esa constante inclinación de superioridad. Cillian no podía imaginar por qué habían sido amigos alguna vez.

«Tienes mucho valor para aparecer por aquí», dijo Cillian, deteniéndose a unos pasos de él.

Si no lo hacía, podría ser responsable de darle un puñetazo en la cara, y era consciente de que Ivy probablemente lo estaba observando.

—Y tú también, Cillian.

—Fuera de mi propiedad —espetó.

—Todo te ha salido bien, ¿no es así, Cillian? —Marshall sonrió con aire burlón—. ¿Qué hiciste? ¿Mataste también a tu primo?

—Vete al infierno.

Hacía años que no le acusaban de asesinato. Al regresar a Bath, esperaba que los recuerdos que todos tenían de su juventud aquí se hubieran desvanecido. Todos habían estado dispuestos a culpar a Cillian, el extraño entre ellos en quien nadie confiaba del todo.

Pero él y Marshall sabían la verdad.

Acortó la distancia entre ellos, quedando cara a cara. Olía a alcohol en el aliento de Marshall y echó un rápido vistazo a la chaqueta de lana fina y al chaleco con botones de perla que indicaban que los años no habían sido crueles con Marshall.

Pero, por supuesto, el hombre prosperaría después de quitarle la vida a la mujer que ambos amaban.

—Podría matarte —dijo Cillian apretando los dientes—. Eres un intruso.

—Esa es tu respuesta para todo, ¿no? Marshall apretó las manos a los lados y levantó la barbilla—. ¿Matar a todo lo que se interponga en tu camino? ¿Asegurarte de que nadie consiga lo que tú quieres?

Cillian entrecerró los ojos. —Ahora te crees tus propias mentiras, ¿no?

Marshall le devolvió la mirada y la mantuvo durante unos instantes. Cillian apretó los dientes. Había intentado con todas sus fuerzas olvidar aquel momento, pero con Marshall delante de él, todo volvió a su mente: las acusaciones, la traición... el desamor.

—Vas a recibir tu merecido, Cillian. —Marshall dio un pequeño paso atrás y volvió a cruzar los brazos—. Me encargaré de ello.

—Tú eres quien la mató, ¿o es que lo has olvidado?

Marshall negó con la cabeza y escupió al suelo. —¿Sigues contando las mismas mentiras de siempre? Nadie te creyó entonces y pronto nadie te creerá ahora. —Asintió con la cabeza hacia la casa —. Pronto todo se derrumbará.

Un escalofrío recorrió las entrañas de Cillian. Se le erizaron los pelos de la nuca. Enderezó la postura y miró al hombre al que una vez llamó amigo. «Tú la mataste, Marshall», dijo. «Tú la mataste y hiciste que todos me señalaran a mí».

—Ella me quería, maldita sea —la voz de Marshall se quebró al pronunciar la última palabra—. Ella me quería y tú no podías soportarlo.

Cillian cerró los ojos brevemente. Nunca pensaba en Mary. Jamás. Era hermosa y dulce, y la primera persona que lo había visto tal como era. Ni siquiera Marshall, su amigo desde hacía años, lo entendía como Mary.

Ella se merecía algo mejor que cualquiera de ellos. Quizás si no hubieran peleado por ella, aún estaría viva y bien.

Quizás si Marshall no fuera un cabrón tan celoso, ella estaría aquí hoy.

—Fuera de mi propiedad —dijo Cillian con tono severo—. Antes de que haga honor a mi reputación.

Marshall miró más allá de Cillian y, por un momento, temió que Ivy estuviera detrás de él. Se giró ligeramente para seguir la mirada del hombre y luego exhaló un suspiro de alivio. Ivy no estaba allí. Gracias a Dios que había obedecido su orden. No tenía ni idea de cómo explicaría la presencia de Marshall o las acusaciones. ¿Le creería?

¿O confiaría en la palabra de Marshall, como todos los demás?

—También tienes una esposa joven y guapa, ¿no? —Marshall soltó una risa seca—. Lo admito, no me lo esperaba de ti cuando me enteré de que habías heredado.

—Marshall —le advirtió Cillian.

—Supongo que necesitabas que fuera joven. Tenías que asegurarte de que no supiera nada sobre tu verdadero yo.

Cillian negó con la cabeza, con la mandíbula tan apretada que era un milagro que no hubiera perdido ningún diente. —No me hagas repetirlo. Lárgate de mi propiedad.

—Le gustan los animales, ¿verdad?

El aliento de Cillian se congeló. —¿Qué quieres decir?

Marshall se esforzó por hablar, con esa extraña sonrisa en los labios. —Será mejor que tengas cuidado, Cillian. Tienes muchos enemigos.

—Si me estás amenazando...

«Lo único que digo es que pronto descubrirá la verdad sobre ti». Marshall se tocó el sombrero, dio media vuelta y se alejó con paso firme.

Cillian lo observó hasta que desapareció tras la línea de árboles. Sentía el pecho oprimido y el estómago helado. Debería haber golpeado al hombre hasta dejarlo tendido en el suelo, haberle hecho pagar por lo que le había hecho a Mary. Pero Ivy lo estaba

observando y no podía permitir que ella tuviera miedo de su maldito marido.

Más de lo que ya estaba, claro está.

Y si Marshall se salía con la suya, ella sería como todos los demás. No tardaría mucho en creer que él era capaz de matar a la mujer que una vez amó.

Capítulo doce

En cuanto Cillian se acercó a la casa, Ivy se apartó del alféizar de la ventana, dejó a un lado su labor de punto y bajó corriendo las escaleras. No tenía ni idea de qué iba aquella discusión airada ni de quién era aquel hombre, pero vio el ceño profundamente fruncido de Cillian y los puños cerrados a su lado. Fuera lo que fuera lo que había pasado, su marido estaba furioso.

Su mirada se posó en ella en cuanto entró en el vestíbulo. —¿Qué haces aquí abajo? Te dije que te quedaras donde estabas.

La irritación en su voz la habría herido de no ser por el dolor evidente en sus ojos. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Fuera quien fuera ese hombre, la conversación había afectado mucho a su marido. Ya no era el hombre abierto y curioso que le había preguntado por su labor de punto. El hombre que la tocaba con delicadeza y la besaba con ternura había desaparecido. En su lugar había un hombre que parecía haber sido derrotado en una batalla.

«¿Quién era?», preguntó ella, ignorando su pregunta.

—Nadie. —Intentó rodearla, pero Ivy siguió sus pasos.

—Cillian...

—No era nadie, maldita sea.

Las palabras gritadas hicieron que su corazón se le subiera a la garganta. Respiró lentamente y levantó la barbilla. La tentación de huir le hacía temblar los pies, pero huir era lo que los había puesto en esa situación en primer lugar. Si ella no hubiera querido huir de un baile, nunca se habrían casado.

Habían andado con pies de plomo el uno alrededor del otro durante demasiado tiempo. Ella quería más. Necesitaba más.

Necesitaba que él le dijera la verdad.

Solo una vez.

«¿Quién era?», repitió con más calma de la que creía posible.

—Ivy, no era nadie —respondió él apretando los dientes.

«Si no era nadie, ¿por qué parecías haber visto un fantasma?».

—Ivy...

«¡Soy tu mujer, maldita sea!».

Casi apretó los labios con fuerza. Ella nunca maldecía. Bueno, al menos no en voz alta, delante de otras personas. A veces lo hacía en su cabeza o lo murmuraba entre dientes cuando se golpeaba un dedo del pie.

Cillian se quedó tan sorprendido como ella, a juzgar por sus cejas arqueadas.

«Soy tu esposa». Se puso las manos en las caderas, imitando la postura que había visto adoptar a Lilly muchas veces cuando se enfrentaba a cualquiera que se portara mal con Ivy. «Y tengo derecho a saber qué está pasando, sobre todo si hay un hombre en estas tierras que te hace parecer tan... tan...». Le pasó la mano por la cara. «Tan parecido a un ogro».

—¿Un ogro?

«Pues sí». Asintió con la cabeza.

—Un ogro —murmuró él, como si nunca hubiera oído esa palabra antes.

—Lo que quiero decir es que me gustaría saber qué acaba de ocurrir. ¿Quién era ese hombre?

Le tembló la mandíbula. Miró detrás de ella como buscando una vía de escape, pero ella se mantuvo firme frente a él.

—Un amigo que tuve hace tiempo —dijo finalmente.

—Un amigo.

—Sí.

«¿Y ahora?».

«Un enemigo».

«Ya veo».

«Eso es todo lo que necesitas saber».

«Cillian...».

—Tengo que irme. Tengo cosas que hacer.

«Como siempre». Ivy no ocultó la irritación en su voz.

—Soy vizconde, Ivy. Mi vida ahora gira en torno al deber.

No se molestó en preguntarle si sentía algún deber hacia ella. Debería hacerlo, pero su arrebato la había dejado acalorada y

nerviosa, y no se le ocurría ninguna otra forma de atacarlo. Si el hombre no le decía nada, ¿cómo iba a obligarlo a hacerlo?

—Cillian... —lo intentó de nuevo.

—Nos vemos en la cena —prometió él.

—Eso espero.

Él le dirigió una mirada de pesar y salió por la puerta justo cuando Muriel bajaba las escaleras.

—¿Qué ha sido todo eso? —Muriel se encontró con Ivy a mitad de las escaleras y cambió de dirección para seguirla hasta el salón.

Ivy ignoró las molestias y exigencias de Muriel y recuperó su labor de punto para volver a sentarse en el alféizar de la ventana.

El alféizar donde Cillian casi la besaba.

El alféizar donde todo podría haber salido a la perfección si aquel hombre no hubiera aparecido.

Ahora Ivy se iba a quedar allí sentada todo el día por si él regresaba. Había algo en toda esta situación que inquietaba a Ivy. No era solo que Cillian estuviera furioso con aquel hombre o que ella los hubiera visto discutir. Era la forma en que él se había quedado allí, esperando a que Cillian se acercara, como si no le importara que aquel hombre enorme y furioso se abalanzara sobre él.

¿Cómo había entrado en la propiedad? Si era enemigo de Cillian, no le habrían dejado pasar por la puerta. Lo que significaba que habría tenido que trepar por uno de los muros para acceder.

Fuera quien fuera y cualesquiera que fueran sus razones para estar allí, era desconcertante, y las simples respuestas de Cillian no eran suficientes. Ella era su esposa y vivía en esa casa. Tenía derecho a saber qué estaba pasando.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Muriel, mientras aparentaba ahuecar los cojines del sofá—. Su señoría parecía furioso.

—No deberías haber estado espiando.

—¿Y tú no lo estabas haciendo?

—A mí se me permite espiar. Es mi marido. Ivy soltó un bufido. —Y sé tanto como tú.

Muriel dejó de aplanar los cojines y se abrazó uno de ellos, apretándolo contra su cuerpo. Se quedó allí, cambiando el peso de un pie a otro y mordiéndose el labio inferior, hasta que Ivy no pudo seguir ignorándola y dejó a un lado la manta que, a esas alturas, probablemente nunca terminaría.

—¿Qué pasa, Muriel?

—Hay rumores.

«¿Rumores?».

«Sobre el vizconde».

De alguna manera, eso no la sorprendió. Un hombre tan reservado y marcado como su marido estaba destinado a ser objeto de rumores.

Ivy sabía muy bien lo rápido que se propagaban los rumores y lo peligrosos que podían ser. Su familia había sido repudiada por la creencia errónea de que habían robado el perro del príncipe regente.

Bueno, supuso que *técnicamente* lo habían hecho, pero esa no era la cuestión. Había sido un accidente. No había habido motivos maliciosos, ni intención de vender al perro. Lo único de lo que eran culpables era de haberlo mimado demasiado y no darse cuenta de que se había escondido en su carruaje.

—No estoy segura de querer saberlo.

Muriel dejó caer el cojín en el sofá. —No soy de las que disfrutan con los chismes...

Ivy la miró desconcertada.

«Bueno, no me molestan los chismes», admitió, «pero no cuando pueden ser perjudiciales para una persona». Se le hizo un nudo en la garganta. «O para un matrimonio».

«¿Qué has oído, Muriel?».

«Es solo que... bueno...».

Ivy agarró el borde del alféizar de la ventana con los dedos y se preparó. Fuera lo que fuera, no dejaría que la afectara. Seguiría haciendo todo lo posible por conocer a su marido, por conectar con el hombre que le había construido vallas, que había luchado con gatos por ella y que la dejaba dormir en su regazo.

—¿Sí?

—Algunos de los sirvientes dicen que Su Señoría asesinó a alguien.

Ivy parpadeó rápidamente. Temía que se tratara de una amante. Alguien a quien había ocultado y que explicaba su distancia y su actitud siempre cambiante hacia ella.

Nunca esperó algo así.

—¿Qué han dicho? —preguntó con voz ronca.

—Que fue hace mucho tiempo y que la mató porque ella quería a otro hombre.

Aferrándose al alféizar de la ventana mientras le daba vueltas la cabeza, Ivy miró fijamente la alfombra persa bajo los zapatos de Muriel. No podía ser cierto.

—Creo que todo eso son tonterías —dijo Muriel con firmeza—. Los sirvientes son un grupo vengativo. No soportan que Su Señoría haya contratado a un nuevo mayordomo —y con razón, porque el último era un pomposo idiota— y todos son unos snobs.

—¿Esnobs? —repitió Ivy vagamente.

—No creen que sea lo suficientemente caballeroso para ser vizconde. Muriel siguió murmurando insultos sobre los demás sirvientes, pero Ivy apenas escuchó nada.

Lo único en lo que podía pensar era en el hombre que estaba al borde de la finca y en por qué no había oído nada de esos rumores sobre su marido. Si había sido hace mucho tiempo, seguramente la tía Sarah habría oído algo, o incluso sus padres.

No podía ser cierto.

El hombre que la ayudaba a cuidar de los animales y la trataba con tanta ternura no podía ser un asesino. Era imposible.

Sin embargo, su marido tenía secretos y no parecía que fuera a revelarlos pronto. Lo que significaba que tenía que investigar y hacerlo rápidamente.

Antes de que aparecieran más hombres y amenazaran a Cillian. Y antes de que la situación se agravara. Porque si algo sabía sobre los hombres era que estaban demasiado dispuestos a iniciar una pelea y que los espectadores inocentes podían verse fácilmente envueltos en la batalla.

***

«Quiero que haya alguien con la vizcondesa en todo momento». Cillian siguió a Shah, que se detuvo junto al huerto y anotó algo con carbón en un pequeño libro encuadernado en cuero.

El huerto había estado descuidado desde la muerte del tío de Cillian hasta que este último asumió el título, pero si querían que la finca dejara de ser un lastre financiero, la casa tenía que ser autosuficiente.

Cillian no entendía lo que Shah estaba anotando, y aún tenía que descubrir cómo era posible que su amigo supiera tanto sobre el cultivo de verduras y hierbas. Sin embargo, a juzgar por la generosa cantidad de brócoli y diversas hierbas que Cillian no sabía nombrar, Shah estaba haciendo un buen trabajo dirigiendo a los jardineros.

—Hablaré con la señora Baxter.

Shah dio unos pasos más y se agachó para observar lo que Cillian sospechaba que podía ser hinojo. Quizás si hubiera disfrutado de una infancia tranquila leyendo y estudiando en Eton, como su primo, lo sabría, pero sus conocimientos se limitaban a los planes de batalla y a llevar una casa con un presupuesto limitado. ¿Quién iba a imaginar que su experiencia infantil de vivir con pocos ingresos le resultaría tan útil? El único problema era que esta casa era mucho más grande que la que él y su madre habían habitado antes de que ella regresara a Irlanda.

—Necesito que su doncella la acompañe como mínimo, pero también un jardinero o un mozo de cuadra cuando esté fuera. —Cillian se frotó la cara con la mano y se colocó el parche en el ojo—. A ser posible, alguien fuerte. Eso es competencia tuya.

Shah se enderezó, se colocó el carboncillo detrás de la oreja y guardó el cuaderno en su chaqueta de tweed. —¿De qué se trata todo esto, Cillian?

Cillian miró a su amigo. Él y Shah habían pasado por muchas cosas juntos. Habían compartido muchas noches alrededor del fuego, sin poder creer que hubieran sobrevivido una vez más cuando tantos otros chicos habían caído. Habían bebido juntos, alejando el frío que les producía saber que al día siguiente iban a entrar en combate. Habían hablado de la guerra, de la vida y del significado de todo ello.

Pero nunca habían hablado de su pasado.

Cillian no estaba seguro de poder hacerlo. Lo había mantenido en secreto tanto como había podido, y por una buena razón. Todos lo culpaban por la desaparición de Mary. Todos. No importaba que él ni siquiera estuviera en la ciudad cuando ella desapareció. No importaba que él la amara con locura.

No estaba seguro de que ella lo amara también. En aquel momento no importaba. Ella había sido amable y encantadora, y estaba dispuesta a pasar horas hablando con él. Demonios, él no entendía realmente qué veía ella en aquel chico irlandés callado al que todos decían que tenía un toque del diablo, pero siempre le había agradecido su amistad, aunque nunca fuera a ser nada más.

Arrancó una hoja de la planta trepadora cercana y la estiró entre dos dedos una y otra vez. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

«Ayer vi a ese hombre».

Cillian dirigió su atención hacia Shah.

«La única razón por la que un hombre puede parecer tan enfadado es por culpa de una mujer».

«Fue hace mucho tiempo», dijo Cillian con rigidez.

Shah esbozó una sonrisa. —Sí, no te tenía por el tipo de hombre que tiene amantes por todo el país. Así que, por favor, dime, ¿por qué está aquí ahora si fue hace tanto tiempo?

—Porque es la primera vez que pongo un pie en Bath en décadas. —Cillian negó con la cabeza y soltó un suspiro—. Pensaba que estaba en Londres. Pensaba que ese cabrón se iba a quedar allí.

«Todos los que se alistan en el ejército huyen de algo», dijo Shah con sabiduría, haciendo que Cillian se arrepintiera de haber contratado a ese maldito hombre. ¿Tenía Shah que fingir que lo sabía todo?

—O necesitan un trabajo.

«Hay otros trabajos, y a nadie le gusta la guerra», frunció el ceño Shah. «Bueno, aparte de ti».

—A mí no me gustaba la guerra.

—Es que se te daba muy, muy bien.

Cillian no podía negarlo. Su ascenso en el escalafón había sido fácil. Descubrió que podía luchar, disparar y organizar una escaramuza contra casi cualquier guarnición francesa con una facilidad que incluso a él le aterrorizaba. Se preguntaba si todas aquellas personas que decían que tenía el toque del diablo no estarían equivocadas.

—¿De qué huías, por cierto? —replicó Cillian antes de que la conversación se desviara hacia donde él no quería.

—De una esposa pesada.

—Tú no tienes esposa.

—Una herencia cuantiosa y demasiada responsabilidad.

—Te gusta demasiado el dinero.

Shah se encogió de hombros y se rió entre dientes. —Muy bien. Mi cartera estaba vacía.

Había algo más, pensó Cillian, pero como ambos tenían sus secretos, no podía insistir más. «Con un poco de suerte, tu cartera estará bastante llena para cuando consiga que estos inversores se pongan de mi lado. Solo necesitan ver que lo que se necesita para cambiar las cosas es expansión».

«Solo estoy aquí para administrar la finca y me aseguraré de que genere buenos ingresos, pero no puedo decirle mucho sobre cómo atraer a los inversores». Shah se quitó el carbón que tenía detrás de la oreja, dejando una mancha oscura en la mejilla. «Y mi bolsillo estará lleno de todos modos». Apuntó con el palo a Cillian. «Me pagará de todos modos, mi señor».

—Tu trabajo dejará de existir si la finca desaparece —le recordó Cillian—. Y la finca necesita algo más que granjas rentables y arrendatarios que paguen a tiempo.

—Te seguí a la batalla, Cillian, y tengo plena confianza en que tus inversiones descuidadas te reportarán una fortuna en poco tiempo —Shah le dedicó una sonrisa—. Y entonces esperaré un buen aumento de sueldo.

—Siempre has sido un bastardo codicioso.

—Si tengo que ordenar a unos hombres que sigan a tu esposa, me lo mereceré. No me importa mucho que esta gente no me aprecie —señaló con el pulgar a uno de los jardineros que

cuidaba el seto que bordeaba el jardín—, pero tengo la sensación de que tu esposa tendrá algo que decir al respecto.

—No le puede pasar nada.

La sonrisa de Shah se desvaneció. —La aparición de este hombre te tiene muy alterado, ¿verdad?

—Es un hombre peligroso.

—Entonces le sugiero que se lo explique a su esposa. Ninguna mujer quiere que la sigan a todas partes.

—Solo asegúrate de que alguien la vigile si está en los jardines —espetó—. Es una orden.

Shah hizo una reverencia burlona. —Como usted diga, mi señor.

Cillian contuvo un gruñido de irritación y dejó al mayordomo a su aire. Si no lo hacía, podría volver a perder los nervios, y el hombre llevaba años a su lado. Sin duda, no se merecía ese trato.

Se frotó el pecho como si eso pudiera eliminar la sensación que se estaba acumulando allí, como si estuviera esperando a que comenzara una batalla. Marshall había sido el responsable de poner ajo en la comida de los gatos, no había duda. Cillian no podía entender qué esperaba conseguir haciendo daño a unos animales inocentes, pero eso no importaba. Esto era solo el principio, Cillian lo sabía y Marshall también.

Y no podía permitir que Ivy se viera envuelta en todo aquello. Harry Marshall era un hombre peligroso. Cillian lo sabía por experiencia.

Capítulo trece

La explosión de familiares que se apresuraban a salir de tres carruajes no sorprendió a Ivy. No recordaba la última vez que había estado lejos de ellos durante tanto tiempo. En un torbellino de faldas, enaguas y sombreros, sus hermanas se apresuraron a acercarse mientras sus maridos y su padre daban instrucciones a los cocheros. Incluso el padre de Duke, William Cameron, se había unido a su grupo e Ivy notó que se quedaba muy cerca de la tía Sarah.

Su gemela le dio un gran beso en la mejilla y la abrazó con fuerza. —Odio los viajes en carruaje —declaró Lilly.

«Estuvimos allí dos horas», dijo Violet, envolviendo a Ivy en un abrazo un poco más suave.

—Sí, pero yo estaba con la tía Sarah y Simon —murmuró Lilly.

Ivy miró a su alrededor y vio a la tía Sarah entregándole el gato Simon a un Cillian que parecía desconcertado. Este sostuvo al gato con el brazo extendido durante unos instantes y luego lo abrazó torpemente. Menos mal que el gato era de temperamento dócil y estaba acostumbrado a viajar con la tía Sarah, ya que se sentó complacido, observando lo que sería su nuevo territorio durante unos días, mientras la familia de Ivy estaba de visita.

—La casa es preciosa —dijo Clementine con entusiasmo—. No sé por qué nunca habíamos venido antes.

—El anterior vizconde pasaba la mayor parte del tiempo en Londres —explicó Ivy, aunque imaginaba que al primo de Cillian no le hacía mucha gracia la idea de pasar tiempo con los escandalosos Musgrave. Por lo que había podido deducir, el vizconde era bastante snob, una actitud que, de alguna manera, había transmitido a sus sirvientes.

—Pero lo más importante es cómo estás —Clementine tomó el rostro de Ivy entre sus manos y lo giró hacia un lado y hacia otro —.

—No soy un caballo —protestó Ivy.

—Necesito asegurarme de que estás bien. —Clementine se inclinó hacia ella—. Y de que tu marido te trata bien —dijo en voz baja.

—Me trata perfectamente bien —Ivy esbozó una sonrisa que esperaba que llegara a sus ojos—. Es todo un caballero.

A veces, demasiado de una sola cosa. Incluso después de todo lo que se había rumoreado, ella estaba ansiosa por que él cumpliera sus promesas de besos. Aunque al principio había apreciado su paciencia, ahora empezaba a cansarse. Una parte de ella razonaba que la única forma de conocerlo bien era besándolo, pero otra parte sabía que esa idea no tenía ninguna lógica.

Quería un beso de Cillian y eso era todo. Necesitaba sentir sus labios y sus manos y saber qué se sentía al ser besada profundamente por él.

Y no tenía nada que ver con intentar comprender si esos rumores tenían algún fundamento.

No había ninguna lógica detrás, solo sentimientos.

Ivy contuvo un suspiro y mantuvo la sonrisa mientras su madre y su tía Sarah la abrazaban con fuerza y, finalmente, su padre le daba un beso en la mejilla. Cillian hizo un gesto para que todos entraran en la casa, pero Ivy se detuvo cuando oyó otro vehículo acercándose por el camino de grava.

No tenía más familiares, a menos que su hermano hubiera decidido darles una sorpresa a todos y regresar de Europa. Pero era imposible que Frederick viajara en un carruaje.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó a Cillian.

Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios. —A nadie.

Ella frunció el ceño cuando el carro tomó la curva de la entrada y se detuvo frente a la casa. —¿Qué es...? Una cabra asomó la cabeza por el costado del carro. —¿Freya? —Corrió hacia adelante, se agarró al borde del vehículo y se asomó dentro. En compartimentos separados había dos cerdos y apenas distinguió la cara de un gato asomándose desde una cesta de mimbre. Lentamente, se volvió hacia Cillian. —Mis animales... pero cómo... por qué... —Freya le dio un empujoncito y empezó a morderle la manga.

Ella acarició a la cabra y se quitó la manga antes de que se estropeara.

Cillian miró sus botas. —Echas de menos a tus animales.

—¿Se quedan aquí? ¿Para siempre?

—Le escribí a tu padre y le pedí que los trajeran aquí. Creo que los establos son un buen hogar para ellos ahora.

Ivy abrió la boca y luego la cerró, sintiendo cómo las lágrimas le quemaban las comisuras de los ojos.

—Mierda —murmuró Cillian. —Mierda —repitió—. No quería entristecerte. Pueden volver...

—No, no. —Ella negó enérgicamente con la cabeza—. Estoy muy contenta de tenerlos aquí. —Le puso una mano en el brazo a Cillian—. Muy contenta, de verdad.

Sus hombros se hundieron e Ivy no pudo evitar sonreír. Ahí estaba un hombre que había ido a la guerra y sobrevivido a quién sabe qué. Y sin embargo, ahí estaba, intimidado por las lágrimas de una mujer.

Cillian carraspeó y se acercó al cochero, dándole instrucciones para que llevara a los animales al establo.

«Vendré pronto a mimaros», prometió a Freya y al resto de los animales.

Su familia se quedó en las escaleras de entrada a la casa, así que ella y Cillian se unieron a ellos y los acompañaron al interior mientras estos no paraban de comentar lo bonita que era la casa.

—¿Qué hago con el gato? —preguntó Cillian inclinándose hacia ella—. ¿Se puede sacrificar?

«Oh, sí, siempre y cuando las puertas estén cerradas. De todos modos, el tío Simon rara vez se aleja de la tía Sarah».

—¿El tío Simon?

Ivy hizo una mueca. Explicar las peculiaridades de su familia no siempre era fácil. —Se parece a mi difunto tío —susurró—. Por el negro —señaló su labio superior—. Tenía un bigote grande y negro.

—Así que le pusieron el nombre de tu tío. Qué bonito —dijo él, como si no supiera muy bien si lo era o no, mientras dejaba al gato en el suelo.

—Bueno, en realidad... —Ivy se enrolló un rizo en el dedo. Él iba a pensar que estaba loca. O que su familia estaba loca.

Quizás lo estaban.

—Mi tía cree que es la reencarnación de su marido —dijo apresuradamente.

«¿Reencarnado?», repitió él. «¿Como en... que es tu tío en el cuerpo de un gato?».

—Sí.

Cillian parpadeó varias veces. —Tu familia es... interesante.

Ivy se rió y observó a su familia detenerse ante un cuadro de uno de los antepasados lejanos de Cillian y declarar lo guapo que era aquel hombre bastante feo. «No podría estar más de acuerdo».

***

Cillian tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no salir del salón después de la cena y retirarse apresuradamente a la cama. O a los establos. O dar un paseo nocturno.

A cualquier lugar.

No es que la familia de Ivy fuera horrible. De hecho, era todo lo contrario. Independientemente de lo que dijeran los periódicos sobre sus fechorías, eran cálidos, fáciles de tratar y claramente se querían mucho entre ellos. Era algo muy extraño de presenciar.

Se quedó junto al mueble bar abierto con la excusa de servir bebidas a todos. No es que su madre nunca lo hubiera querido ni nada por el estilo, por supuesto, pero al ser solo ellos dos, el amor que se profesaban era algo más tranquilo y comedido. Cillian apostaría a que pocas familias del rango de los Musgrave eran tan abiertas con sus abrazos familiares y sus risas espontáneas.

Sería refrescante si supiera cómo lidiar con ello.

—Son un grupo interesante, ¿no? —Roman, un hombre alto con un ceño ligeramente severo, le ofreció un vaso vacío al unirse a Cillian.

Casado con Clementine, la única hermana pelirroja, el marqués estaba claramente enamorado de su esposa. Cillian no podía evitar pensar en lo intrigante que era la pareja que formaban.

No se le ocurría cómo se habían conocido, y entonces se dio cuenta de que aún no se lo había preguntado a Ivy.

Aún tenía muchas cosas que preguntarle.

Cillian asintió. *Interesante.* Esa palabra no dejaba de repetirse. En el pasado, la había oído pronunciar sobre él, pero no tenía nada de halagador.

Interesante.

Normalmente significaba raro. Diferente. Extraño.

Pero con los Musgrave encajaba perfectamente. Eran interesantes. El padre de Ivy era un hombre que se había hecho a sí mismo, casado con la hija de un duque. Había conseguido su título gracias al esfuerzo y al servicio a la corona. Las hermanas eran mujeres igualmente inteligentes y, en cuanto a la tía... bueno, era la más *interesante* de todos. Si añadíamos al gato que se había apoderado del sillón que él prefería, era un grupo bastante peculiar.

—Te acostumbrarás —le confió Roman—. Solo te llevará un poco de tiempo.

Cillian miró al hombre. —¿A ti te costó un poco?

—Más de lo que me gustaría admitir. No vengo de una familia muy acogedora. —Le ofreció su copa mientras Cillian sacaba el tapón de una licorera de cristal llena de whisky—. Por supuesto, un poco de esto ayuda.

Cillian sirvió una generosa dosis de alcohol y rellenó su propio vaso. —No creo que muchas familias de la *alta sociedad* puedan presumir de ser así.

Roman sonrió con aire burlón. —Sospecho que ninguna, y todas estarían mejor si pudieran ser tan abiertas y cariñosas como los Musgrave. —Señaló con su copa a la familia—. Habría muchos menos bastardos gruñones como yo.

«Y como yo, me temo», murmuró Cillian.

«Deberíamos crear un club».

Cillian miró a su cuñado y vio la diversión en sus ojos. «Bueno, podríamos, pero estaríamos demasiado molestos por la interrupción de nuestro día como para asistir».

Roman se rió. «Eso suena bastante acertado». Su esposa lo miró y Cillian vio cómo el hombre suavizaba al instante el ceño. «Te

ganan, estos Musgrave, ¿sabes? Antes de que te des cuenta, estás riéndote con ellos y deseando que llegue la próxima reunión familiar».

«No estoy seguro de que sea tan fácil cambiar».

—Cualquiera puede cambiar, Cillian. Solo hay que estar dispuesto a ello y tener una buena razón para hacerlo.

Cillian miró a Ivy, que tenía la cabeza inclinada cerca de su gemela mientras discutían algo en voz baja. Cuando ella lo miró, su corazón dio un vuelco tan fuerte que casi le hizo toser al tomar el siguiente sorbo de whisky.

Ivy era una buena razón. Una razón excelente. No tenía ni idea de con quién se casaba hacía tantas semanas y solo esperaba que ella cumpliera con todo lo que él necesitaba de ella.

Ella lo hizo y mucho más.

Llevaba la casa de maravilla, incluso con un personal rebelde, y era amable con todo el mundo, incluidos los animales.

Diablos, era amable con él cuando probablemente no se lo merecía.

Añádase a eso el hecho de que era absolutamente hermosa, aparentemente podía tejer una enorme manta en cuestión de horas y le hacía sentir que, sin importar lo que estuviera yendo mal en su mundo, ella siempre estaría allí, y él estaba bastante seguro de que corría el peligro de perderse por completo en ella.

—¡Juguemos al Bullet Pudding! —declaró la tía Sarah tras debatir sobre qué juego de salón jugar a continuación. Al parecer, las charadas eran demasiado difíciles porque todos hablaban al mismo tiempo y las hermanas se volvían demasiado competitivas.

—¿Bullet Pudding? —repitió Cillian.

Roman asintió. «¿Nunca has oído hablar de él?».

«No soy precisamente de los que juegan a juegos de salón».

—Yo tampoco, pero eso no significa que puedas librarte.

«Maravilloso».

Para disgusto del mayordomo, Ivy dictó cómo debía prepararse. Un gran montón de harina con una bala encima. Cillian no debió de poder ocultar su desconcierto cuando Roman se inclinó hacia él.

«Cada uno corta una porción», explicó Roman, «y si la bala se desliza dentro de tu porción, debes intentar sacarla con la boca».

«Suena complicado».

«Es... interesante». Roman se terminó su copa. «Tómate otro whisky y pronto te parecerá divertido».

Interesante. Ahí estaba otra vez. Cillian no conseguía decidir si prefería su vida con o sin interés en ese momento.

Ivy le sonrió.

Con.

Definitivamente con.

Capítulo catorce

Quizás fuera el cálido cosquilleo del vino corriendo por las venas de Ivy o quizás ella no veía las cosas con claridad.

Cuando ella y Cillian se detuvieron frente a su dormitorio, con el pasillo benditamente silencioso después de que su familia les hubiera dado las buenas noches y se hubiera retirado a la cama, juró haber visto una sonrisa torcida que lo hacía parecer mucho más joven de lo que era.

Parpadeó cuando lo volvió a ver. Un leve destello de diversión. Pero, ¿qué lo había provocado?

—¿Estás achispado, Cillian? —preguntó ella.

Él levantó una ceja. —¿Borracho?

—Sí. Borracho.

—No creo que los hombres se emborrachen.

—Tonterías. Los hombres pueden emborracharse.

—Creo que a un hombre le gusta más que le digas ebrio o tal vez incluso borracho... —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Bueno, yo no soy nada de eso.

Ella le dio la espalda a la puerta y lo miró. Restos de harina permanecían en su cuello y hombros. Le picaba el deseo de quitárselos.

En cambio, entrelazó las manos delante de sí misma e intentó recordar por qué tenía que ser cautelosa.

No debía abrirse a este hombre. No hasta que supiera la verdad.

Pero lo había observado toda la noche. Muchísimo. Tanto que Lilly decidió que Ivy estaba locamente enamorada de su nuevo marido.

¿Cómo no iba a observarlo? Había visto la incertidumbre con la que miraba a su familia. Por un instante, había temido que se marchara corriendo o que dijera algo snob. Por supuesto, eso era una tontería. Cillian no tenía ni pizca de esnobismo. Ella no era tan ignorante como para no comprender lo ruidosa e intimidante que

podía ser su familia. Como era la más callada, muchas veces había deseado retirarse, por mucho que los quisiera.

Sin embargo, Cillian la había sorprendido.

Había jugado con ellos, se había reído e incluso había pasado una buena media hora conversando profundamente con la tía Sarah, lo que le había parecido increíblemente intenso y un poco extraño, ya que su tía rara vez se ponía seria.

Ivy tuvo que reprimir un escalofrío al pensar en lo que la tía Sarah podría decir. Era la persona más sincera que Ivy conocía. Pero, dijera lo que dijera, él la trató con educación y sin mostrar vergüenza.

Había sido un perfecto caballero.

Esos rumores tenían que ser falsos. Tenía que haberlos difundido algún alborotador.

Quizás por ese hombre.

Ivy no podía, por más que lo intentara, imaginar al hombre que había escrito a su padre para que le trajeran su cabra traviesa y sus otros animales como un asesino. Era imposible.

«Aunque creo que quizá estés un poco achispada». Cillian permaneció cerca, con una lámpara en una mano, y sus hombros ocupaban la mayor parte de su campo de visión. La luz parpadeaba y se reflejaba en sus rasgos, resaltando los ligeros surcos y la barba incipiente que había comenzado a crecerle en la barbilla.

Ivy apretó las manos con más fuerza.

—No estoy achispada —protestó—. Solo tengo un poco de calor.

—Y estás sonrojada, cariño. —Le rozó la nariz con un dedo.

Podría haber sido el cariño. Quizás el contacto. O, más probablemente, era solo él. Era esa sensación que le recorría la piel desde que él había llevado a sus animales a su casa. Incluso antes de eso. Cuando él había construido una valla o se había quedado despierto con ella mientras ella cuidaba a un erizo.

Ella supo, al presionar sus labios contra los de él y arrojar sus brazos alrededor de su cuello, qué era.

Era él. Solo él.

Vio cómo él abría los ojos brevemente antes de cerrar los suyos y oyó cómo dejaba caer torpemente la linterna sobre una superficie antes de rodearla con sus brazos y devolverle el beso.

Las chispas estallaron detrás de sus párpados cerrados. Sus labios eran cálidos y firmes, su piel era ligeramente áspera, lo que hacía que su rostro se sintiera vivo. Él la besó profundamente, abrazándola tan cerca como era humanamente posible, y ella solo podía sentirlo a él.

Él, duro contra su pecho. Él, firme sobre su boca. Él, con sus manos sosteniéndola así.

Era todo él.

El calor se arremolinó en la parte baja de su cuerpo cuando notó su excitación presionándola. A Ivy le dio vueltas la cabeza y se apartó para tomar un breve respiro. Cillian se quedó paralizado hasta que ella volvió a pegar su boca a la de él y su beso se hizo más profundo. Ella siguió sus silenciosas órdenes, abriendo la boca para él y chillando de sorpresa cuando su lengua tocó la de ella.

Él se apartó, un rizo oscuro cayéndole sobre la frente mientras le dedicaba de nuevo esa sonrisa torcida.

Ivy no estaba segura de recordar cómo respirar.

—Despertarás a tu familia con esos ruidos —le susurró él.

—Entonces quizá deberíamos ir a mi dormitorio.

La sonrisa se desvaneció y ella contuvo la respiración y se preparó para otro rechazo. Quizás él había recordado lo rellenita que era o lo inocente y terrible que podía ser besando.

«¿Estás segura?», preguntó él.

¿Segura de que quería más besos? ¿Segura de que necesitaba más de él? ¿Segura de que podría explotar si no sentía su tacto más íntimamente? Sí, sí y sí.

Todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

Él no esperó. Pasó por delante de ella, giró el pomo de la puerta y le tomó la mano. En cuanto cerró la puerta tras de sí, su boca se posó sobre la de ella. La mano de Cillian se enredó en sus rizos, aflojando el moño demasiado apretado de la forma más placentera posible. Ella no pudo contener un gemido.

—Definitivamente despertarás a tu familia —murmuró él, besándole el cuello y provocándole escalofríos por toda la columna vertebral.

Él siguió besándola y le quitó el fichú del vestido, luego lo tiró a un lado para tener acceso completo a su escote. Ella jadeó cuando él le rodeó la cintura con las manos, sujetándola con firmeza, mientras su boca ardiente bailaba un patrón de sensualidad sobre sus pechos. Sus pezones rozaban contra el corpiño y ella luchó contra el impulso de cerrar los ojos para no perderse ni un solo momento de cómo aquel hombre guapo adoraba su cuerpo con la boca.

Su cuerpo.

Su cuerpo.

Oh, Dios, ¿qué pensaría él de ella si viera más? Todo estaba muy bien cuando estaba atado con el corsé, pero si...

«Eres deliciosa», le susurró Cillian al oído.

¿Deliciosa?

La palabra resonó en su mente mientras él deslizaba un dedo bajo su corsé y le rozaba un pezón. Ella cerró los ojos. Quizás era deliciosa. Quizás no.

En cualquier caso, ya no le importaba. Lo único que quería era más caricias.

Más Cillian.

***

Si no fuera por la forma en que ella había echado los brazos alrededor de él como si se aferrara a él para salvar su vida, Cillian podría haber tenido más control.

Una vocecita en el fondo de su mente le recordaba que ella era inocente.

Y él no lo era.

No en el sentido en que lo entendían las personas con buena memoria, por supuesto, y él no era precisamente un libertino, pero había vivido mucho más que Ivy. Necesitaba esa voz para evitar dejarse llevar por su deseo más primitivo. Se concentró en esa voz. Ivy se merecía cosas suaves: momentos suaves, dulces y tiernos. No

estaba seguro de ser capaz de dárselos, pero lo intentaría con todas sus fuerzas.

La cama. Esa era la primera cosa suave que le daría. No iba a besarla contra la dura madera de una puerta.

Cillian la llevó hasta el colchón, siguiéndola mientras ella retrocedía, con sus suaves manos aferradas a su rostro. La besó en cada centímetro del camino hasta que la tuvo donde quería, tumbada y hermosa sobre la cama.

Había algunas lámparas encendidas en previsión de que Ivy se acostara. El resplandor inundaba la habitación y resaltaba el brillo de los rizos que se escapaban de un complicado peinado que él no sabía nombrar. Sus pechos subían y bajaban contra el corpiño, y él se planteó prohibir en la casa esas tontas piezas de tela que ella llevaba alrededor del cuello. Con unos pechos como los suyos, parecía un pecado cubrirlos.

Él le acarició uno y ella gimió ligeramente y se elevó hacia su tacto. Cillian contuvo un gemido y le dio un beso urgente en la boca.

Si no estuviera tan perdido en sus besos, sonreiría para sí mismo y se felicitaría por ser un profesor tan excelente. La mujer había pasado de un beso inocente a besos que le hacían hervir la sangre en cuestión de minutos.

O tal vez Ivy merecía el mérito por ser una alumna perfecta.

En cualquier caso, él estaba cosechando los beneficios. Podría besarla todo el día si ella no se retorciera contra él y le suplicara más.

Literalmente.

«Más», susurró ella, y eso casi lo destruyó.

Casi mató la voz en su mente. Otra voz rival apareció. *¿Por qué no deberías hacer el amor con tu esposa? Ella está pidiendo más. ¿Se lo vas a dar?*

Lo único que sabía era que no iba a negarse. Pero se negaba a ser como los maridos fríos e insensibles de antaño, que hacían lo que tenían que hacer sin preocuparse por el bienestar de sus esposas. No podía darle mucho a Ivy: una finca al borde de la ruina y un marido envejecido con un solo ojo. Pero podía darle esto. Podía darle cariño, precaución y placer.

Con una mano en su corpiño, inmovilizándola eficazmente, interrumpió el beso y bajó la boca por su cuello. Agarró la tela de seda que cubría sus pechos y luego aplanó la boca sobre la suave elevación de la piel, salpicando besos a lo largo de la línea de su vestido. Al mismo tiempo, le subió la falda hasta que sus dedos encontraron las suaves medias y, finalmente, la cálida piel. El aroma de la excitación llenó el aire y Cillian sintió la necesidad de correr hacia Shah y pedirle que le abofeteara.

¿Seguro que estaba soñando?

Cillian miró a Ivy, que lo observaba con atención y curiosidad.

Que se fuera al infierno Shah. Aunque fuera un sueño, no quería que ese hombre se entrometiera.

Esto era entre él e Ivy, y nadie más. Se trataba de cómo ella lo miraba con confianza, de cómo se entregaba voluntariamente. No recordaba la última vez que alguien se había comportado así con él, aunque no supieran nada de su pasado. Ponle un parche en el ojo a un irlandés moreno y eso bastaba para ahuyentar a la mayoría de la gente.

—Cillian.

Ella pronunció su nombre en el momento en que sus dedos tocaron sus rizos húmedos. Él levantó la vista y vio que ella cerraba los ojos cuando le dio la primera caricia audaz. Ella jadeó y levantó ligeramente las caderas, y él se desplazó hacia un lado para tener acceso completo a ella. La amó con los dedos hasta que sus piernas temblaron y finalmente deslizó uno dentro de su estrecha calidez.

Ella abrió los ojos de par en par, le agarró el brazo con los dedos y exclamó: «Oh, Dios mío».

Esa era una forma de expresarlo. Cuando conoció a esta chica guapa, nunca imaginó que alguien tan receptivo pudiera esconderse detrás de esos ojos grandes. Ella movía las caderas al ritmo de sus caricias, un o que prácticamente le quitaba todo el trabajo. Tenía que ser lo más erótico que había visto en su vida, esta mujer haciéndose el amor a sí misma con su mano.

Pero no estaba dispuesto a dejarla hacer todo el trabajo durante mucho tiempo.

Cillian se deslizó hacia abajo y le subió la falda, dejándole verla mejor. Ella se tensó ligeramente cuando él retiró la mano y se colocó entre sus piernas.

—¿Cillian?

Él la ignoró y respondió con la boca a su muslo interior. Respiró profundamente su aroma y sintió cómo un estremecimiento recorría su cuerpo. Cuando volvió a exhalar, sopló suavemente en la parte superior de sus muslos y ella volvió a estremecerse.

No podía alargarlo mucho tiempo. No cuando la tentación estaba a pocos centímetros. Necesitaba saborearla, necesitaba oír sus gemidos. Necesitaba introducirla en un mundo de placer que nunca antes había experimentado.

Necesitaba ser el primer hombre en hacerlo. Tenía un pasado y no podía mostrarse mojigato con una mujer que también lo tenía, pero tampoco podía negar que le encantaba la idea de ser muchas de sus primeras veces, como si se tratara de un derecho primigenio.

Mi mujer. Mía. Prácticamente quería golpearse el pecho.

Cuando pasó la lengua por su delicada piel, ella le agarró la cabeza con las manos. Sus dedos se enredaron en su cabello mientras él la amaba con la lengua y luego añadía un dedo, deslizándolo dentro y fuera.

Tenía un sabor divino. Podría haberse quedado allí toda la eternidad. Con cada caricia de su lengua, ella jadeaba y gritaba, y sus gemidos se volvían más atrevidos. Su agarre en su cabello se volvió casi doloroso, pero a Cillian no le importaba. Lo único que le importaba era su placer. La llevó al límite, con sus muslos apretándose alrededor de él, y empujó su dedo más fuerte, más rápido, mientras rodeaba ese punto sensible.

Ivy se quedó quieta, con cada parte de su cuerpo tensa y al borde del precipicio, y luego se corrió con un gran estremecimiento y gritando su nombre.

Él se retiró lentamente, dándole tiempo para que se recuperara del placer, mientras trataba de evitar una sonrisa de satisfacción al ver sus mejillas sonrojadas, sus piernas flácidas y sus manos extendidas.

Una mujer hermosa, profundamente amada.

Bueno, casi profundamente.

Él se tumbó a su lado y le acarició la cara. Cillian se preparó para la sensación de frío que le haría querer huir, esconderse. Estar en cualquier otro lugar que no fuera allí.

Pero eso nunca sucedió.

Ella apretó brevemente los labios y lo miró a los ojos. —¿No quieres...?

Sí. Más que nada en el mundo. Pero no iba a arruinar ese momento. Se levantó para besarle la punta de la nariz. «Tenemos mucho tiempo. No hay necesidad de apresurarse».

«Espero no haber hecho demasiado ruido».

«Has estado perfecta», le dijo él.

Capítulo quince

«No estaba segura de él», reflexionó Lilly con la boca llena de pastel de frutas, un plato en una mano y la nariz prácticamente pegada a la ventana del salón para ver a los hombres que se marchaban a una sesión fotográfica.

«Pero vosotros dos parecéis muy bien avenidos». Lilly se giró y derramó varias migas en el suelo, lo que probablemente haría que la señora Baxter chasqueara la lengua.

Ivy permaneció en el sofá a pesar de que sus pies le pedían saltar y ver a su marido salir con los demás hombres.

Si la noche anterior servía de referencia, eran una pareja perfecta.

Por desgracia, eso no significaba que ella hubiera olvidado aún esos desagradables rumores. Podría preguntarle al respecto, por supuesto, pero ¿cómo iba a arruinar su incipiente matrimonio tan pronto? En ese momento, estaba convencida de que eran solo lo que parecían: rumores maliciosos difundidos probablemente por ese hombre horrible que en otro tiempo había sido amigo de Cillian. En todo caso, quería investigar esos rumores de asesinato y acabar con ellos de una vez por todas, por el bien de Cillian.

—Estoy de acuerdo —dijo Clementine, tumbándose en el sofá de enfrente y ocupando todo el mueble. A nadie le importó. Con su barriga cada vez más grande, Clementine podía ocupar todo el espacio que quisiera. Con la tía Sarah y mamá en el jardín, había suficientes asientos para Ivy y sus hermanas.

—Pensaba que era un poco mayor para ti —continuó Clementine—. Sin embargo, parece completamente enamorado y la forma en que te mira... —Clementine se abanicó la cara—. Me recuerda a cómo me miraba Roman.

—Roman todavía te mira así —señaló Violet.

—Soy un bulto, Vi —Clementine se giró sobre su costado—. Un bulto torpe, cansado y ligeramente mareado.

—De cualquier manera, Roman te adora —dijo Violet—. Y tú sigues adorándolo.

—Es cierto —admitió—. Es mi mejor amigo, por muy tonto y malhumorado que sea.

Ivy negó con la cabeza, fue a por un segundo trozo de tarta y se detuvo. Anoche estaba oscuro en su dormitorio y, aunque Cillian no se había quejado del tamaño de sus muslos, ella no quería añadir nada más a su cintura. Sobre todo cuando su hermana, que aún tenía una figura envidiable, se quejaba de estar gorda. Ivy a menudo se preguntaba por qué era ella, la e , la que tenía que ser la gordita. ¿No podría haber sido Violet, con su personalidad vivaz y encantadora, la que lo hubiera lucido mejor?

Sin embargo, uno se preguntaba si la timidez venía con su tamaño y el deseo de poder encogerse, o si era simplemente algo con lo que había nacido.

—Toma otro trozo si tienes hambre —dijo Violet señalando el pastel.

—No debería.

—Deberías —dijo su hermana mayor con firmeza—. Apenas has comido nada esta mañana.

Aunque era conocida por restringir su comida hasta que se sentía demasiado hambrienta y mareada y decidía que era una tontería, ya que nada cambiaba de todos modos, su falta de apetito tenía más que ver con su noche con Cillian. Aunque al final la había dejado dormir, la había abrazado durante un rato. Apenas hablaron y casi ni se besaron. Él simplemente la abrazó, haciéndola consciente de su cuerpo fuerte y largo, que le hizo olvidar todas esas tonterías como si sus muslos eran demasiado grandes o si debía o no comer un trozo más de pastel.

Simplemente estaba demasiado distraída para comer.

—Está demasiado enamorada —afirmó Clementine como si estuviera anunciando a todo el mundo que mañana llovería—. Recuerdo que yo tampoco tenía apetito cuando me enamoré de Roman.

Lilly saltó del alféizar de la ventana y se sentó junto a Ivy. «¿Es cierto? ¿Ya se ha convertido en amor?».

Consciente del calor que le inundaba las mejillas y sin saber muy bien por qué, Ivy miró su plato vacío y se untó una miga en la

punta del dedo para llevársela a la boca. Ojalá tuviera su labor de punto. No es que no le gustara la idea de amar a su marido. De hecho, vagamente esperaba que al menos llegaran a respetarse mutuamente, como en los matrimonios de sus abuelos y algunos otros que había presenciado, pero apenas se permitía creer que eso pudiera convertirse en amor.

Lilly ladeó la cabeza como si estuviera examinando una imagen mental de él. —Es bastante guapo, en plan pirata.

—¿Los piratas son guapos? —preguntó Violet—. Siempre pensé que eran bastante malolientes y estaban llenos de escorbuto.

—Y peligrosos —añadió Clementine.

«Mi opinión sigue siendo la misma». Lilly levantó un dedo. «Es guapo». Lo tachó y levantó un segundo. «Es respetuoso». Levantó un tercer dedo. «Invitó a la horrible cabra de Ivy a quedarse aquí, y sin duda se escapará y se comerá todos los hermosos jardines...».

Clementine levantó la mano rápidamente. «No olvides que se casó con ella para salvarla de la ruina».

—Desde luego, no es lo que esperaba para ti, Ivy —le confió Violet desde el asiento de enfrente—, pero debo reconocer que parece un buen hombre.

«Lo es», asintió Ivy. «Al menos...».

Clementine se levantó rápidamente. «¿Al menos?».

«Al menos creo que lo es». Ivy hizo una pausa y negó con la cabeza. «No, *sé que* lo es, pero hay unos rumores preocupantes».

—¿Rumores? —repitió Lilly.

—¿Preocupantes? —dijo Clementine.

—¿Qué rumores inquietantes? —preguntó Violet.

Ivy miró a sus hermanas. No les ocultaba secretos, no exactamente, pero nunca podría afirmar que era tan abierta con ellas como ellas lo eran con ella. Simplemente no estaba en su naturaleza. Sin embargo, por una vez, necesitaba desahogarse y pedirles consejo.

«Bueno...», respiró hondo y esbozó una sonrisa forzada. «Se rumorea que es un asesino».

***

Cillian se movió, sin saber muy bien por qué se había despertado, pero listo en cuanto se dio cuenta de que había oído un ruido. Se incorporó de un salto y levantó los puños. El corazón le latía con fuerza contra el pecho.

Se oyó un ligero golpe en la puerta.

Bajó los puños y se sacudió la cabeza. Marshall no había sido visto desde la semana anterior y no había ocurrido nada más. No había peligro. Pero despertarse al menor ruido, listo para luchar, era un hábito del que temía no poder deshacerse nunca.

La llamada se repitió.

«Adelante», dijo finalmente después de ponerse el parche en el ojo.

Un rayo de luz entró lentamente en la habitación, seguido por Ivy. Llevaba el pelo trenzado sobre un hombro, con algunos rizos sueltos alrededor de la cara, ligeramente salvajes y rebeldes. Él se fijó en sus pies descalzos y resistió el impulso de levantarse de un salto y meterla directamente en su cama. Las noches en la casa seguían siendo frescas gracias a los gruesos muros de piedra y lo último que quería era que ella enfermara.

Ella se giró, con la vela en la mano, cerró la puerta con suavidad y volvió a mirarlo. Él flexionó los dedos sobre la suave ropa de cama. ¿Tenía ella idea de lo increíblemente hermosa que era? Sospechaba que no. Ivy dedicaba más tiempo a cuidar de los demás que a pensar en su vanidad. Lo había comprobado al observarla con su familia e incluso con esa horrible cabra.

Por supuesto, debería estar agradecido de no tener una esposa insustancial, pero una gran parte de él deseaba que ella pudiera verse a sí misma como él la veía: con los ojos muy abiertos y dorados, en el conjunto más perfecto de curvas y piel suave.

—¿Va todo bien? —preguntó con voz ronca.

—Sí —asintió ella—. Todo va bien.

—Entonces, eh...

¿*Por qué estás en mi dormitorio*?*,* quería preguntarle*. ¿Por qué estás aquí tentándome?* Había hecho un buen trabajo controlándose cuando ella se derrumbó en sus brazos el otro día y no se arrepentía. Su conexión había sido perfecta, pero tentativa. Lo

último que quería era asustar a su joven esposa y romper lo que habían logrado hasta ahora. Se había acostado con un par de vírgenes en el pasado y sabía que, sin tiempo y paciencia, podía ser una experiencia incómoda.

Prefería morir antes que causarle a Ivy el más mínimo dolor.

Pero ella era pura tentación allí de pie. Especialmente ahora que su familia había regresado a casa y estaban solos de nuevo. Solo ellos dos.

—No podía dormir —dijo ella finalmente.

Él tragó saliva. A él le resultaba fácil dormir. Había aprendido a dormir entre disparos de cañón y marchas de caballería. Hacía mucho tiempo que había aprendido a dormir siempre que podía.

Sin embargo, si tenía a Ivy a su lado, probablemente sería un asunto completamente diferente. El sueño no le interesaba lo más mínimo ahora que ella estaba de pie en su dormitorio con un simple camisón.

Sus hombros temblaban y él maldijo entre dientes y se apresuró a salir de la cama. La mirada de ella se posó en su pecho desnudo mientras él le quitaba la vela, la dejaba sobre la mesa y apartaba las sábanas. —Entra, debes de estar helada.

Tímidamente, ella se metió en la cama, sin dejar de mirar alternativamente a él y a la cama. Él se frotó la barbilla sin afeitar. No tenía ni idea de qué hacer con una esposa que no podía dormir. Nunca le había preocupado eso, así que ¿qué diablos debía hacer con ella?

La arropó con la manta y se quedó allí de pie unos instantes. —¿Debería, eh... —frunció el ceño—. ¿Una bebida caliente, tal vez?

—¿Podrías acostarte conmigo?

No.

Sí.

Claro que sí.

Recostada sobre sus almohadas, ella era la imagen perfecta de la inocencia, con las manos recatadamente colocadas en el regazo y el vestido cubriendo cualquier atisbo de piel. Tenía la horrible y desagradable sensación de que iba a arruinarlo todo.

Puede que no fuera un asesino, pero si no hubiera estado en la vida de Mary, las cosas habrían sido diferentes, de eso estaba seguro.

La revelación lo golpeó con fuerza. Estaba aterrorizado.

No solo por asustarla simplemente siendo él mismo, sino por arruinarla. Se había creído tan noble al pedirle la mano y rescatarla de una ruina segura. Estúpido, engreído idiota.

—Ivy...

—Ven a acostarte conmigo, por favor.

Dios. ¿Cómo podía decir que no? A pesar del miedo que le retorcía las entrañas, se encontró deslizándose en la cama junto a ella, rodeándole los hombros con un brazo y dejándola descansar contra su pecho.

—¿Hay algo que te preocupe? —le preguntó, inhalando la fragancia de jabón de ella, incluso mientras se maldecía a sí mismo por ser tan débil.

Ella lo miró fijamente. «Una cosa».

«¿Qué es?».

Lo conquistaré, sea lo que sea, le diría él. *Acabaré con todas tus preocupaciones y me aseguraré de que nunca vuelvas a pasar una mala noche.*

Pero no podía prometerle eso. No mientras ella estuviera casada con él.

«Ese hombre».

Cerró los ojos brevemente. Ivy no era tonta. Tenía una mente curiosa e, incluso cuando estaba callada, él veía que lo observaba todo y a todos. Pocos secretos se le podían ocultar.

«¿Qué pasa con ese hombre?». Intentó que su voz no se tensara.

—Intentó hacer daño a los gatos, ¿no?

Debería mentir.

«Sí».

Ivy permaneció en silencio durante unos instantes, con su aliento rozando la piel de él. —¿Por qué hizo algo así?

—Porque... —Exhaló lentamente—. Porque me odia. Porque cree...

Un grito y un golpe seco rasgaron el aire. Cillian saltó de la cama y abrió la puerta de un tirón para encontrar la puerta del dormitorio de Ivy abierta y a su doncella de pie en la entrada. Tenía un arañazo en la mejilla. Hizo un gesto con la mano hacia el interior del dormitorio.

—¡Algo o alguien ha entrado por la ventana! —gritó.

Ivy salió del dormitorio, rodeó con el brazo a la doncella y utilizó la manga para limpiar la mancha de sangre de la mejilla de Muriel.

—¿En mi dormitorio? —preguntó Ivy.

Muriel asintió. —Solo venía a ver cómo estabas, porque sé que te cuesta dormir... —Su mirada se posó en el pecho de Cillian y las mejillas de la doncella se sonrojaron—. Mi señora —añadió.

—Quédate aquí —ordenó Cillian y entró lentamente en el dormitorio con los puños en alto. Tardó unos instantes en darse cuenta de que no había animales ni personas en la habitación. El viento silbaba a través de un agujero en la ventana y los cristales rotos reflejaban la luz de la luna. Se agachó para mirar entre los fragmentos de cristal y vio un ladrillo. Atada a él con una cuerda había una nota.

«La verdad saldrá a la luz», dijo Ivy detrás de él. «¿Qué significa eso?».

Capítulo dieciséis

—La verdad saldrá a la luz —murmuró Muriel mientras Ivy abría poco a poco la puerta del estudio—. La verdad saldrá a la luz.

—¿Quieres dejar de repetir eso? —espetó Ivy. Respiró hondo y moderó el tono—. Quiero decir, ¿quieres dejar de hacerlo*, por favor*?

«Solo quiero saber cuál es la verdad».

«Yo también. Por eso estamos aquí».

Muriel miró a ambos lados del pasillo. «Si me pillan husmeando, perderé mi trabajo».

«Si te pillan inocentemente parada en el pasillo mientras tu señora está husmeando, no pasará nada», le aseguró Ivy.

Eso no impidió que los nervios la invadieran, provocándole náuseas. No debería estar haciendo esto, husmeando en el estudio de Cillian, pero ese maldito hombre se había vuelto aún más reservado desde que le tiraran un ladrillo por la ventana y casi le diera a Muriel. Anoche había salido furioso de casa sin decir nada. Apenas lo había visto desde entonces, y mucho menos había tenido oportunidad de hacerle preguntas.

Ivy no creía que hubiera ido a ver a una amante.

Eso esperaba.

Quizás Cillian era el tipo de hombre que se lanzaba a los brazos de una mujer después de que le tiraran un ladrillo por la ventana con una nota amenazante adjunta.

Fuera cual fuera la razón por la que apenas estaba en casa, ella estaba decidida a descubrir la verdad. Si el hombre no iba a ser sincero con ella, entonces tendría que averiguarlo por sí misma.

Incluso si eso significaba fisgonear.

—Sabes, tuve suerte de que ese ladrillo no me diera en la cabeza —dijo Muriel desde la puerta.

—Sí.

—Podría haber muerto.

—Bueno, me alegro de que no fuera así.

El estudio era pequeño y ocupaba una esquina del ala este que no recibía luz solar directa, probablemente diseñado deliberadamente para evitar que los libros y los papeles se decoloraran con la luz del sol e . Había pocos detalles que aportaran comodidad, solo un pequeño cuadro con un paisaje de la casa en décadas anteriores en una de las paredes y una licorera de cristal con solo un poco de licor en su interior. La silla de cuero detrás del escritorio parecía dura e incómoda, e Ivy sospechaba que era nueva o que rara vez se había utilizado antes de que Cillian se hiciera cargo de la casa.

Echó un vistazo a las cartas que había sobre el escritorio. La mayoría eran asuntos relacionados con la finca y nada que llamara la atención. La letra de Cillian la hizo sonreír. Tan pulcra y cautelosa, como si hubiera pensado cada palabra minuciosamente.

Sacudió la cabeza. No debía tener pensamientos tiernos sobre su marido. Todavía no. No cuando ese maldito hombre seguía evitándola y eludiendo la verdad. Había esperado que, mientras su familia estaba allí, las cosas cambiaran, pero él se había vuelto a retraer.

Sin embargo, sus hermanas estarían orgullosas de ella por hacer esto. Si Cillian no le decía la verdad, entonces tenía que descubrirla por sí misma. Mientras que Lilly pensaba que sería mejor enfrentarse a él y Violet quería que Ivy se quedara con ella y su marido Duke, Clementine la había animado a investigar por su cuenta. Naturalmente, sus hermanas habían prometido investigar por su cuenta, pero, teniendo en cuenta que el interrogatorio que Ivy tenía previsto hacerle a Cillian había fracasado la noche anterior —interrumpido, nada menos, por un ladrillo que atravesó la ventana de su dormitorio—, la necesidad de descubrir algo se estaba volviendo urgente.

No vivía con un asesino. Estaba segura de ello, por mucho que Violet se preocupara por ella.

Entonces, ¿por qué él no le explicaba simplemente el asunto?

—Nunca he hecho nada con mi vida —continuó Muriel—. Me pregunto si debería lanzarme a la aventura.

Ivy ignoró a su doncella y se dedicó a abrir los cajones y rebuscar entre los papeles.

«Aunque no me gustan los barcos. Solo he viajado en el ferry de Dorset y me mareé muchísimo».

—¿Estás vigilando, Muriel? —Ivy miró a la doncella, que al menos permanecía de espaldas al estudio y, con suerte, estaba atenta a la gente.

—Tampoco me gustan mucho los paseos en carruaje —suspiró Muriel—. Quizás debería escalar una montaña.

Ivy cerró los cajones de un empujón, se puso las manos en las caderas y echó un vistazo a la habitación. «Si tuviera secretos, ¿dónde los guardaría?».

—No me gusta el frío —reflexionó Muriel—. Y las montañas suelen ser frías. Conocí a un chico que escaló el Snowdon y el tiempo cambió y estuvo perdido durante dos días.

—¿Entonces nada de aventuras?

—Supongo que no —Muriel dio un chillido y agarró el pomo de la puerta—. Viene alguien. ¡Rápido!

A Ivy se le encogió el pecho y miró rápidamente a su alrededor, pero luego bajó la vista al suelo cuando oyó pasos que se acercaban. Se deslizó debajo del escritorio y respiró lenta y temblorosamente. Era realmente ridículo esconderse de su marido en lugar de enfrentarse a él. Pero ¿cuándo había sido buena en las confrontaciones? Desde luego, no cuando Ava Wilson la llamó gorda o cuando George Fletcher la comparó con el cerdo más grande de la finca.

—Señor Shah —oyó decir a Muriel con dulzura—. ¿Qué le trae por aquí?

—Yo te preguntaría lo mismo, Muriel —respondió el mayordomo, con un tono que hizo fruncir el ceño a Ivy. Nunca había oído a aquel hombre hablar con tanta suavidad. Sin embargo, era muy leal a Cillian, y no tenía ninguna duda de que el mayordomo informaría a su amo si pillaba a Ivy en la oficina.

—Oh, solo estaba buscando al vizconde. Mi señora deseaba hablar con él.

—No lo encontrarás aquí. Está en la ciudad. —Shah carraspeó —.

—¿Eso significa que tiene unos minutos libres?

Ivy frunció el ceño. Probablemente Muriel le estaba haciendo un favor, asegurándose de que el señor Shah abandonara el ala para que Ivy pudiera escapar sin ser vista, pero ¿tenía la criada que sonar tan coqueta?

—Creo que puedo dedicarte unos minutos, Muriel. ¿Qué necesitas?

—Bueno, yo... necesitaba que echara un vistazo a algo en las habitaciones de las mujeres. Hay algo de papel pintado que se está despegando.

—No puedo poner un pie allí sin la señora Baxter, Muriel.

«Quizá podamos colarnos. Solo un momento», sugirió Muriel.

Ivy se tapó la boca con la mano para evitar dar un grito ahogado. Miró la impoluta alfombra bajo sus palmas y se concentró en permanecer lo más silenciosa posible. No debería haberle sorprendido que Muriel fuera capaz de comportarse de forma tan escandalosa. La mujer no era precisamente la persona más sutil del mundo.

Pasaron unos segundos de silencio. Ivy se esforzó por tragar saliva cuando la puerta crujió.

—Muy bien —respondió finalmente el Sr. Shah—. Pero será mejor que nos demos prisa. A la Sra. Baxter no le gustamos ninguno de los dos.

—Otra cosa más que tenemos en común —dijo Muriel con astucia.

Ivy se preguntó qué más tenían en común las dos y qué conversaciones compartían abajo. En algún momento, tendría que preguntarle a su criada qué estaba pasando entre ellas, si es que pasaba algo.

Por ahora, sin embargo, tenía que concentrarse en escapar. Después de contar hasta dos minutos, decidió que era seguro y salió con dificultad de debajo de la mesa y se apresuró por el pasillo, permitiéndose respirar profundamente cuando dobló la esquina y no

se encontró con nadie. Puede que no hubiera descubierto nada, pero al menos no la habían pillado.

***

Había gente que visitaba las nuevas viviendas en forma de media luna de Bath y las declaraba uno de los lugares más agradables para vivir, especialmente en comparación con Londres, donde se podía estar paseando por un agradable parque y acabar en un barrio marginal en cuestión de segundos. Los delincuentes y los ricos se codeaban en los lugares más insospechados de la ciudad.

Sin embargo, esos visitantes aún no habían visitado zonas como Corn Street, donde las casas estaban apiñadas, dejando pasar poca luz entre los edificios durante el día y quedando casi a oscuras por la noche. En estas zonas había muchas salas de juego, posadas y pubs donde se podían encontrar personajes desagradables.

Cillian esperaba encontrar a Marshall en uno de ellos.

Necesitaba encontrar a Marshall en uno de ellos.

¿Cómo podía quedarse sentado esperando a ver qué hacía ese hombre a continuación? Si estaba dispuesto a romper ventanas y enviar amenazas en piedras...

Cillian sacudió la cabeza y abrió el puño mientras se dirigía a zancadas hacia el club de Broad Street. Si él fuera Marshall, no sería tan tonto como para pasar el tiempo en uno de los clubes de caballeros donde el marido de la mujer a la que acababa de abordar podría encontrarlo fácilmente. Pero a Cillian se le estaban agotando las opciones.

Normalmente, Marshall vivía en Londres y no tenía casa aquí. Por lo que Cillian sabía, el hombre no había vuelto desde la desaparición de Mary. Cillian frunció los labios. Probablemente quería alejarse lo más posible de su crimen. Sin embargo, el hombre tenía que estar en algún sitio.

Y Cillian tenía que poner fin a esto. De una forma u otra.

El club estaba tan vacío como los pubs. La noche avanzaba e incluso los bebedores y jugadores más empedernidos se rendían y caminaban tambaleantes por las calles para llamar a un taxi o a sus cocheros. Cillian siguió adelante, deseando tener su caballo, pero consciente de que o bien lo habrían robado o bien habría llamado

demasiado la atención en las zonas más pobres de Bath. Esperaba que hubiera un taxi disponible para cuando saliera de Bath, o le esperaba un largo camino a pie hasta casa y no quería que Ivy se preocupara.

Se detuvo frente al único otro club de Bath. Podía contar con los dedos de una mano los clubes de caballeros de los que era miembro, y eso solo gracias a su primo. Nunca había pasado tiempo en uno y, desde su breve visita años atrás, tampoco quería hacerlo. Por lo que sabía, consistía en sentarse, beber y darse palmaditas en la espalda. Si se quedaba quieto tanto tiempo, probablemente se volvería loco.

—¿Sí? —Un hombre que a Cillian le recordaba demasiado a un capitán al que una vez detestó lo miró desde detrás de un escritorio en la entrada principal del edificio. Un bigote blanco se le pegaba al labio y se movía con irritación, mientras que una mirada ligeramente entrecerrada se cruzaba con la de Cillian con frialdad.

Detrás de él, las paredes de color verde oscuro estaban llenas de retratos de hombres con pelucas blancas que Cillian supuso que eran antiguos miembros. Oyó charlas y risas masculinas procedentes de la habitación de la derecha a través de una puerta abierta.

Algo en el club hizo que todos los músculos del cuerpo de Cillian se tensaran. Quizás fueran los suelos de mármol pulido que debían de valer miles de dólares, o el aroma del tabaco caro, o darse cuenta de que nunca se sentiría cómodo en un lugar como ese, fuera vizconde o no.

—Busco a un hombre, el señor Harry Marshall.

El bigote del hombre se crispó.

—Me han dicho que podría estar aquí —mintió.

—No revelamos los nombres de los clientes, señor. —Temblor.

—¿Ni siquiera a un socio?

«¿Es usted socio, señor?». Temblor. Temblor.

Cillian suspiró. Estaba a punto de arrancarle el bigote a ese maldito hombre.

«No, pero podría serlo. Soy el nuevo vizconde Harcourt».

Mientras el hombre examinaba con mirada pausada el aspecto sin duda desaliñado y ligeramente sucio de Cillian, este se

asomó por la esquina para intentar ver el interior de la sala principal. El bigote se interpuso limpiamente en su campo de visión.

—La membresía es solo por solicitud y debe tener al menos una recomendación de otro miembro, mi señor.

Con la mandíbula apretada, Cillian lo miró. —Seguramente no le negarían la entrada a un miembro de la nobleza, ¿verdad? —Cillian adoptó un tono que le dio ganas de saltar al río más cercano y limpiarse.

«Lo siento, mi señor. Esas son nuestras reglas».

—Quizá pueda comprobar si el Sr. Marshall está aquí. Solo necesito un momento...

—Lo siento, mi señor.

Cillian se debatió entre varias opciones. Podía apartarlo de un empujón o incluso empujarlo para pasar. No conseguiría que nadie le recomendara para unirse al club, ni tampoco deseaba hacerlo. También podía esperar fuera, a ver si Harry salía, pero ¿qué posibilidades había?

Una carcajada resonó en la habitación contigua y Cillian se quedó paralizado, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Marshall.

Empujó al hombre, que soltó una exclamación, y entró furioso en la habitación. Encontró a Marshall rodeado de otros dos hombres, con una copa en la mano y una rápida sonrisa en los labios.

El calor invadió cada centímetro del cuerpo de Cillian. —Marshall —rugió y agarró al hombre.

Las sillas se estrellaron contra el suelo. Cillian lo empujó contra la mesa. —¿Cómo te atreves a acercarte a mi esposa?

Marshall se resistió al agarre de Cillian, quien ignoró las peticiones de los que le rodeaban para que lo soltara. —¿Cómo te atreves? —espetó Cillian.

—Está loco —dijo Marshall con voz ronca—. Es un asesino. Quítamelo de encima.

Unas manos agarraron a Cillian por los brazos, pero él se resistió. Tenía a Marshall en sus manos y no estaba dispuesto a soltarlo fácilmente. «No volverás a acercarte a la casa, ¿entiendes?».

Alguien le dio un puñetazo en el costado y Cillian soltó un jadeo, aflojando el agarre. Más manos lo agarraron. Él luchó. Tiró hacia adelante. Puso los pies en el suelo y se enfureció contra los hombres que lo sujetaban, pero eran demasiados y lo arrastraron al pasillo mientras Marshall se levantaba y observaba con una sonrisa burlona.

—Sacad a ese asqueroso de aquí —dijo Moustache, y empujaron a Cillian por las escaleras que conducían al edificio.

Se tambaleó y se enderezó, con los puños cerrados y el pulso aún ardiendo como el fuego en su interior. Cillian no podía quedarse allí para siempre, pero Marshall tampoco. De una forma u otra, se aseguraría de que Marshall nunca volviera a acercarse a su casa.

Ni a Ivy.

Capítulo diecisiete

«*Es* tan agradable estar lejos de todos *ellos*».

Ivy miró a Muriel, que cerró los ojos brevemente y volvió la cara hacia el sol. Lo cual estaría bien si no estuviera sujetando las riendas del carruaje mientras conducía el pequeño vehículo y sus dos caballos por el estrecho camino hacia Charington. Supuso *que esa gente* eran los sirvientes.

—Me alegro de que lo estés pasando bien, pero quizá podrías concentrarte en conducir —sugirió Ivy.

—Llevo conduciendo desde los siete años. Mi padre solía ponerme un cojín porque era demasiado pequeña. —Muriel hizo un gesto vago con una mano—. Relájese, señora, hace un día precioso.

«Hace un día precioso», convino ella, pero no podía relajarse. Aunque su pequeña excursión para visitar a los inquilinos había resultado fructífera y bastante agradable, necesitaba hacer algo más.

Necesitaba averiguar qué estaba pasando con Cillian, sobre todo.

Ivy entrelazó las manos en su regazo y observó los campos que pasaban. Los setos bordeaban la sinuosa carretera y las ovejas salpicaban los campos, excepto uno que se había dedicado al cultivo de colza y que ya se estaba volviendo de un hermoso color amarillo.

Aún no se veía la casa, pero no tardarían mucho en llegar. Una parte de Ivy deseaba volver. Otra parte de ella estaba ansiosa por saltar del carruaje y correr por los campos hasta encontrarse con Cillian, que sin duda estaría al aire libre, hablando con un granjero, montando a caballo hacia la ciudad o incluso realizando trabajos duros. No estaba segura de qué esperaba de un matrimonio con un desconocido, pero esta cálida sensación que le invadía cuando pensaba en él había sido inesperada.

Sin embargo, otra parte importante de ella no quería volver, no hasta saber la verdad.

¿Cómo podía vivir así, con un hombre que claramente guardaba secretos y se negaba a compartir nada más que pequeñas

partes de sí mismo?

Con un poco de suerte, sus primos podrían ayudarla. No podía ir a Londres, no con sus animales que cuidar, y aunque dudaba que Cillian le exigiera que se quedara, la casa dependía de ella. No podía dejarlo solo para que se ocupara de todo. Ya trabajaba lo suficiente tal y como estaban las cosas.

Muriel detuvo el carruaje, con el ceño fruncido. «Hay algo en el camino, mi señora. Solo será un momento». Saltó del carruaje para acercarse a una forma oscura y abultada.

Ivy se asomó para ver qué era. ¿Una persona herida, tal vez? Un animal. Quizás debería...

«¡Oh!».

Un hombre saltó a su lado y agarró las riendas. Tardó un momento en darse cuenta.

Era el hombre que había estado mirando la casa. El hombre que había enfurecido tanto a Cillian. El hombre que podría haber intentado envenenar a sus animales.

El hombre que había lanzado ladrillos por la ventana.

Se quedó paralizada al fijarse en sus rasgos atractivos, adornados con un sombrero de fieltro y un abrigo Garrick con ribetes de piel, un poco pesado para el clima primaveral, pensó Ivy vagamente.

«No». Dijo la palabra cuando se dio cuenta. Este hombre era peligroso.

Y quién sabía lo que escondía bajo ese abrigo.

Cuando ella fue a saltar del carruaje, él la agarró con fuerza por el brazo y la obligó a sentarse con un apretón.

«Suélteme», exigió ella, con la voz ronca y la garganta apretada.

Quizá el hombre no tenía el aspecto que ella esperaba. De hecho, si alguien hiciera una caricatura del bien y del mal, probablemente pondría a este hombre rubio en el papel del bueno y a su marido en el del malo. Pero las personas buenas no hacían daño a los animales.

—Solo necesito hablar con usted.

—Entonces solicite una audiencia.

—Su marido es un hombre terrible, señora Hartford. Tiene que tener cuidado.

—¿No es usted el hombre terrible? ¿No intentó hacer daño a mis gatos?

Él soltó un bufido y le apretó el brazo con tanta fuerza que ella tuvo que contener un grito de dolor.

—Tenía que llamar la atención de ese cabrón.

—Ese bastardo es mi marido y no ha hecho nada malo. Tú, sin embargo, has entrado sin permiso y has destrozado cosas, y ahora esto no es más que un secuestro.

—Solo quiero advertirle. Su marido es un asesino. Es una persona terrible. Acabará haciéndole daño a usted también. Las palabras salieron de su boca en una sucesión breve y aguda, como si e e hubiera estado repitiéndolas en su cabeza durante años. Los ojos del hombre estaban muy abiertos y casi salvajes, y su pálido azul le daba un aspecto inquietante.

«Déjala en paz, bastardo». Muriel saltó al carruaje, se agarró al lateral del vehículo y lanzó un puñetazo que impactó en la cabeza del hombre. Por su reacción, el golpe no le dolió tanto como le sorprendió.

Volvió a golpearlo y luego tiró del abrigo del hombre. «Fuera», exigió la doncella. «Fuera y déjanos en paz».

Ivy tardó unos instantes en decidir qué hacer. No todos los días un hombre peligroso se subía a su carruaje y era golpeado por su doncella.

—Sí. —Ivy empujó al hombre por el hombro—. ¡Fuera, déjanos en paz! —Esta vez empujó con más fuerza, envalentonada al verlo deslizarse por el asiento.

«Vete». Muriel tiró con más fuerza de su abrigo y se oyó un desgarrador sonido procedente de algún lugar.

Ivy volvió a empujar mientras el hombre agitaba las manos, tratando de protegerse del doble ataque. Muriel le arrebató el sombrero y lo tiró al suelo, luego le agarró un puñado de pelo y tiró de él. Entre las dos, lo golpearon, empujaron y tiraron hasta que cayó del carruaje como un bulto desaliñado. Muriel no perdió tiempo en espolear a los caballos.

Ivy se giró, se agarró al respaldo de su asiento y observó cómo el hombre se ponía en pie y se sacudía el sombrero.

—¿Qué quería? —preguntó Muriel sin aliento.

—No estoy segura —murmuró Ivy.

Podría haberle hecho daño, pero no lo hizo, y ella habría jurado que creía cada palabra que pronunció. Pero una persona buena y honesta no se rebajaría a tirar ladrillos por las ventanas y secuestrar mujeres, ¿verdad?

Solo una persona sabía la verdad y esa era Cillian. Necesitaba respuestas y, después de lo que acababa de pasar, ya no iba a aceptar el silencio como respuesta.

***

Llámalo instinto agudizado en la batalla, o tal vez simplemente por pasar demasiado tiempo distraído con Ivy, pero Cillian supo que algo iba mal en el momento en que la criada condujo el carruaje al patio del establo.

Con la mandíbula apretada, se acercó a grandes zancadas. De todos modos, no deberían haber salido solos. Si hubiera llegado antes, no les habría dejado marchar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, tendiéndole la mano a Ivy.

Ella le miró a los ojos, con el habitual rubor de sus mejillas desvanecido hasta convertirse en un tono casi grisáceo. —No ha sido nada.

—¡No ha sido nada! La criada se apresuró a rodear el carruaje. —Era un hombre. Se subió al carruaje y agarró a lady Hartford. —La criada hizo una pausa, se inclinó rápidamente y añadió—: mi señor.

—¿Un hombre? —La sangre de sus venas se heló—. ¿Qué hombre?

Ivy miró al suelo.

«¿Ivy?», la instó. «¿Quién te agarró?». Contuvo el aliento al ver el pequeño temblor que recorría sus hombros.

Con un delicado spencer rosa y un vestido a juego, era tan pequeña y perfecta. Tan bonita e intocable. Quería atraparla y sentir cada centímetro de su cuerpo para asegurarse de que estaba bien.

En cambio, se obligó a hablar más suavemente. —¿Qué ha pasado, Ivy?

—Quizás mi señora debería entrar —sugirió Muriel.

Cillian asintió secamente. De todos modos, no quería que Ivy saliera, no si Marshall estaba cerca. La finca era demasiado grande y su personal demasiado escaso como para vigilar al bastardo. La idea de que pudiera estar observándolos ahora le erizaba el vello de la nuca a Cillian.

Tomó a Ivy de la mano y la llevó a su salón. No era tan bonito ni elegante como su habitación, pero las paredes más oscuras y los muebles antiguos ofrecían un abrazo cálido y seguro frente al mundo. O tal vez eso era solo lo que él sentía, ya que habían pasado la noche cuidando al erizo.

O tal vez se estaba volviendo blando con la edad, pensó con una sonrisa irónica.

—Siéntate —le ordenó, tratando de mantener la tensión fuera de su voz. Si Marshall la había tocado, quería matarlo. Necesitaba encontrarlo y hacerle pagar. Las manos de Ivy temblaban mientras se sentaba en un sillón de cuero demasiado grande para ella y rebuscaba entre sus faldas hasta sacar dos agujas de tejer y un ovillo de lana.

Él frunció el ceño. —¿Cómo...? —Sacudió la cabeza. Cómo había conseguido esconder esas cosas entre sus ropas no era importante en ese momento—. ¿Qué ha pasado?

—Había algo en la carretera. —Se mordió el labio inferior durante unos instantes mientras sus dedos trabajaban rápidamente con las agujas de tejer—. Muriel dijo que al final solo era una lona.

—¿Una lona? —repitió él.

—Sí.

—¿Y?

—Así que paramos y Muriel fue a ver qué era, pero solo era una lona.

«Creo que eso ya lo hemos aclarado».

—Y entonces el hombre saltó al carruaje, no me dejó marchar y me agarró. —Levantó ligeramente el brazo y Cillian imaginó que podía ver la huella de los dedos de Marshall en su abrigo.

Él flexionó las manos a los lados. —¿Qué hizo?

Sus dedos se detuvieron y levantó la mirada con cautela hacia él. —Dijo que eres un hombre horrible y que has matado a alguien.

La mirada en sus ojos le golpeó en el estómago. Ella creía a Marshall. Tenía que creerle. Todos los demás lo hacían. ¿Por qué no iban a hacerlo? Marshall siempre había sido encantador, guapo y muy querido. ¿Quién iba a creer a un hombre lleno de cicatrices, con un historial muy real de sangre en las manos, por encima de ese hombre?

—¿Qué más dijo?

—Eso fue todo. Muriel lo agarró del pelo y yo lo empujé al suelo.

Lo dijo con tanta naturalidad, como si acabaran de disfrutar juntos de unos bollos calientes con mantequilla en el parque en lugar de haber vencido a un hombre peligroso.

No hace mucho, Cillian no habría creído que esta mujer fuera capaz de empujar a un hombre al suelo, pero había sido testigo de su diligencia y determinación en el manejo de la casa y el cuidado de sus animales. Puede que Ivy no fuera audaz ni segura de sí misma, pero tenía una fuerza que nadie podía negar una vez que la reconocían.

—¿Entonces no te hizo daño?

—Me pellizcó un poco el brazo.

Cillian soltó un suspiro y se sentó en cuclillas frente a ella para llamar su atención. —Siento que te haya pasado eso, Ivy. Es culpa mía.

—¿Porque mataste a alguien?

—No. —Negó con la cabeza—. No, maldita sea. No maté a nadie.

—No lo creía.

Su corazón se detuvo. Tuvo que parar y procesar las palabras durante unos instantes. Eran sencillas y pronunciadas con suavidad.

Ella no podía imaginar lo mucho que significaban para él.

«¿No lo creías?».

—No

«¿Ivy?». Le puso una mano sobre el tejido y ella finalmente lo miró directamente. No vio mentira ni vacilación en su mirada. «¿No lo creías?».

—Llevo ya algún tiempo siendo tu esposa y, aunque no puedo afirmar que lo sepa todo sobre ti, no creo que seas capaz de matar a alguien.

—No lo soy —dijo él con más agresividad de la que pretendía.

—¿Entonces, al menos, me explicarás qué está pasando? ¿Por qué ese hombre me dice que lo hiciste y por qué te odia tanto?

Cillian se ajustó el parche del ojo. Hacía tanto tiempo que no hablaba de eso. ¿Qué sentido tenía si nadie le creía?

—Me merezco la verdad, Cillian.

Él asintió y respiró hondo. —Nos conocíamos. Hace muchos años. En realidad, solo éramos conocidos. Su padre era amigo de mi tío.

Ella permaneció en silencio, esperando. Su corazón latía con tanta fuerza que podía sentir el pulso en las yemas de los dedos.

—Pero también éramos amigos de Mary. Ella vino a Bath cuando teníamos diecinueve años. —Sacudió la cabeza y sonrió—. Fue la primera mujer que siquiera me miró, por no hablar de hablar conmigo.

«Eso no puede ser».

«Cuando mi madre y yo llegamos de Irlanda tras la muerte de mi padre, dependíamos de la caridad de mi tío. Vivíamos en una pequeña casa en esta misma finca. Pero, ya fuera porque éramos irlandeses o... bueno...», se señaló a sí mismo, «esto... la gente no nos aceptaba. Especialmente a mí».

«Pero entonces aún no habías sufrido tu lesión».

«Créeme, Ivy, no era mucho más guapo cuando era más joven. Para empeorar las cosas, no sabía muy bien cómo relacionarme con la gente, especialmente con los ingleses. Por eso siempre me sorprendió que Mary quisiera hablar conmigo, y mucho menos que le gustara».

—Eres un hombre guapo —dijo ella en voz baja—. Entiendo por qué le gustabas.

—A ella también le gustaba Marshall —dijo encogiéndose de hombros—. Quizá incluso lo amaba, pero al poco tiempo todo cambió.

«¿Cómo es eso?».

—Se volvió posesivo y colérico. Odiaba que Mary y yo pasáramos tiempo juntos.

Se le secó la boca mientras pensaba en sus siguientes palabras. No recordaba la última vez que había hablado en voz alta sobre Mary. Después de huir para alistarse en el ejército, había intentado dejarlo todo atrás.

—Mary era un alma dulce. En cierto modo, tú me recuerdas a ella. —Sonrió levemente—. Nunca juzgaba a nadie, ni siquiera a mí, y yo no siempre era la mejor compañía.

«¿Qué le pasó?».

Él apretó los puños y exhaló por la nariz. —Marshall la mató.

Ella dejó de tejer por completo. —¡Pero él la amaba!

—Yo estaba fuera de la ciudad cuando desapareció. Marshall se apresuró a culparme, pero yo sabía la verdad. No soportaba nuestra amistad y la mató en un ataque de ira.

—Él dijo que tú la mataste.

«Lleva tanto tiempo diciendo eso que estoy seguro de que prácticamente se lo cree».

—Y todos los demás también le creyeron.

Cillian asintió.

«¿Alguien averiguó qué le pasó a Mary?».

«Nadie lo sabe. Desapareció y no hay pruebas de que Marshall la viera ese día».

Recordó los dedos acusadores, la familia de Mary haciéndole preguntas, exigiéndole respuestas sobre el paradero de su hija, como si él hubiera tenido algo que ver con su desaparición.

«Todos se apresuraron a creer que era culpa mía y yo no podía demostrar que había sido Marshall, así que me fui, igual que la familia de Mary. Incluso Marshall huyó a Londres, probablemente con la esperanza de alejarse de sus fechorías», dijo con amargura.

«Así que nadie sabe qué le pasó y siguen echándote la culpa». Ivy negó con la cabeza. «Deberías habérmelo contado

antes».

—¿Y tenerte aterrorizada con tu nuevo marido? ¿Temiendo que pudiera ser un asesino? —Se giró ligeramente para mirar el reloj de la repisa de la chimenea, sin fijarse siquiera en qué hora era—. No podía soportar ver el horror en tu rostro, Ivy.

Ella se levantó lentamente en el borde de su campo de visión. Él se giró para mirarla, preparándose para lo que fuera a suceder a continuación. Su mirada seguía siendo suave, comprensiva. Ella se acercó poco a poco a él.

«Aquí no hay horror, Cillian. No creo ni por un momento que seas capaz de hacer daño a nadie».

La miró fijamente durante unos instantes. ¿Quizás era un sueño? Nunca en su vida pensó que alguien le creería, y mucho menos alguien tan maravilloso como Ivy.

«¿Me perdonas por no habértelo dicho antes?», se obligó a preguntar.

«Quizás», dijo ella, con un ligero temblor en los labios. «Muy pronto».

—¿Qué tengo que hacer para compensarte? Se sentía como si estuviera suplicando, y no le importaba. Se habría arrodillado ante ella si hubiera sido necesario.

—Nada —ella se acercó de nuevo—. Solo sé tú mismo, Cillian. Solo sé mi marido.

Eso, pensó, por primera vez desde su matrimonio, era algo que realmente podía hacer.

Capítulo dieciocho

Ivy se movió lentamente. Lo miró a los ojos y lo sostuvo con firmeza. Este hombre había pasado por mucho dolor en su vida, tanto físico como emocional. Ella sabía muy bien lo que se sentía al ser incomprendida, al ser considerada diferente simplemente porque no interactuaba con los demás con la misma facilidad que ellos.

Dios mío, ella también sabía lo que era tener un aspecto físico diferente. ¿Cuántas veces la habían tratado mal solo por su tamaño, como si fuera una mujer tonta por ocupar un poco más de espacio que los demás? ¿Como si fuera descuidada o inútil?

Le alisó la frente arrugada con la mano y dejó que sus dedos se deslizaran por el lado de su cara.

Él se estremeció.

—Perdóname. —No estaba muy segura de por qué se estaba disculpando.

—Tu tacto es como una tortura —murmuró él.

—Yo...

«Una dulce, dulce tortura». Cillian se movió rápidamente antes de que ella pudiera registrar su respuesta.

Deslizó las manos alrededor de ella y la atrajo hacia sí. Todo estaba caliente y duro. Deslizó las palmas por la espalda de su vestido y volvió a bajarlas hasta justo por encima de su trasero.

Una leve sensación de excitación comenzó a recorrerla.

Ivy hundió los dedos en su cabello revuelto y luego bajó para acariciar su barbilla sin afeitar. Él cerró los ojos y dejó escapar un leve gemido.

«Pura tortura», murmuró y bajó las manos para acariciarle el trasero.

Ella contuvo el aliento ante ese movimiento atrevido, ante la forma en que su cuerpo parecía cantar de placer al sentir ese contacto. El calor inundó su entrepierna y un dolor desesperado y palpitante comenzó a latir como un tambor dentro de ella.

Con las manos de nuevo en su cabello, Ivy lo empujó hacia abajo para que la besara. Había aprendido mucho ese día, pero todo

ello solo había confirmado lo que ya sabía de su marido. Era un buen hombre, un hombre incomprendido. Como si se tratara de un animal herido, tenía que acercarse a él poco a poco hasta que pudieran trabajar juntos como uno solo.

Suavemente, saboreó el gusto de sus labios firmes y cómo sus dedos apretaban con fuerza su trasero. Ivy probó el contorno de sus labios y la esquina interior. Un estremecimiento sacudió su enorme cuerpo . Ella profundizó el beso, sin poder creer que pudiera tener tal impacto en este hombre increíble.

Cuando su lengua se encontró con la de ella, no pudo evitar soltar un gemido de satisfacción.

Cillian levantó la cabeza para mirarla. «Ivy...». Su nombre sonó gutural y áspero. Eso solo sirvió para avivar la sensación que ella sentía en su interior.

—Ivy —volvió a intentar—. Si sigues besándome... si sigues tocándome... yo...

«¿Sí?».

Ella se preparó para su retirada y se recordó a sí misma que debía ser paciente. Se recordó que todo esto valdría la pena. Tenía que ser así. Si aquel hombre era capaz de despertar en ella tales sentimientos con un simple beso y, lo que era peor, con una simple mirada, ¿cómo sería cuando finalmente fueran marido y mujer?

—No podré controlarme mucho más tiempo.

—No deseo que lo hagas.

—Eres inocente, cariño, y yo soy...

—Mi marido. —Le puso ambas manos sobre los hombros—. Y yo soy tu mujer.

Ivy no apartó la mirada, no cedió al impulso de bajar la vista y se sumergió en la calidez que le inundaba las mejillas. Había algo en Cillian que la hacía sentirse más fuerte. Quizás era saber que él estaba a su lado, tan fuerte y decidido, pero fuera lo que fuera, le gustaba estar con él.

—Ivy...

—No vuelvas a hablar a menos que sea para decirme que vamos a ser marido y mujer como es debido.

La sorpresa se reflejó en sus ojos, seguida de una curva en sus labios. No dijo nada más y bajó lentamente la boca hacia la de ella. Ella suspiró, le agarró con fuerza los brazos y se sumergió en su beso.

Cada parte de ella cantaba de deseo. Cada parte de ella pedía más. Ya habían estado a punto de llegar a este punto demasiadas veces. Su cuerpo sabía lo que quería y rezó para que Cillian no cambiara de opinión.

Él se apartó y sus ojos estaban más oscuros de lo normal. Lentamente, se giró y se dejó caer en la silla. Ella frunció el ceño.

—¿Cillian?

—Ven aquí. —Le tomó la mano y la atrajo hacia él, instándola a sentarse a horcajadas sobre él. Ella se acomodó en la silla y contuvo el aliento cuando su cuerpo entró en contacto con la dura excitación de él.

Él la miró, pasando los dedos por su rostro y bajando por su cuello.

Ella cerró los ojos y disfrutó del roce de sus dedos contra su piel, disfrutó de la forma en que él dejaba que una yema se demorara en el hueco de su cuello y recorriera su clavícula. Él sumergió ese dedo entre sus pechos y ella se agarró al frío brazo de cuero de la silla, una sensación que contrastaba con el calor que fluía por su cuerpo. Sus pezones se presionaban contra el corpiño y deseó liberarse de él para poder aplastarse contra su pecho y saborear su cuerpo tan cerca del suyo.

Sin embargo, podía sentirlo caliente y pesado contra sus pantalones, palpitando y desesperado por el deseo que sentía por ella.

Nunca se había sentido tan fuerte y poderosa.

Cillian le había dado eso.

Ella balanceó sus caderas contra él, sintiendo chispas de placer arder en lo más profundo de su ser. Él susurró su nombre y presionó sus labios contra su pecho. Con la cabeza echada hacia atrás, ella se entregó a su boca mientras seguía balanceándose.

—Ivy, Dios mío —dijo él entre dientes mientras sus besos se volvían cada vez más inestables.

Le dio uno en el lado del cuello, debajo de la oreja, en la barbilla y en la otra oreja. Su cuerpo se calentó y se puso erizado, y sus movimientos se volvieron más frenéticos. Una dulce felicidad comenzó a recorrerla. Las manos de Cillian encontraron sus caderas y la animó a seguir, más rápido, más fuerte.

Ivy se tensó. Una ola creciente la golpeó, y luego otra vez. La inundó hasta que quedó lánguida y con un cosquilleo de la cabeza a los pies. Cillian la animó a descansar contra él con una mano en la nuca y le besó la frente mientras ella escuchaba los latidos de su corazón.

«No necesitamos hacer nada más», susurró.

«No».

Una sonrisa forzada se dibujó en su rostro. «Lo entiendo».

«No», repitió ella, levantando la cabeza. «Sí que tenemos que hacer algo más, Cillian», le dijo. «Te necesito. Y creo que tú también me necesitas a mí».

***

La mujer no se equivocaba. Cillian la necesitaba más que el aire que respiraba. No sabía cómo había acabado casándose con una mujer dulce y tímida y convirtiéndose en un seductor, pero tal y como estaban las cosas, no se quejaba. Que Ivy se diera placer contra él era el tipo de cosas con las que se soñaba.

«Te necesito».

Esas palabras, una confesión tan débil, no le parecieron tan terribles como temía. Nunca había necesitado a nadie. ¿Para qué? La gente no confiaba en él y no le caía bien. Las únicas personas que le importaban eran su madre y los hombres con los que había ido a la guerra.

Sin embargo, eso no significaba que los necesitara.

—Tócame —le suplicó ella—. Por favor.

Como si pudiera negársela.

En respuesta a su súplica, le acarició el pecho con la mano y bajó. Ella se elevaba y caía con su tacto como las olas del océano. Nunca había visto a nadie ni nada tan hermoso. Ni siquiera las colinas de Irlanda podían compararse.

Cillian le agarró la falda y se la subió, dejando al descubierto sus medias y su pálida piel. Se obligó a ir despacio. Habían llegado a un acuerdo provisional: ambos se deseaban. Pero un movimiento en falso y ella podría cambiar de opinión. No estaba seguro de si podría culparla. Ella había tenido que cargar con un marido viejo y herido en quien nadie confiaba y al que la mitad de su familia odiaba.

Sin embargo, de alguna manera, ella lo deseaba. Demonios, incluso podría gustarle. Era prácticamente incomprensible.

Eso no significaba que no fuera a tomar todo lo que ella pudiera darle. Era fuerte en algunos aspectos, pero no cuando se trataba de ella.

Nunca cuando se trataba de Ivy.

Le rozó el muslo con las yemas de los dedos y ella respiró hondo, conteniendo el aire hasta que él la besó. Su boca era tan cálida y generosa como su cuerpo.

Ella se retorció y gimió mientras él la besaba y movía las manos arriba y abajo por sus piernas, dejando que su pulgar llegara a la parte superior de sus muslos y luego volviera a bajar. La provocaba como si tuviera todo el tiempo y el control del mundo, como si no fuera un barril de pólvora a punto de estallar. Subía y bajaba por sus muslos, tocando el pliegue en la parte superior antes de retirarse. Necesitaba asegurarse de que ella estuviera completamente lista.

«Tócame», le suplicó ella de nuevo.

Un hombre solo puede resistirse hasta cierto punto. La echó hacia atrás lo suficiente como para deslizar los dedos entre ellos y sentir el calor de su cuerpo. Ella se arqueó y se tensó mientras él la amaba con los dedos. Él observó cómo fruncía el ceño y apretaba los labios mientras le agarraba los brazos.

Cillian contuvo una maldición cuando ella se movió al contacto de sus dedos, una visión más erótica que cualquier otra que hubiera visto jamás. Que se quedaran con sus cortesanas ligeras de ropa y sus debutantes cuidadosamente peinadas y resplandecientes con joyas. Él quería a esta mujer ligeramente despeinada, completamente vestida y sin diamantes, retorciéndose en su regazo, y solo a esta mujer.

Ella abrió los ojos de par en par cuando él introdujo un dedo más profundamente. Un placer silencioso se dibujó en sus labios y ella lo agarró con más fuerza. Él introdujo otro dedo e Ivy pareció rendirse, balanceando las caderas mientras él curvaba los dedos y tocaba un punto profundo dentro de ella.

«Más».

¿Más? Demonios, él iba a darle todo.

Sin embargo, él necesitaba menos. Menos ropa. Menos tela entre ellos.

Retiró la mano de entre ellos, le quitó la chaqueta spencer de los brazos y la tiró a un lado. Fue pura suerte que no cayera en la chimenea vacía pero llena de cenizas.

Luego, consciente de la mirada de asombro que ella le dirigía, se acercó a ella y desabrochó un botón, luego otro y otro más. Cuando el vestido se aflojó, ella se llevó las manos al pecho y lo mantuvo allí.

—Para.

—Por supuesto. —Cillian dejó caer las manos sobre los brazos de la silla. De alguna manera, evitaría que la decepción se reflejara en su rostro. De alguna manera, encontraría la forma de controlar su maldita erección.

—Es solo que... —Su garganta se movió—. Me verás.

—Bueno, sí...

—Y yo estoy... —Hizo un gesto con las manos, indicando curvas, y luego se tapó el pecho con las manos cuando el vestido se deslizó lo suficiente como para ofrecerle una excelente vista de las mismas curvas a las que sospechaba que se refería.

—¿Hermosas?

—Soy... grande —dijo la última palabra como si hubiera murmurado algo horrible. Una palabrota o un insulto.

—Y hermosa —le recordó él—. Y absolutamente perfecta, cariño. —Tomó ambas manos entre las suyas y las apartó de ella. Le costó toda su fuerza de voluntad no gemir y presionarse contra las curvas que tanto le disgustaban a ella. Ojalá pudiera verse como él la veía.

«Nadie piensa que las chicas gorditas son hermosas».

«No». Él negó con la cabeza. «El mundo quiere que creas eso, pero no es cierto. Es solo una forma excelente de hacer que las mujeres se sientan mal consigo mismas, pero la verdad es que ningún hombre con sangre en el cuerpo podría encontrarte otra cosa que hermosa en este momento».

Apartó la mirada de sus pechos, sabiendo que no podría pronunciar esas palabras y sonar sincero si se quedaba embobado mirando su cuerpo.

«Y la verdad es, Ivy, *que* tus curvas son hermosas. Podrías ser todo lo que la *alta sociedad* desea, pero si no fueras tú misma, no serías ni de lejos tan encantadora como eres».

Ella frunció el ceño y una sonrisa lenta y vacilante se dibujó en su rostro.

—¿Tiene eso algún sentido?

—Creo que sí.

—¿Cómo puedo hacerte sentir más cómoda?

Ella se encogió de hombros. «No estoy segura. Nunca antes me he desnudado delante de un hombre. ¿Y si me encuentras horrible?».

Cillian se señaló la cara. «No soy precisamente perfecto y te aseguro, querida, que nunca te encontraría horrible». Pasó un dedo por la incómoda cinta que sujetaba su parche en el ojo. «Te propongo un trato. Me quitaré el parche si tú te quitas el vestido».

—¿Mi vestido?

—*Solo* tu vestido.

Ivy se deslizó de su regazo. Dudó y exhaló un largo y tembloroso suspiro, luego dejó que el vestido se deslizara por sus hombros. La tela se acumuló a sus pies y él se quedó paralizado. Su corsé se ajustaba a la cintura, resaltando sus generosos pechos y el color oscuro de sus pezones contra la tela clara de su camisa. Sus muslos presionaban contra la tela y hacían que sus dedos se crisparan con el deseo de agarrarla.

Con las manos entrelazadas delante de ella, lo miró a través de sus pestañas bajadas.

—Dios, Ivy.

Fue todo lo que pudo decir antes de volver a abalanzarse sobre ella. Se puso de pie y la besó profundamente, con avidez. Cillian la empujó hacia la alfombra, sin separar apenas su boca de la de ella, mientras le levantaba las faldas y se colocaba entre sus piernas.

Le pasó los dedos por el pelo e inclinó su cabeza lo suficiente como para besarla con fuerza. Buscó los cordones de la parte delantera de su camisón y los desató hasta que pudo sacar un pecho de las confines de su corsé, y luego bajó la cabeza brevemente para tomar un pezón en su boca.

Pero no por mucho tiempo. Cuando ella empujó sus caderas hacia él y sintió el suave contacto de su cuerpo, ya no pudo esperar más.

Mirándola a los ojos, se introdujo lentamente, estirándola, llenándola. Estar tan unido a ella le hacía perder la cabeza. Ella lo rodeó con sus brazos. Lo único que habría podido hacer que fuera más perfecto habría sido que ella estuviera completamente desnuda. De cualquier manera, él no lo habría cambiado por nada del mundo.

Una vez que estuvieron tan cerca como dos personas pueden estarlo, se retiró y volvió a empujar dentro de ella. Él gimió su nombre y ella le acarició el pelo y la espalda con las manos. Él tomó sus gemidos de placer y juró grabarlos en su memoria. Aunque una felicidad creciente se apoderaba de él, la ignoró. Ella le agarró por detrás y le animó a seguir, más profundo, más fuerte.

Cuando deslizó una mano entre sus cuerpos y encontró sus pliegues húmedos, ella se estremeció y gritó su nombre. Apretando los dientes, aguantó hasta que el cuerpo de ella se tensó a su alrededor y ella se estremeció en un orgasmo. Él le dio un beso tembloroso mientras la seguía, sumergiéndose en un placer infinito.

Cillian se dio la vuelta y se tumbó boca arriba, rodeándola con un brazo.

«¿Siempre es así?», preguntó ella, acurrucándose a su lado.

Él le besó la frente y soltó una risita. —No. Definitivamente no.

Capítulo diecinueve

La culpa carcomía a Ivy mientras el carruaje se acercaba a la casa. Le había dicho a Cillian que se reuniría con Lilly en Bath, pero Gravesend estaba a las afueras de Bristol y a unas dos horas de viaje, sin contar el descanso y el cambio de caballos. Era poco probable que pudiera ocultarle esta visita a Cillian.

Ivy tragó saliva y miró la casa con estructura de madera. Sin embargo, tenía que hacerlo.

De generosas dimensiones y rodeada por un foso, la casa era un vestigio de una época más peligrosa en Inglaterra, cuando las guerras entre compatriotas eran habituales y la persecución religiosa obligaba a muchos a construir escondrijos para sacerdotes en sus casas. Ivy no podía imaginar cuánta historia se escondía tras aquellas paredes blancas y de madera, y la idea de que allí pudiera estar también la respuesta al destino de Mary le revolvió el estómago.

El hecho de que Cillian se enfadaría mucho si supiera dónde estaba ella tampoco ayudaba mucho.

Pero no podía dejar las cosas como estaban. Si Harry Marshall era el responsable de la muerte de Mary, merecía ser castigado. Su marido no debía seguir viviendo con la culpa y la sospecha sobre su cabeza. Ojalá se le hubiera ocurrido antes preguntar a los inquilinos por la mujer desaparecida, pero solo ahora que Cillian le había revelado el nombre completo de Mary podía investigar adecuadamente. Con un poco de suerte, esta casa, que en otro tiempo había sido el hogar de la familia de Mary, sería la clave para resolver el misterio de lo que le había sucedido.

Y podrían seguir adelante y ser marido y mujer, de verdad, como es debido, sin miedo. Tal y como estaban las cosas, tenía que llevarse a dos lacayos y un cochero solo para un viaje corto, por si acaso el señor Marshall intentaba volver a subirse a su carruaje.

O algo peor.

Dado que el hombre podría haber sido responsable de la muerte de la mujer que Cillian había amado, era sensato tomar

precauciones.

La mujer que había amado.

Esas palabras no dejaban de dar vueltas en su mente.

La mujer a la que él había amado.

Desde que ella y Cillian se habían convertido en marido y mujer de verdad, algo había cambiado. Esos pequeños rasgos de dureza que tenía se habían resquebrajado y desaparecido. Compartían la cama casi todas las noches, salvo si él trabajaba hasta tarde ese día, y compartían la comida y una conversación agradable casi todas las mañanas. Pero Ivy no podía quitarse de la cabeza la sensación de que esa mujer se cernía sobre ellos, de que había preguntas sin respuesta.

Tampoco podía quitarse de la cabeza la punzada de celos. Era una tontería sentir algo por una mujer de hacía dos décadas, aparte de simpatía. Sin embargo, tal vez fuera una tonta. La idea de que Cillian amara a otra persona le desgarraba por dentro.

El carruaje se detuvo justo al salir del puente de piedra que conectaba la casa con el resto de la finca, justo cuando el joven de la caseta de entrada se adelantó corriendo y se metió por una puerta trasera. Ella tragó saliva para calmar la sensación de opresión en la garganta y salió con la ayuda del lacayo.

Una mujer vestida completamente de negro atravesó el arco de la casa y se inclinó en una profunda reverencia. —Luke dijo que la vizcondesa Hartford estaba de visita y pensé que debía de estar mintiendo, pero aquí está usted.

Ivy frunció el ceño. Le había dado su nombre al hombre de la caseta de entrada, pero dudaba que eso significara mucho. —Eh, sí. Aquí estoy.

—Sé exactamente por qué está aquí, milady. —La ama de llaves, una mujer menuda con gafas de montura metálica sobre la nariz, le sonrió radiante.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! Ha venido a ver el cuadro. —La mujer miró hacia la casa—. En cuanto supe que el vizconde se había casado, le dije a Luke que debíamos esperar una visita. No pensé que tardaría tanto en llegar.

—Yo, eh...

—Bueno, venga, señora. La familia está en Londres, así que estoy a su entera disposición.

Ivy sonrió apresuradamente y siguió a la ama de llaves a través de una puerta en el centro del patio. Atravesaron una serie de habitaciones oscuras, la mayoría con paneles de madera y espectaculares chimeneas de piedra que no desentonarían en una casa mucho más grandiosa. Finalmente, entraron en un amplio salón que albergaba una larga mesa con sillas altas revestidas de terciopelo y cuadros y cuadros en las paredes.

La ama de llaves se detuvo frente a uno de ellos y lo señaló. «Aquí está», anunció con orgullo.

Ivy observó el enorme retrato de cuatro hombres a caballo. Llevaban chaquetas rojas y perros de caza les seguían los talones. Ivy apretó los labios. «Y ellos son...».

—Oh, supongo que nunca conociste al vizconde y a su hijo —la ama de llaves negó con la cabeza y se rió entre dientes—. El hombre que está delante es de quien tu marido heredó el título, y su padre está justo detrás de él.

—Ah, ya veo.

«Las dos casas mantuvieron una estrecha relación durante muchos años y muchos daban por hecho que el vizconde se casaría con la señora de esta casa antes de que... bueno... sucedieran ciertas cosas».

—Me dijeron que la familia se mudó a España.

—Así es. —La sonrisa de la mujer se desvaneció—.

—Tras la muerte de su hija —añadió Ivy.

—Así es —la mujer se retorció las manos e Ivy se preguntó cuánto sabía la ama de llaves. ¿También creía que su marido era responsable de la muerte de Mary?

—Me han dicho que podría haber un retrato de la hija.

—Así es —la expresión de la ama de llaves se iluminó—. Una joven encantadora. Es una pena que ella... —Hizo un gesto con la mano—. En fin, está justo aquí.

El corazón de Ivy dio un vuelco cuando se detuvo frente al retrato. No estaba segura de qué esperaba —quizás la mujer más

hermosa del mundo—, pero la pintura la sorprendió.

—¡Oh!

«¿No es precioso?».

«Sí», asintió Ivy.

Pintada con un estilo suave que Ivy rara vez veía en los retratos, la joven de cabello castaño sonreía abiertamente al retratista. Ivy debería haber sabido que no debía esperar algo rígido y formal del retratista francés.

Ivy recorrió con la mirada el cuadro, fijándose en las mejillas sonrosadas, los ojos suaves y las elegantes sedas verdes. Mary era encantadora, aunque no la gran belleza que Ivy podría haber esperado. En lugar de sentir envidia, solo podía sentir tristeza por esta joven feliz que, al parecer, también había visto a su marido tal y como era: un hombre bueno y maravilloso.

—Pintado por Madame Le Brun —dijo la ama de llaves con orgullo—. Estuvo en Inglaterra brevemente en 1803 y la familia tuvo la suerte de encargarle un retrato antes de que regresara a Francia.

«Debió de pintarlo poco antes de su desaparición», reflexionó Ivy en voz alta. «¿Sabe qué le pasó a Mary?».

«Oh, no». La mujer negó enérgicamente con la cabeza. «Todo eso fue antes de que yo llegara aquí. Trabajé en York hasta el año pasado». Volvió a negar con la cabeza. «Sé muy poco».

O tal vez la mujer no quería hablar del hecho de que su marido había sido acusado de asesinar a alguien. Era muy difícil saberlo, ya que nadie quería hablar del tema, incluido Cillian. Se había obligado a actuar con cautela con él. Le había costado mucho revelar lo que había sucedido hacía tantos años y no quería que volviera a cerrarse en banda.

Aun así, sabía más que antes. Sabía cómo era la mujer, dónde había vivido y dónde había estado en 1803. Al menos era algo y, con un poco de suerte, la pondría en el camino para demostrar la inocencia de su marido.

***

Si Ivy no regresaba en los próximos quince minutos, Cillian juró que ensillaría su caballo y cabalgaría hasta Bath para buscarla.

Caminó de un lado a otro por la sala de estar que ella solía ocupar y luego se detuvo junto a la ventana. Nunca debería haberla dejado ir, no con Marshall todavía ahí fuera.

Pero ¿qué diablos podía hacer? ¿Mantenerla encerrada lejos de su hermana? Eso no le parecía justo.

Tenía a tres hombres con ella. Estaría a salvo.

El perro que tenía en brazos se retorció y Cillian lo dejó en el suelo. —No hagas tus necesidades en la alfombra —le advirtió al perro salchicha, que lo ignoró y se dedicó a olfatear la parte inferior de las cortinas y enredarse en ellas.

—Tu nuevo dueño llegará pronto —le dijo al perro mientras se agachaba para rescatarlo de entre las gruesas telas—. Muy pronto, con un poco de suerte.

Cillian se levantó y apoyó las palmas de las manos en el alféizar de la ventana para ver si podía verla venir por la carretera.

Nada.

Se apartó de la ventana y dio una vuelta por la habitación, incapaz de evitar sonreír cuando vio una manta a medio tejer colgada del brazo de una silla. Era enorme, pero sabía que estaba a medio tejer porque Ivy había estado tejiendo en ese mismo asiento cuando él había entrado e e desde la granja la noche anterior. Ella estaba tan calentita y olía tan bien, con una cantidad infinita de lana esparcida sobre su regazo, que le dieron ganas de cogerla en brazos y abrazarla con fuerza.

Y eso fue lo que hizo.

Debería haberla abrazado más fuerte y durante más tiempo. ¿Y si no volvía?

Cillian se giró al oír un traqueteo fuera. ¿Las ruedas de un carruaje? Se acercó a la ventana y exhaló un largo y lento suspiro al ver el brillante vehículo negro.

—Vamos, cachorro. —Cogió al perro y lo colocó bajo el brazo —. Es hora de conocer a tu nuevo dueño.

Salió y esperó en los escalones a que se detuviera el carruaje. Ivy salió y su sonrisa se convirtió rápidamente en confusión cuando vio el bulto de pelo bajo el brazo de Cillian.

—¿Qué es...? —Se detuvo a unos pasos—. ¿Es un perro?

Cillian no pudo evitar sonreír. «Así es. El granjero de Carpenter's Lane tuvo una camada y este era el único que quedaba. Al parecer, no sirve para cazar, pero es fuerte».

Ivy levantó ambas manos. «Es precioso», susurró. «Pero no me dejan tener un perro. Nunca».

Él frunció el ceño. —¿No te dejan tener un perro? Pero, Ivy, te encantan los perros.

—Sí, pero después del desastre de robar el perro del príncipe regente, a los Musgrave no se les permiten perros. —Inclinó la cabeza y miró al perro que se retorcía en los brazos de Cillian—. Es tan adorable.

—Lo es. Y tú no eres una Musgrave.

—¿Perdón?

Cillian acortó la distancia entre ellos. —¿Tengo que recordarte que ahora eres mi esposa y llevas mi apellido? Ya no eres una Musgrave, Ivy, y por lo tanto creo que no hay ninguna razón por la que no puedas tener un perro. —Le ofreció el cachorro negro y marrón que se retorcía.

—Oh. —Ivy se llevó las manos a las mejillas—. Oh, es tan adorable.

—Y es todo tuyo.

Ivy lo cogió con cautela y se rió cuando el perro le lamió la mejilla. —No debería hacerlo.

—Él necesita un hogar. Y tú necesitas un perro.

—Bueno, si necesita un hogar...

—Lo necesita. Cillian intentó no sonreír ante lo fácil que era persuadir a su esposa.

«¿Cómo lo llamaremos?». Ella hundió la nariz en el costado de la cara del cachorro y Cillian tuvo que luchar para no tomar a su esposa en sus brazos y llevarla arriba para hacerle el amor todo el día.

—Deberías ponerle tú el nombre. Al fin y al cabo, es tuyo.

«Creo que Charlie. Se parece un poco a los reyes de antaño».

—¿Le enseñamos a Charlie su nuevo hogar? —sugirió él—. Le he pedido a uno de los mozos de cuadra que busque algo adecuado

para llevarlo y estoy seguro de que tienes suficientes mantas para hacerle una cama.

—Sí, vamos. —Ivy hizo una pausa—. No puedo creer que me hayas regalado un perro.

«Te daría el mundo entero si pudiera, cariño». Las palabras se le escaparon antes de que pudiera recordarlas. No debería decir cosas así, no debería mostrarse tan vulnerable. Pero con Ivy no podía resistirse, sobre todo cuando ella lo miraba de esa manera.

El cochero se acercó, impidiendo que Cillian dijera algo más ridículo, lo cual probablemente fuera mejor. Le entregó un guante a Ivy. —Se le han quedado estos en el carruaje, señora. —Inclinó la cabeza ante Cillian—. ¿Envío a un chico a buscar los caballos?

Cillian miró alternativamente al cochero y a su esposa. Ivy se mesó un rizo y lo enrolló en su dedo mientras evitaba su mirada. La conocía lo suficiente como para saber que estaba ocultando algo.

—Sí, por favor —le dijo al cochero antes de mirar a Ivy directamente—. ¿Quieres decirme dónde estabas realmente? Porque Bath no necesita un cambio de caballos, ni esperaría que una visita así te llevara la mayor parte del día, incluso si estabas con tu hermana.

Ella tragó saliva. Enrolló el rizo más rápido.

—¿Ivy?

—Gravesend —dijo finalmente con prisas—. Fui a Gravesend.

La puñalada en el corazón fue peor que el corte de espada en el ojo, estaba seguro. Ella había estado vigilándolo.

Y eso significaba, sin duda, que no le creía.

Capítulo veinte

La fría mirada de Cillian hizo que Ivy sintiera un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Por qué fuiste allí? —preguntó él con tono severo.

Ella enderezó los hombros. No había hecho nada malo y no iba a sentirse mal por enfrentarse al pasado de su marido cuando él no lo hacía.

—Ya sabes por qué.

Él apretó la mandíbula mientras la miraba.

Mientras la tensión aumentaba en la habitación y ella sostenía su mirada, el cachorro le rodeó las piernas, saltó al sofá y se acurrucó en una bola. Era la cosa más dulce del mundo y Cillian era el hombre más dulce por pensar en ella y darle lo único que siempre había deseado.

Pero no había nada dulce en la forma en que la miraba en ese momento. Ella lo había enfurecido de verdad.

No has hecho nada malo, se recordó a sí misma.

Demasiadas veces había rehuido los conflictos. Había huido, se había escondido o había escondido la nariz detrás de una manta de punto. Si huía ahora, ¿qué pasaría? Estaría admitiendo algún tipo de culpa y, aunque se sentía mal por mentirle a Cillian, todo parecía necesario. Si querían evitar que el viejo amigo de Cillian se acercara a ellos de nuevo, tenía que demostrar que Cillian no había matado a Mary.

Y que lo había hecho el Sr. Marshall.

—No deberías haber ido allí —murmuró finalmente.

—Tenía que hacerlo.

—¿Tenías que hacerlo?

—Necesitaba ver...

Le señaló con el dedo. «Ni lo digas».

—El retrato de Mary.

—¿Qué retrato de María?

«Estaba escondido cuando la familia se marchó, pero yo lo encontré».

Él emitió un sonido de disgusto en la garganta. «Sin duda querías ver a la mujer que mató tu marido».

«¡No!». Ella se adelantó y le puso una mano en el antebrazo. «No. En absoluto».

«¿Qué creías que podrías conseguir al ver algo así, Ivy?».

«Aún no estoy segura, pero creo que si investigo, podré averiguar...».

—Si la maté o no.

Respirando con exasperación, Ivy se puso las manos en las caderas. —¿Me escucharás dos minutos, Cillian?

Él arqueó las cejas y ella observó cómo se le subía y bajaba el pecho al respirar profundamente. Sus pies se crisparon con la necesidad de coger al perro y salir corriendo. Le temblaban las manos, que tenía apoyadas en las caderas, y el pulso le latía con tanta fuerza que lo sentía en la garganta. Nunca antes había sido tan atrevida. Nunca antes había defendido sus ideas.

Quizás antes no habría valido la pena. Quizás decirles a las Ava Worth del mundo que eran brujas, rencorosas y tontas sin cerebro no habría ayudado en nada. Pero esta era una pelea de la que no iba a rehuir.

Su matrimonio dependía de ello. Su futuro dependía de ello.

—Estoy *tratando* de demostrar tu inocencia.

Él sonrió con sarcasmo. —Por supuesto.

—Mis hermanas y yo hemos investigado cosas en el pasado. No por elección propia, exactamente —admitió—, pero mis primos... tienen una sociedad de investigación y... —Hizo una pausa—. No lo estoy explicando bien.

—¿Una sociedad de investigación?

«La crearon mujeres para mujeres...». Exhaló un suspiro, sintiendo cómo se le enrojecían las mejillas y viendo cómo crecía su incredulidad. «A veces las mujeres necesitan ayuda y no se les cree, y mis primas se encargaron de ayudar a esas mujeres».

«Me apresuro a señalar que no soy una mujer».

«Solo intento decirte que tengo un poco de experiencia...».

Él sonrió con aire burlón. —¿Así que crees que puedes hacer lo que nadie más ha conseguido ni siquiera ha querido demostrar?

Que tu nuevo marido es completamente inocente.

—¡Sí!

—Y no crees ni por un momento que yo pueda ser el responsable. —Sacudió la cabeza con una sonrisa irónica—. Sin duda, cuanto más investigues, más gente encontrarás que cree que Mary murió a manos mías.

«No importa lo que piense la gente».

«¿Entonces no estás convencido en absoluto de que pudiera haber sido yo?».

—Me dijiste que no la mataste, y yo te creo, Cillian. ¿Por qué es tan difícil de creer?

—Deberías haber dejado esto en paz —espetó él—. No deberías estar haciendo nada de esto. Podrías haberme creído sin más.

Ivy resistió el deseo de maldecir en voz alta. Era como hablar con una pared. Durante tantos años, la gente había pensado lo peor de él, y él no podía, ni por un segundo, creer que ella pudiera pensar de otra manera. Estaba claro que no se entendían tanto como ella había esperado.

—¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras todos te acusan de algo que no has hecho? ¿Esperar a ver si ese hombre intenta hacer daño a más animales míos? ¿O algo peor?

—No dejaré que te pase nada —dijo él, enderezando la postura—. Ni a los animales.

—Solo porque tú estés contento fingiendo que el pasado no existe, no significa que yo también lo esté.

—¡Es mi pasado, Ivy! —espetó—. El mío. No el tuyo. Se ajustó el parche del ojo, luego maldijo y se lo arrancó, lanzándolo al otro lado de la habitación.

Ivy se estremeció al ver las marcas que el parche había dejado en su rostro.

Su expresión se endureció. Ella se maldijo por revelar su incomodidad. Sin duda, él pensó que tenía que ver con sus cicatrices y no con lo mucho que ella deseaba que él no sintiera la necesidad de cubrirlas. El parche en el ojo parecía muy incómodo.

—No puedes entrar aquí y fingir que lo sabes todo —dijo en voz baja—. No creas que me conoces.

—Sé que no eres un asesino.

—Tu comportamiento dice lo contrario. Cillian se pasó la mano por el pelo y suspiró. —No importa. De todos modos, no habrá más investigaciones. He hecho los arreglos necesarios.

***

Había *hecho* los arreglos necesarios era mentira. Cillian había estado pensando en los arreglos desde que lanzaron el ladrillo por la ventana. Marshall se estaba acercando, se estaba volviendo más atrevido y más peligroso, y si Ivy no dejaba de hacer tonterías, acabaría herida, de eso Cillian no tenía ninguna duda.

Con el ceño fruncido, Ivy lo miró. Él deseaba que ella no fuera tan hermosa, tan tentadora. Lo único que quería era cogerla en brazos y llevarla arriba. Pero ¿cómo iba a mantenerla a salvo si se dejaba llevar por una simple mirada?

—¿Qué significa eso? ¿Has hecho arreglos?

«Iréis con vuestros padres», dijo con toda la frialdad que pudo. «Tan pronto como sea posible».

—¿Y has hablado con mi padre sobre esto?

—Sí —mintió de nuevo.

Enviaría un mensajero especial esa misma tarde. Sería fácil de organizar y dudaba que el conde tuviera alguna objeción a que su hija regresara a casa por un tiempo.

—¿Así que lo has organizado todo sin decirme ni una palabra? —Unas manchas rojas le salpicaban las mejillas.

Cillian frunció el ceño. Había visto a su esposa sonrojarse en muchas ocasiones. Parecía ser algo que hacía con regularidad y, la mayoría de las veces, a él le encantaba, sobre todo cuando sus mejillas se sonrojaban tras sus besos.

Sin embargo, nunca había sido testigo de ese color ardiente que la hacía parecer como si fuera a estallar como un barril de pólvora demasiado cerca de una llama abierta.

Había enfurecido a Ivy. No sabía que eso fuera posible. Y, francamente, si no estuviera tan preocupado por ella, tan frustrado por su atrevido comportamiento con Marshall, lo admiraría.

—Puedes irte mañana —dijo—. Dile a Muriel que empaque tus pertenencias.

—¿Así que simplemente me estás echando?

—¿No es eso lo que he dicho?

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta principal. No podía seguir mirándola mucho más tiempo o su determinación podría desmoronarse. *Por supuesto* que no deseaba echarla, *por supuesto* que quería tenerla a su lado cada hora del día. Pero incluso si lo hiciera, incluso si tuviera los recursos para hacerlo, no había garantía de que Marshall no volviera a llegar a ella.

La opción más segura en ese momento era enviarla lejos mientras él mismo buscaba a Marshall. Si ya no estaba en el club de caballeros, tenía que estar en algún otro lugar.

Cuanto más lejos estuviera Ivy de toda esta situación, mejor, y él podía prescindir de que ella metiera las narices donde no le incumbía. Solo empeoraría las cosas.

Ivy se apresuró a seguirlo, corriendo para ponerse delante de él, con el perro pisándole los talones. —¿Por qué me alejas? ¿Por qué, después de todo lo que hemos pasado... después de lo que hemos...? —Su garganta se hinchó y su voz se volvió ronca—. Creía que te importaba.

Le importaba. Demasiado. Necesitaba que se fuera y se alejara de su mente, para no tener que preocuparse más por ella. Incluso si eso significaba pasar por una separación agonizante y que ella posiblemente nunca regresara. Mientras ella estuviera a salvo, eso era lo único que importaba.

«Marshall intentó secuestrarte».

«Yo no diría que fue exactamente *un secuestro*».

«No sé qué medidas está dispuesto a tomar para vengarse».

«Cillian, ¿cómo puedes querer echarme? Eso no resolverá nada».

«Te mantendrá a salvo», espetó él.

Ella levantó y bajó el pecho y se puso las manos en las caderas. «Este es mi hogar. No quiero irme».

«Tu hogar está con tu padre. Con tu familia. Este no es un hogar para ninguno de los dos».

«Creía que lo estábamos convirtiendo en un hogar. Creía...».

—Te equivocaste.

Sus ojos se encendieron y Cillian sintió un nudo en el estómago.

Ella lo miró fijamente durante unos instantes y él miró hacia la puerta abierta. «¿Hay un amante?».

Casi se atraganta con su siguiente respiración. «¿Amante?».

«¿Es por eso por lo que quieres echarme? ¿Por eso estás fuera todo el día, incluso a veces por la noche?». Sus ojos brillaban. «Debería haberlo sabido...».

«Trabajo mucho, Ivy, por si no te habías dado cuenta».

—Me he dado cuenta. Por supuesto que me he dado cuenta. Pero ahora quieres echarme y...

—Y nada. No hay ninguna amante. —Se rió secamente—. ¿Acaso crees que tengo mujeres en cada ciudad? ¿Una mujer que me espera en alguna cabaña secreta en algún lugar? —Sacudió la cabeza—. ¿Quién podría amar un rostro como este?

Pasaron unos instantes y sus miradas se cruzaron. El único sonido era el golpeteo de las garras del cachorro, que trepaba por sus botas, y los latidos de su corazón, que retumbaban como los pasos de miles de soldados.

—Tienes razón —dijo ella finalmente, cogiendo al perro en brazos—. Aunque creo que tiene menos que ver con tu rostro y más con tu comportamiento. —Se giró sobre sus talones y le lanzó una mirada por encima del hombro—. «Arreglos», se burló. *«No* voy a ir a ninguna parte».

Se pasó la mano por la cara. Era típico de él casarse con una mujer que parecía hecha de rosas y esculturas de azúcar, pero que tenía una lengua de fuego y una voluntad que ningún hombre podía quebrantar.

Aun así, tenía suficiente determinación para los dos. Ella se iría. Y estaría a salvo. Eso era lo único que importaba.

Capítulo veintiuno

—Perdóneme, señora. —La ama de llaves dejó la pluma suspendida sobre el papel e Ivy se estremeció cuando una pequeña gota de tinta cayó sobre el menú cuidadosamente escrito—. Pero Su Señoría me informó de que se quedaría con su familia durante algún tiempo.

—Su Señoría se equivoca.

En contraste con el interior de la habitación de la ama de llaves, la señora Baxter ofrecía un extraño contraste con las delicadas paredes empapeladas y el suave sillón cubierto de encaje. Por lo que Ivy sabía, la habitación había sido diseñada íntegramente por la mujer y, incluso después de todo este tiempo, todavía le sorprendía que alguien con un rostro tan adusto quisiera pajaritos en las paredes, encajes y flores recién cortadas. La ama de llaves incluso había permitido que el perro salchicha se acurrucara en su sillón, para gran sorpresa de Ivy.

La señora Baxter frunció el ceño. —¿Entonces no se va?

—No. De hecho, mi hermana Lilly vendrá a quedarse la semana que viene, así que debemos asegurarnos de estar preparados para una boca más que alimentar. Ivy se preparó para algún tipo de discusión con la ama de llaves. La mujer no respetaba a Cillian más de lo que le gustaba Ivy, pero ¿cedería a las exigencias de Cillian?

La señora Baxter la miró durante unos instantes, luego asintió bruscamente y tomó una nota rápida. *«Es* agradable volver a tener invitados», murmuró tan bajito que Ivy pensó que había oído mal.

¿Podría ser que la ama de llaves no estuviera tan descontenta con la situación como todos pensaban?

«¿Qué día podemos esperar a su hermana?».

—Creo que el martes, pero tendré que confirmarlo con ella. Se lo haré saber cuando se acerque la fecha. —Frunció los labios—. Esperaba invitar también a mi tía, pero parece que nos veremos en la ciudad.

Eso si Cillian no la obligaba a marcharse de allí o la obligaba a llevar consigo a todo un séquito de guardias. Algo en el comportamiento de su tía durante su visita allí la molestaba, o tal vez fuera incluso anterior a eso. La tía Sarah siempre había sido abierta y cariñosa, pero parecía algo reservada, incluso cuando hablaban del matrimonio de Ivy con Cillian. Tenía la horrible sospecha de que su tía sabía más de lo que decía sobre el asunto de Mary.

Con un poco de suerte, después de interrogar a su tía, ella y Lilly podrían poner sus cabezas a trabajar y decidir cuál sería el siguiente paso para demostrar la inocencia de Cillian. Aunque ya habían investigado dos casos anteriormente, Clementine y Violet habían hecho la mayor parte del trabajo, y ahora que había visto el retrato e interrogado a la ama de llaves en Gravesend, no estaba segura de qué hacer a continuación.

Con un poco de suerte, sus primos tendrían más información, ya que tenían mucha más experiencia en investigar cosas y era mucho más fácil obtener información en Londres, especialmente teniendo en cuenta las conexiones de sus primos con el Parlamento y los registros que allí conservaban.

La ama de llaves se detuvo a mitad de anotar algo. «Perdóneme si hablo fuera de lugar...».

Ivy se contuvo para no señalar que la ama de llaves solía hablar fuera de lugar y le sorprendió que la tentación de decírselo le quemara en la lengua. Realmente se estaba volviendo más atrevida. Plantarle cara a Cillian había desencadenado una extraña reacción en ella.

—¿Pero no teme por su seguridad, mi señora? ¿Con ese ladrillo y la nota? —Se inclinó hacia ella—. Y el intento de secuestro. Muriel nos lo contó todo.

—No estoy segura de que fuera un intento de secuestro. Y Ivy tendría que hablar seriamente con Muriel por contarlo todo y preocupar a todo el mundo. —Pero no tengo miedo, no.

—No me gusta.

«No hay mucho que me guste de esta situación, señora Baxter. Sin embargo, no tiene sentido que me vaya. Ese hombre

intentó hacer daño a mis animales y no voy a darle otra oportunidad para que lo vuelva a intentar».

Un ligero destello apareció en los ojos de la ama de llaves, aunque Ivy no estaba segura de qué era, ya que solo había visto a la mujer con expresión agria o de desaprobación.

Abrió la boca, la cerró, apretó los labios y volvió a abrirla. —Quizá esté hablando más de la cuenta, señora, pero no ignoro lo que se dice sobre Su Señoría.

—Soy consciente de ello, sí.

—Y lo he observado de cerca desde que llegó aquí y, aunque temía que tuviéramos que lidiar con un hombre que no tenía ni idea de cómo administrar una finca, ha hecho un buen trabajo.

Ivy podría haber dicho que estaba haciendo más que un buen trabajo, pero para la señora Baxter esas eran palabras muy amables. No respondió, curiosa por saber adónde quería llegar.

«No creo que esos rumores sean más que falsedades», concluyó la mujer con firmeza.

—No podría estar más de acuerdo, señora Baxter.

«Bueno, entonces...».

La puerta de la habitación de la ama de llaves se abrió de golpe y Muriel se detuvo, con la mano en el pomo. Charlie saltó del sillón y ladró a los tobillos de Muriel hasta que Ivy se levantó de un salto y agarró al perro, que se retorcía.

—Él está... —Muriel contuvo el aliento—. Está guardando sus pertenencias, señora.

La ama de llaves se puso de pie, con expresión furiosa. —Muriel, no puedes simplemente...

—¿Quién está guardando mis pertenencias? —preguntó Ivy.

—El vizconde, señora —respondió Muriel—. Tiene a los lacayos en su dormitorio en este mismo momento y dicen que ha enviado a buscar a su padre para que la lleve a casa.

—Esta *es* mi casa.

—Así es —dijo la señora Baxter en voz baja.

Muriel miró a la ama de llaves y luego negó con la cabeza. —Debemos detenerlos.

Ivy asintió. —No me obligarán a irme de aquí. Hice votos a mi marido y, aunque él sea demasiado terco para cumplirlos, yo no me asustaré tan fácilmente.

—No dejaremos que te eche —dijo Muriel.

—No —dijo la señora Baxter cruzando los brazos—. No, no lo haremos.

***

Al parecer, toda la familia de Cillian estaba en rebelión. O al menos, la parte femenina. Shah le había mirado de forma extraña cuando le dijo al mayordomo que quería que empaquetaran las pertenencias de su esposa y que enviaran una carta por mensajero especial al padre de Ivy. Cillian no estaba seguro de si esa carta llegaría a la casa del conde.

Se pasó la mano por el pelo y se detuvo frente a la oficina de Shah cuando oyó una voz femenina. Si no se equivocaba, era la doncella de Ivy, y a la mujer no le caía muy bien después de que se enfrentara a él junto a Ivy y le impidiera que le empaquetaran la ropa.

No importaba. La echaría de todos modos. Podría enviar su ropa después de que se hubiera ido. La devolvería a la casa de los Musgrave de alguna manera. Cualquier cosa con tal de mantenerla a salvo del peligro.

—Es un buen hombre, Muriel —oyó decir a Shah mientras ponía la mano en la puerta. Cillian se quedó quieto.

—Si es tan buen hombre, ¿por qué insiste en enviar a Su Señoría lejos?

—Teme por su seguridad —suspiró Shah—. Demonios, si fueras tú quien estuviera en peligro, yo sentiría lo mismo.

Cillian frunció el ceño. No sabía que Shah y Muriel fueran amigos íntimos.

—Bueno, si me preguntas, es un terco...

Cillian abrió la puerta de un empujón y las mejillas de la criada se volvieron cenicientas en un instante. —¡Mi señor! —balbuceó.

—No sabía que lo esperaba. Shah no mostró ningún signo de vergüenza por haber sido sorprendido hablando de Cillian, aunque

supuso que al menos el hombre había intentado defenderlo, aunque de forma bastante patética en opinión de Cillian.

—No le estás haciendo ningún favor a tu señora al ayudarla —le dijo a Muriel, señalándola con el dedo—. Ella no está segura aquí.

—Ella prefiere estar a su lado —replicó Muriel, y añadió rápidamente «mi señor».

—Tuviste que sacar al hombre del carruaje a la fuerza, Muriel. Seguro que no deseas volver a hacer algo así, ¿verdad?

Shah se encogió de hombros. —En eso tiene razón. Podría haber sido mucho peor.

—Sin embargo, los dos lo despachamos con facilidad. —La criada resopló y levantó la barbilla—. Somos perfectamente capaces de defendernos.

Excepto que Cillian temía que la situación solo fuera a empeorar. El comportamiento de Marshall se intensificaba día a día. Si estaba dispuesto a intentar secuestrar a Ivy, ¿qué sería lo siguiente?

«Malditas mujeres testarudas», murmuró Cillian.

—No puedo estar en desacuerdo, mi señor —dijo Shah.

Muriel le dio un ligero golpecito en el brazo y le lanzó una mirada molesta. —Si lady Hartford no desea marcharse, solo puedo apoyarla. Al fin y al cabo, ¿acaso debemos permitir que los hombres nos dicten cada uno de nuestros movimientos?

—Soy su amo —le recordó Cillian.

—Pero no lo eres de lady Hartford —replicó ella—, lo diga la ley o no, y no creo, mi señor, que usted desee que sea de otra manera.

Él soltó un silbido entre dientes. Era típico de él contratar a una mujer tan obstinada como su esposa y tan franca como Shah. ¿No podía tener gente obediente que estuviera de acuerdo con todo lo que él decía, aunque solo fuera por un momento?

—¿Dónde está ella?

—Reuniéndose con su tía en la ciudad. ¿No lo dijo? —Muriel puso una expresión inocente.

—Muriel... —gruñó él.

—¡Lo ha dicho, lo juro! —La criada se llevó una mano al corazón—. Y ha ido en el carruaje cerrado, así que estará completamente a salvo.

—Tengo una reunión en la ciudad dentro de poco —les dijo a ambas—. ¿Dónde iba a reunirse con su tía?

Tenía pocas esperanzas de que su reunión con los inversores fuera mejor esta vez que la anterior, pero tenía que intentarlo. Como si no tuviera ya bastante con el asunto de Marshall. Quizá intentaría pasar por allí para asegurarse de que estaba bien. Era realmente absurdo tener que espiar a su esposa para garantizar su seguridad, pero ella no le dirigía la palabra después de que él intentara empaquetar sus pertenencias y enviárselas a su padre.

Muriel se encogió de hombros. —Una tetería, creo. Probablemente Bramley's. Es la mejor de la ciudad.

—No entiendo por qué no se va a casa de su padre —murmuró Cillian.

Muriel miró a Shah y una sonrisa se dibujó en sus labios. «Porque te quiere, por supuesto».

El corazón de Cillian se detuvo con un estremecimiento. Incluso Shah se quedó paralizado. La criada se limitó a mirarlo con expresión de satisfacción.

—¿Por qué insistes tanto en enviarla lejos? —preguntó la criada.

—Porque es peligroso, porque...

—Porque no puedes soportar la idea de perderla —la sonrisa de Muriel se hizo más audaz por momentos—. Porque morirías antes de permitir que le pasara algo.

—Sí. Es mi esposa...

—Porque la amas, mi señor.

Lanzó una mirada a su mayordomo, quien se encogió ligeramente de hombros y articuló con los labios algo así como «tiene razón».

Dando un paso atrás, Cillian resistió el deseo de maldecir. Había esperado algunas cosas de este matrimonio, principalmente una relación productiva y útil. No había previsto la amistad ni el e e de alguien tan amable y generoso como Ivy. Alguien que no lo

mirara como si fuera el diablo encarnado. Alguien que hiciera arder el deseo en él con una simple mirada por encima del hombro.

Desde luego, no había previsto el amor.

Pero ahí estaba, aparentemente. Amaba a Ivy.

Con un poco de suerte, ella también lo amaba a él. Eso solo significaba que tenía mucho que perder. De alguna manera, tenía que impedir que Marshall los acosara y garantizar su seguridad, porque Muriel tenía razón en todo eso: moriría antes de permitir que le pasara algo.

Capítulo veintidós

Ivy aminoró el paso cuando vio a la tía Sarah sentada en la tetería con William Cameron, el suegro de Violet. La tía Sarah había pasado algún tiempo al lado de la cama del hombre cuando estaba convaleciente, pero no sabía que estuvieran pasando tiempo juntos fuera de los eventos familiares.

William se inclinó y le dio un beso en la mano a su tía antes de marcharse, e Ivy parpadeó.

Quizás eran más que amigos.

Por lo que Ivy sabía, la tía Sarah nunca había vuelto a fijarse en nadie después de la muerte de su marido, hasta que conoció al señor Wilde, que residía en Londres. Por razones desconocidas, la tía Sarah rechazó la oportunidad de ser feliz con ese hombre. Pero tal vez pudiera encontrar la felicidad con el señor Cameron. Parecía un buen hombre y había criado a Duke durante algunos años tras la muerte de su esposa, que era un marido maravilloso para Violet.

Ivy sonrió para sí misma y esperó a que hubiera un hueco en el tráfico para cruzar. Nadie merecía más el amor que la tía Sarah. Dedicaba su tiempo generosamente a todas sus sobrinas, yendo y viniendo entre Londres y Bath, y aunque sus consejos, algo dispersos, no siempre ayudaban, siempre estaba dispuesta a dar un cálido abrazo y una rápida risa.

Al cruzar la concurrida calle, Ivy vio a su tía y la saludó con la mano. No estaba segura, pero habría jurado que un ligero rubor se había apoderado brevemente de las mejillas de su tía. Para cuando Ivy se sentó frente a su tía en la pequeña mesa redonda junto a las ventanas de la tetería, el color había desaparecido, e Ivy se preguntó si lo había imaginado.

«¡Llegas temprano!», dijo su tía, y ahora Ivy estaba convencida de que la había visto sonrojarse.

—Tú también —dijo Ivy señalando hacia la calle—. ¿Era el señor Cameron a quien he visto?

—Oh, no, no lo creo.

Ivy miró a su tía Sarah mientras traían una tetera y una selección de delicados pasteles.

—He pedido para las dos. Espero que no te importe.

Ivy miró los pasteles. Las pequeñas porciones no afectarían mucho a sus caderas, caderas que Cillian parecía haber disfrutado mucho hacía poco tiempo. Contuvo un suspiro. Quería que él la tocara de nuevo, que la hiciera sentir deseosa de nuevo. Pero no cuando él se comportaba así. Si este « » continuaba, acabarían como uno de esos horribles matrimonios de la *alta sociedad* en los que eran prácticamente desconocidos.

O peor aún.

En los que se odiaban mutuamente.

Ivy sintió un nudo en el pecho. No podía imaginar odiarlo, pero, en ese momento, estaba furiosa. Sin embargo, no podía hablar por él. Si estaba dispuesto a enviarla lejos como si fuera un bulto que se guarda en una diligencia, tal vez realmente la odiaba.

Cogió una delicada magdalena, se la llevó a la boca, cerró los ojos brevemente y gimió.

—No me digas que has vuelto a evitar los pasteles.

Abrió los ojos. —En absoluto.

—¿Y estás comiendo bien?

—Tan bien como puedo, sí.

Dado que su marido no le hablaba y seguía intentando echarla, comer no era precisamente lo que más le preocupaba. Sin embargo, no se estaba matando de hambre. Hacía muchos años que no hacía algo así. En aquellos días le parecía bastante inútil. Había cosas mucho peores en el mundo que tener los muslos un poco gruesos.

Ivy sirvió té para las dos y añadió dos terrones de azúcar, desafiando a todos aquellos que creían poder criticar sus hábitos alimenticios. —*Era* el señor Cameron, ¿verdad?

La tía Sarah se movió en su asiento y, con aire teatral, sacudió la servilleta y se la colocó sobre el regazo. «No tengo ni idea de lo que estás hablando, querida».

Por alguna razón, su tía, que solía ser muy franca, quería guardar un secreto. Ivy se lo permitiría. Por ahora. Necesitaba a la

tía Sarah.

—¿Cómo estás disfrutando de toda esta libertad como mujer casada? —preguntó la tía Sarah—. ¿No es maravilloso no tener que ir acompañada a todas partes?

Si no se contaba el séquito de un cochero y dos lacayos, e incluso a Muriel en ocasiones, entonces sí, disfrutaba de las libertades de estar casada. Las disfrutaría mucho más cuando Cillian dejara de insistir en que ni siquiera podía pasear sola por el jardín.

Pero no iba a contarle a su tía sus problemas y preocuparla innecesariamente. Desde que Harry Marshall se había subido a su carruaje, no había pasado nada más. Imaginaba que el hombre esperaba arruinar su matrimonio y tal vez consideraba que había cumplido su misión.

Se estremeció al imaginarlo observándolos, deleitándose con el abismo que se había creado entre ellos. Habían estado tan cerca de algo maravilloso, de algo que se parecía mucho al amor.

Por supuesto, ni siquiera podía culpar al señor Marshall por la distancia entre ellos.

Eso era culpa suya.

Y Cillian.

Si aquel hombre insensato no creía que sus motivos eran puros, ¿qué podía hacer ella?

—Tía Sarah —Ivy se inclinó hacia ella—. Quería verte porque tenía que preguntarte... ¿por qué no me contaste los rumores sobre Cillian?

—¿Rumores? —Miró su regazo y volvió a alisar la servilleta—. ¿Qué rumores, querida?

—Cuando me pidió matrimonio, me pareció que había algo extraño en tu comportamiento.

—Siempre soy extraña, querida. ¿No te has dado cuenta? Es algo que me caracteriza.

—¿Sabías lo suyo con Mary, la señora que murió? —Ivy miró fijamente a su tía.

«Fue hace muchos años y solo oí rumores vagos. En aquel momento estaba de luto, así que no recuerdo mucho». La tía Sarah suspiró. «¿Me preocupaba que mi sobrina se casara con un hombre

así? Sí. Sin embargo, he visto a demasiadas personas arruinadas por simples rumores, así que investigué los antecedentes de Cillian».

Ivy abrió la boca y luego la cerró. ¿Su tía había estado investigando todo este tiempo?

«No encontraron nada inapropiado y parecía un hombre con intenciones honorables». Sonrió suavemente. «Además, querida, nunca he dudado de tu instinto. Tienes la capacidad de ver la bondad en las personas que otros podrían pasar por alto».

Sin saber muy bien si esas palabras la reconfortaban o no, Ivy dio un largo sorbo al té caliente y agradeció el calor que se extendía por su cuerpo, como si calmara la incertidumbre que le revolvió el estómago.

«Tía Sarah, ¿por qué no me dijiste nada de esto?».

—No quería que pensaran que estaba interfiriendo.

Ivy se pellizcó el puente de la nariz. —Esta debe de ser la primera vez que no te has entrometido, tía Sarah.

Los labios de su tía se crisparon. —Dios mío, ahora que estás casada tienes mucho carácter, ¿verdad?

—¿Descubriste algo? ¿Qué hay de esa tal Mary?

—Lo único que recuerdo de ella es que era una mujer enfermiza. —Se encogió de hombros, cogió un merengue del plato y lo masticó lentamente.

Ivy la miró fijamente. No podía creer que la tía Sarah supiera de esos rumores y no dijera nada. Si hubiera sabido eso antes de casarse, habría estado preparada, habría...

—Temías que yo creyera los rumores, ¿verdad?

Se llevó a la boca un par de migas blancas que tenía en el borde de los labios. —Quería que este matrimonio fuera un éxito y, aunque tú no eres el tipo de joven que juzga a una persona antes de conocerla, ¿cómo se puede esperar tener un buen matrimonio si ya se tienen ideas preconcebidas sobre el marido?

Ivy observó el delicado diseño azul y blanco que rodeaba el borde de su taza de té. La tía Sarah no se equivocaba. Puede que no estuviera preparada para creer que su marido era un asesino, pero le aterrorizaba casarse con un desconocido tal y como estaban las cosas. Imagínate si hubiera oído esos rumores antes de la boda.

«Ahora has tenido tiempo de conocer a tu marido y creo que todo va bastante bien».

Ivy miró a su tía con ira mientras esta esbozaba una expresión de satisfacción y se metía otro merengue en la boca.

—Será mejor, tía Sarah, cuando averigüe qué le pasó a Mary.

—No miento cuando digo que sé muy poco. Prefería Londres como distracción, y ella rara vez asistía a eventos sociales antes de su desaparición. Por lo que he oído, tenía náuseas constantes y había bastantes personas que creían que podría estar embarazada.

Ivy frunció el ceño. Era la primera vez que oía algo así, pero eso podría explicar su desaparición. ¿Y si había decidido que no quería el escándalo de estar embarazada y había ocurrido lo peor? Pero si Harry Marshall le había pedido la mano, no tenía sentido. Podrían haberse casado apresuradamente y haber tenido un bebé prematuro, como les ocurría a muchas mujeres.

A menos que no fuera el hijo del señor Marshall. A menos que la hubiera matado cuando descubrió que era de otro. Quizás por eso Marshall estaba tan furioso con su marido. Creía que era de Cillian, tal vez incluso culpaba a Cillian por obligarlo a tomar esa decisión.

Cillian dijo que solo eran amigos y ella le creyó. Pero eso no cambiaba lo que había hecho el Sr. Marshall ni lo que él creía. Necesitaba llegar al fondo de este asunto cuanto antes. Un hombre dispuesto a matar a una mujer embarazada era sin duda un hombre peligroso.

***

Cillian exhaló lentamente. Se enfrentó a los tres hombres, sabiendo que nada había cambiado. Podía exponer todos los hechos, pero esos inversores nunca confiarían en él.

No se trataba de su dinero, ni de las fábricas, ni de las vidas de los trabajadores. Se trataba de él.

Pero, ¿qué podía hacer? No podía cambiar la forma en que la gente lo veía, sus cicatrices y su sencilla educación.

Se pellizcó el puente de la nariz y miró a los tres hombres por turno al otro lado de la brillante mesa de caoba. No era uno de ellos y no había nada que pudiera hacer al respecto. Ellos le devolvieron la mirada, con la espalda recta, un aire de importancia que se

desprendía de sus miradas impasibles y se extendía por el contorno de sus narices y sus mentones levantados.

Él no quería ser uno de ellos.

Eran hombres que habían sido ricos desde su nacimiento. Hombres que nunca habían tenido que luchar por sobrevivir ni habían sido maltratados por su aspecto o su forma de hablar. Simplemente esperaban que el mundo se amoldara a ellos y a su fortuna. Eran hombres con esposas en casa a las que nunca veían. Hombres con amantes y cortesanas que solo los querían por su dinero.

Él no quería nada de eso.

Solo quería a Ivy.

Lentamente, Cillian se giró y se desató el parche del ojo. Lo dejó sobre la mesa antes de levantar la vista y ver el horror en los rostros de al menos dos de los hombres. Solo Sir Wicksteed logró no parecer perturbado, aunque tenía una arruga de confusión entre las cejas.

«Estos son los hechos, caballeros. Tengo tres fábricas, todas con buenos resultados. Podrían funcionar mucho mejor». Miró a cada uno de ellos por turno. «No confían en mí porque no soy uno de ustedes, porque nunca me criaron para heredar un título y una fortuna, pero lo cierto es que conozco el tipo de personas que trabajan en estas fábricas y he visitado cada una de ellas y he visto exactamente qué medidas de e o se podrían tomar para mejorarlas en todos los aspectos. Tengo una experiencia vital que ustedes no tienen, y si fueran inteligentes, la aprovecharían». Se levantó lentamente, cogió el parche del ojo y se lo guardó en el bolsillo. «Estas fábricas tendrán aún más éxito con el tiempo. Preferiría no esperar a que llegara ese momento. Preferiría hacerlo con su inversión». Cillian se encogió de hombros. «Pero recuerden mis palabras, caballeros, si no invierten, haré lo que siempre he hecho y sobreviviré. Concentraré cada respiro y cada hora en sobrevivir. No se librarán de mí y lamentarán el día en que no aprovecharon esta oportunidad, porque los hombres como yo... bueno...». Sonrió con aire burlón. «Los hombres como yo son los que hacen que hombres como ustedes amasen fortunas».

No se molestó en esperar sus reacciones ni siquiera en mirarlos. Había jugado a su juego durante demasiado tiempo, vistiéndose como un caballero y fingiendo tener aires y modales. La realidad era que él era el tipo de hombre que podía ensuciarse y trabajar durante horas y horas, algo que ninguno de ellos había hecho jamás. Con o sin ellos, prosperaría. Era lo que siempre había hecho. No importaba la mano que le hubiera tocado en la vida, él había prosperado.

Al salir del edificio a las concurridas calles de Bath, alguien lo llamó por su nombre. Se detuvo no muy lejos de su caballo para ver a Sir Wicksteed apresurándose hacia él. Cillian no se permitió una sonrisa de satisfacción. Todavía no.

—¿Lord Harcourt?

—¿En qué puedo ayudarle, sir Wicksteed?

El hombre apretó la mandíbula. Miró a Cillian durante unos instantes.

Cillian sacó su reloj de bolsillo, lo abrió y lo cerró de golpe. —Tengo que darme prisa, Wicksteed. Mi esposa me espera en casa.

Sir Wicksteed asintió. «Este es el trato, lord Harcourt... como dijimos antes, no le conocíamos ni confiábamos en usted».

—Sí, lo recuerdo.

«El hecho es que sigo sin conocerlo, y me resulta difícil poner mi dinero en manos de un hombre al que no conozco».

—Sin embargo, estoy seguro de que ha puesto su dinero en manos de muchos que sí conoce y nunca ha visto los beneficios.

Sir Wicksteed se rió entre dientes. «Me temo que ahí me ha pillado».

—¿Sir Wicksteed? —le interrumpió Cillian—. Tengo que irme.

—Los hombres que están ahí dentro —señaló el edificio que tenían detrás— no saben lo que es arriesgarse. —El anciano se encogió de hombros—. Nunca han tenido que preocuparse por tener comida en el plato o una cama cálida y cómoda.

—¿Y usted sí?

—No, en eso tiene razón —admitió el hombre—. Sin embargo, hoy ha venido aquí y ha corrido un riesgo. Ha revelado quién es, y no puedo evitar admirar su temple. No puedo evitar creer que un

hombre dispuesto a tomar tales medidas, a ponernos a todos en nuestro sitio, podría muy bien hacer exactamente lo que dijo que haría.

—Desde luego, no tengo intención de hacer otra cosa.

Sir Wicksteed se balanceó sobre los talones, con las manos detrás de la espalda. Un grupo de mujeres con sombreros de paja pasó junto a ellos, lanzando a Cillian algunas miradas horrorizadas. De alguna manera, mantuvo la postura rígida y la cabeza alta. Lo único que importaba era que Ivy no lo encontrara repulsivo.

—Estoy dispuesto a invertir —dijo Sir Wicksteed apresuradamente. Levantó una mano—. No puedo hablar por los demás, pero son como ovejas. Probablemente le seguirán y usted obtendrá toda la financiación necesaria para crear viviendas para los trabajadores y adquirir equipos más seguros.

Cillian se obligó a mantener la boca recta, resistiendo la necesidad de levantar el puño en el aire o esbozar una sonrisa triunfante.

Sir Wicksteed inclinó la cabeza y lo miró. «Creo que podríamos trabajar muy bien juntos». Le tendió la mano.

Cillian se detuvo solo un momento antes de estrechar la mano del hombre. «Me alegro de que podamos hacer negocios juntos».

«Yo también». El hombre le estrechó la mano con fuerza. «Yo también».

«Mi abogado le enviará los detalles».

Sir Wicksteed hizo un gesto con la mano. «Sí, sí, ya lo haremos. Ahora, tiene una esposa muy guapa a la que volver, ¿no?».

Cillian asintió, se despidió del hombre y montó en su caballo. Atravesar las calles abarrotadas de carros y carruajes le llevaría algún tiempo, y estaba ansioso por estar con Ivy para darle la buena noticia. Por desgracia, probablemente ella seguía enfadada con él por querer enviarla lejos y él no la había visto en la tetería o no había sido capaz de localizarla en el abarrotado edificio.

De todos modos, ya no estaba seguro de querer enviarla lejos. Seguía temiendo que Marshall tuviera algo terrible planeado,

pero la idea de separarse de ella, incluso en su estado de enfado, le revolvió las tripas.

Quizás podrían irse juntos. Hasta que estuviera seguro de que era seguro. Podrían tener una luna de miel como es debido, una en la que no fueran desconocidos. Una en la que hicieran el amor todas las noches y hablaran todos los días.

Hiciera lo que hiciera, tenía que hacer que esto funcionara porque ahora ya no podía escapar de la realidad.

Ella había creado a este hombre. Ella lo había animado a ser él mismo.

Y él amaba a Ivy más que a nada en el mundo.

Capítulo veintitrés

Había algo en ese cuadro de María que inquietaba a Ivy. Pero no conseguía entender qué era.

Se detuvo en el último escalón de piedra de la casa y miró hacia atrás. Quizás era simplemente su juventud o la dulce sonrisa que rara vez se veía en los retratos. O incluso el hecho de que María habría sido solo un poco más joven que ella cuando desapareció.

Quizás era porque nadie sabía adónde había ido y se apresuraban a culpar a Cillian en lugar de averiguar la verdad.

Bueno, no importaba cuánto tiempo le llevara, ella descubriría la verdad. Tenía que hacerlo. No podían pasar el resto de sus días escondiéndose del Sr. Marshall y Cillian no debía seguir sufriendo las acusaciones.

—No deberías haberlo mirado.

Se giró sobre sus talones al oír la frase susurrada, y el corazón se le salió del pecho cuando lo vio.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella, con las palabras casi perdidas en la ligera brisa que envolvía la casa. Miró la puerta cerrada y luego el espacio que la separaba de Harry Marshall. Finalmente, miró hacia la verja al final del largo camino, donde la esperaban su carruaje y sus lacayos. No podían verla.

—Nadie debería mirar ese cuadro —dijo él, siguiéndola mientras ella daba unos pasos hacia atrás.

—¿Cómo sabías lo que estaba haciendo?

«Llevo un tiempo observándola».

—Solo quería ver cómo era Mary.

—Era mía —espetó él, acercándose aún más.

Ivy dio unos pasos rápidos hacia atrás. Si conseguía llegar a los establos, allí habría alguien. O tal vez podría correr lo suficientemente rápido como para llamar a su cochero. Hiciera lo que hiciera, tenía que hacerlo rápido. Nunca había visto los ojos de un hombre tan salvajes.

Los botones de su chaleco estaban abrochados de forma desigual y su chaqueta estaba arrugada, como si hubiera estado

durmiendo con ella puesta. La primera vez que lo vio desde la ventana de la casa, parecía elegante e incluso guapo.

No hacía falta una chaqueta arrugada ni un pelo revuelto para que le quitara atractivo.

No, era la expresión de su mandíbula y la mirada oscura y aterradora de sus ojos lo que la hacía retroceder.

«¡Nadie debería mirar ese cuadro excepto yo!».

Ella se movió de nuevo, avanzando lentamente hacia el borde de la casa con las manos en alto. —Lo siento. No me di cuenta. No volveré a mirar —prometió.

—No —sus ojos brillaron con algo que le provocó náuseas—. No lo harás.

Ivy se dio la vuelta. Huyó. Corrió tan rápido como pudo por la grava. Sus botas crujían sobre la grava detrás de ella. Se concentró en la verja, con los barrotes de hierro abiertos de par en par, invitándola a pasar.

Un brazo la agarró por la cintura, deteniéndola tan rápido y con tanta fuerza que le pareció un puñetazo en el estómago. Ivy abrió la boca para gritar, pero una mano le tapó rápidamente la cara, y la tela de sus guantes le cortó la respiración en un instante.

Dejó de forcejear en el momento en que la mano que la sujetaba por la cintura se movió y algo duro le golpeó la espalda.

Sintió un pinchazo en la piel. ¿Era eso...?

«No te muevas o te dispararé».

Las palabras le fueron susurradas al oído, con el aliento caliente de él. Un grito se le escapó, amortiguado por el grueso guante de él. Se concentró en respirar por la nariz, aunque le costaba y el aire le llegaba demasiado rápido y escaso. Le daba vueltas la cabeza.

¿Qué quería de ella? ¿Era realmente una pistola lo que tenía en la espalda? La mirada enloquecida de sus ojos no le daba motivos para creer lo contrario.

La había estado observando. Esperando el momento oportuno. Quizás incluso siguiéndola a todas partes. Sabía por qué había venido allí.

Quizás temía que ella encontrara pruebas de lo que había hecho.

Quizás quería matarla por si acaso.

Miró hacia la puerta. Los hombres no la verían ni la oirían aunque consiguiera gritar. Quién sabía qué pretendía Marshall con ella, pero ahora solo podía concentrarse en seguir con vida.

Y volver a ver a Cillian.

Por ahora, accedería.

Al menos hasta que encontrara una forma de escapar.

—Muévete —le ordenó y la empujó con la pistola, haciéndola estremecerse.

Avanzaron lentamente, él dirigiéndola con el metal presionando con fuerza contra su espalda.

—Por allí —la empujó hacia un vagón oculto detrás de una hilera de árboles. Lentamente, le soltó la boca—. Si gritas, te dispararé.

Con las manos en alto, Ivy respiró profundamente sin obstáculos y se giró con cautela para espiar la pistola que él sostenía en la mano. Los latidos de su corazón se aceleraron y volvió a respirar profundamente mientras su visión se volvía borrosa.

«¿Qué quieres de mí?».

«Sube ahí». Señaló la parte trasera del carro con la pistola.

Mirando el arma, ella hizo lo que le pedían. Una vez en la parte trasera del carro, él le ató las muñecas y los tobillos. Ella se concentró en el cañón de la pistola. No había ningún momento de respiro, ninguna oportunidad de escapar. Él mantenía el dedo en el gatillo y ella no podía evitar preguntarse si podría dispararle accidentalmente mientras tensaba la cuerda con una mano. Sus movimientos eran inestables y el sudor le perla en los labios. Si hacía un movimiento en falso, ella creía sinceramente que le dispararía.

—No tienes por qué hacer esto —dijo ella en voz baja.

—Tu marido tiene que pagar por lo que hizo.

—Él no la mató.

—Sí. Lo hizo. —Le puso la pistola en la cara y ella no pudo evitar mirar fijamente el cañón oscuro y sombrío—. Mató a la mujer que amaba porque no podía tenerla.

¿Le dolería? ¿Sería rápido?

Tragó saliva con la garganta seca y dirigió su atención al rostro de Marshall. La desesperación que arrugaba su frente y le deformaba dolorosamente el rostro la hizo jadear.

«Tú tampoco la mataste, ¿verdad?».

—Cillian me la quitó por celos —espetó el hombre—. Y voy a hacer que lo pague.

Cillian no era responsable de la desaparición de Mary, pero ella tampoco, se dio cuenta. Lo que significaba que había sido otra persona.

Pero todos estaban tan convencidos de que Cillian le había hecho daño que nunca buscaron más allá. Sin pruebas de que ninguno de los dos estuviera involucrado, nunca se había hecho justicia por Mary.

Y quizá nunca la hubiera. No si Marshall le hacía daño a ella o a Cillian.

No podía permitir que llegara a Cillian. No mientras le quedara aliento en el cuerpo.

—Cillian no le hizo daño, lo juro. La quería tanto como tú.

—¡Y me la quitó!

—No. —Ella negó con la cabeza—. No. No fue Cillian. A Mary le pasó otra cosa y tenemos que averiguar qué fue. —Observó cómo su agarre del arma se volvía precario.

—Fue Cillian. Él la mató. Su expresión se endureció.

No había posibilidad de convencer a este hombre.

Esperó a que él aflojara el dedo del gatillo por segunda vez y entonces se abalanzó sobre él, lanzando todo su peso contra él y haciendo que ambos cayeran al suelo. El arma rodó por el suelo y ella se apresuró a cogerla.

Marshall saltó sobre ella, y su peso le dejó sin aire. Las cuerdas que le ataban las extremidades se tensaron. Se estiró hacia arriba para alcanzar el arma y sus dedos rozaron el cañón.

«No», oyó antes de que algo la golpeara en la nuca.

Ivy rodó lentamente sobre su espalda. Su visión se nubló y un dolor le atravesó el cráneo.

Vio la determinación en su mirada y la piedra en su mano antes de que le diera el siguiente golpe. Apenas tuvo tiempo de desear estar con Cillian antes de que todo se volviera negro.

***

Cillian se acercó a la criada con cautela. No quería más conversaciones sobre su posible amor por Ivy.

No las necesitaba.

Sin embargo, necesitaba saber dónde estaba ella. Tenía que pedirle perdón.

Ella se detuvo cuando lo vio bajar por el pasillo de los sirvientes, con una galleta a medio camino de su boca.

Muriel se inclinó rápidamente y se metió el resto de la galleta en la boca. —Mi señor —dijo, con las palabras casi inaudibles debido a la boca llena.

—¿Ha visto a Su Señoría por casualidad?

Ella negó con la cabeza, masticó rápidamente y tragó. —Se ha ido a Gravesend.

A Cillian se le hizo un nudo en el estómago. —¿Sola?

—No. —Muriel lo miró fijamente, como diciendo *que no era tonta*—. Se fue en carruaje y se llevó a dos lacayos.

—Ah. —La tensión se alivió en sus músculos. Había ido a ver el retrato otra vez. Ni siquiera podía enfadarse. La determinación que mostraba Ivy solo hacía que la quisiera más.

—¿Eso es todo, milord? —Sacó otra galleta de quién sabe dónde y se la llevó a la boca.

—Sí, Muriel. Gracias.

La criada se dio la vuelta y se dirigió al comedor de los sirvientes mientras se comía la galleta. Él negó con la cabeza. Al principio, Shah y la criada le habían parecido una pareja extraña, pero empezaba a entender por qué podían gustarse. En cualquier caso, estaba claro que ambos compartían el amor por las galletas.

Cillian subió las escaleras, llamó la atención del mayordomo y le pidió que le preparara un baño. No podía hacer mucho por su aspecto o su comportamiento pasado, pero al menos podía estar limpio y arreglado cuando Ivy regresara a casa y hablara con ella. Se sacudió la cabeza mientras subía los escalones de dos en dos. Ahí

estaba, comportándose como un niño que quería decirle a la chica de las bonitas coletas que le gustaba. Pero Ivy le hacía sentir joven de nuevo. Le hacía sentir diferente. Menos luchador y más hombre.

Un compañero.

Si ella aceptaba sus disculpas, no tenía ninguna duda de que podrían forjar una relación aún más fuerte, basada no solo en sus habilidades compartidas, sino también en el amor. Eso debería aterrorizarlo. La última vez que había amado a una mujer, todo se había ido al traste. Sin embargo, lo único que sentía era emoción, por ellos y por el futuro.

Siempre y cuando la criada de Ivy tuviera razón, claro está.

Siempre y cuando Ivy lo amara.

Se detuvo frente a su dormitorio cuando oyó un golpe sordo en el interior. Era imposible que alguno de los sirvientes le hubiera adelantado en las escaleras y no había visto a nadie venir por el pasillo. Frunciendo el ceño, giró el pomo de la puerta.

—Marshall. —El nombre se le escapó de los labios antes de registrar la escena que tenía ante sí.

El hombre estaba en su cama.

Con Ivy debajo de él.

Ella giró la cabeza hacia un lado, con movimientos lentos. O tal vez el momento se desarrolló lentamente para Cillian. Su corazón pareció detenerse cuando vio las manos de Marshall envolviendo su garganta. Vio sus piernas patear débilmente bajo las pesadas faldas. Ella se aferró a la ropa de cama con los nudillos blancos.

Marshall ni siquiera se percató de su presencia.

«Morirás», le dijo a Ivy. «Y Cillian será el culpable».

El mundo volvió a moverse. El corazón de Cillian comenzó a latir con fuerza, rápido y furioso como un río embravecido. Recorrió la distancia entre la puerta y la cama en un instante.

Agarró a Marshall y lo apartó de Ivy. Ella se movió lentamente, parpadeó confusa, pero estaba viva.

Lo que significaba que podía centrarse en Marshall.

Lo agarró de nuevo por el cuello. Ya no era el caballero refinado en el que todos habían creído por encima de Cillian. El pelo revuelto y la ropa arrugada y sucia revelaban quién era en realidad.

«¿Cómo te atreves a tocar a mi esposa?», gritó Cillian enfurecido y lo lanzó al pasillo.

Marshall golpeó la pared, haciendo que un cuadro cayera al suelo y el marco hiciera un gran ruido al romperse.

—¿No te basta con haber matado a Mary? —le espetó Cillian y lo agarró por la camisa para levantarlo del suelo.

El hombre lo miró con expresión vidriosa. —Tú mataste a Mary. Me lo quitaste todo. Ahora yo te lo voy a quitar todo a ti. —Miró detrás de Cillian.

Cillian vio a Ivy por el rabillo del ojo. —Ni se te ocurra mirarla. —Empujó a Marshall contra la pared, haciendo que la mesa auxiliar cercana traquetease y que un jarrón que había sobre ella se tambaleara—. Llevas tanto tiempo diciendo mentiras que hasta tú te las crees.

«Mataste a Mary», repitió Marshall. «Mataste a Mary y ahora lo tienes todo».

Todo lo que Cillian necesitaba era a Ivy. Renunciaría al título, a las casas y a las tierras en un instante con tal de tener a Ivy. Pero eso no le importaba a Marshall. Fuera lo que fuera lo que le había hecho a Mary, había vuelto loco al hombre.

—Pero yo también te lo voy a quitar todo —dijo con una lenta sonrisa en el rostro.

—Ni lo sueñes. —Cillian levantó el puño al mismo tiempo que un destello azul y blanco apareció en la mano de Marshall. Oyó el estallido del jarrón antes de sentir el impacto. El dolor le atravesó el costado de la cabeza. Las chispas bailaban ante su vista. Su agarre se debilitó.

El hombre empujó a Cillian hacia atrás, se soltó de su agarre y echó a correr por el pasillo. Cillian miró el pálido rostro de Ivy.

«Quédate aquí», dijo, limpiándose algo del ojo que solo entonces se dio cuenta de que era sangre al ver el rojo en su manga.

Alcanzó al hombre cerca de la parte superior de las escaleras.

Este se giró lentamente. —No mereces vivir, Cillian.

—Tú te lo has buscado, Marshall. Mary te quería. Por mucho que yo deseara lo contrario, ella solo era una amiga para mí. Pero ni

siquiera eso podías soportarlo.

—No —espetó—. No podías soportar que ella me quisiera. La querías para ti. —Se movió de repente, con la cabeza gacha, y embistió a Cillian con el hombro.

El aire salió de los pulmones de Cillian cuando chocó contra la pared. Lanzó un puñetazo, que impactó en el hueso y hizo que Marshall retrocediera unos pasos. El hombre volvió a abalanzarse sobre él y Cillian le dio otro puñetazo.

Una parte muy grande de él quería matarlo. Quería hacer sufrir al hombre por lo que le había hecho tanto a Mary como a Ivy. Pero Ivy estaba allí, en la periferia de su visión, y él ya no era el hombre que derramaba sangre fácilmente en el campo de batalla.

El deseo de venganza no ardía con tanta intensidad como había previsto.

Harry Marshall tendría que pagar por sus crímenes en los tribunales. Como mínimo, iría a la cárcel por lo que le había hecho a Ivy.

«Pelea conmigo, maldita sea». Golpeó una y otra vez.

Los nudillos golpearon la mejilla de Cillian, luego el estómago y luego el costado. Cillian respondió. Golpe tras golpe, el hombre no parecía ralentizarse. No importaba cuánta sangre brotara de su rostro, cuán lentos se volvieran sus movimientos, cuán áspero sonara su respiración. El hombre estaba enloquecido.

Y Cillian no sabía cómo acabar con aquello sin causarle un daño muy real. Consciente de la presencia de Ivy en el periférico de su visión, esquivó un golpe y golpeó con fuerza a Marshall en el estómago, haciéndole doblarse. No quería que Ivy viera aquello. No quería que ella lo viera como el luchador que podía ser.

Pero Marshall volvió a atacarlo.

Capítulo veinticuatro

Iban a matarse el uno al otro.

Con la boca seca y la cara aún dolorida por el golpe, Ivy observaba cómo los hombres forcejeaban.

Si intentaba acercarse, corría el riesgo de recibir un puñetazo. La sangre le goteaba por la cara a Cillian. Se le manchó la nariz a Marshall. Insultaban y se golpeaban, y el ruido sordo de los puños contra la carne le provocaba náuseas en la garganta dolorida. Pensó que iba a morir. Que nunca podría decirle a Cillian por qué se había negado a marcharse cuando él se lo había ordenado.

Ahora él podría morir a manos de Marshall. O iría a la cárcel por asesinato. Por la furia en el rostro de su marido, sospechaba que sería lo segundo.

—Por favor... —intentó decir, con una súplica débil.

Tenía la garganta seca y dolorida, y la cabeza aún le latía con fuerza por el golpe. Supuso que la única pequeña bendición era que había perdido el conocimiento durante el trayecto y se había despertado con las manos de Marshall alrededor de su cuello. El hombre debía de conocer cada centímetro de la casa para colarse en ella.

Cillian empujó al hombre contra la barandilla de la escalera e Ivy se estremeció al oír el crujido de la madera.

—Iba a casarse conmigo —gritó Marshall enfurecido—. Íbamos a casarnos. Iba a llevarla a la costa para que se recuperara y...

Cillian le presionó el brazo contra el cuello, haciéndole enrojecer la cara.

Él arañó el brazo de Cillian. —La mataste.

—Cillian —suplicó Ivy—. Por favor...

Él la miró brevemente y Marshall se zafó de su agarre, levantando el puño y golpeando la mandíbula de Cillian con tanta fuerza que a Ivy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ese retrato iba a ser un regalo de boda. Marshall se dobló por la mitad mientras Cillian daba unos pasos atrás y respiraba con

dificultad. —Le regalé el vestido. Y ella... —Señaló a Ivy con el dedo —. No tenía derecho ni siquiera a mirarlo.

Ivy se imaginó a la joven, tan llena de esperanza, con una sonrisa que, efectivamente, insinuaba que sabía algo que ellos no sabían. Que se iba a casar y llevaba puesto el regalo de su prometido: un precioso vestido de seda verde brillante.

¿Cómo se había llegado a esto?

«Lo he repetido todos los días desde la desaparición de Mary». Cillian se pasó el dorso de la mano por la cara ensangrentada. «Nunca la toqué. Tú lo sabes. Y te aseguraste de que todos lo creyeran». Sacudió la cabeza. «Estás loco, Marshall. Te has convencido a ti mismo de que fui yo».

—¡*Fuiste* tú! —gritó y volvió a correr hacia Cillian.

Los sirvientes habían comenzado a reunirse en el pasillo de la planta baja, y ella vio a Muriel, con una mano en la barandilla de la escalera. Ivy negó con la cabeza a su criada, que luchaba con un perro que se retorcía. Si Charlie o cualquier otra persona se involucraban, temía que eso significara más sangre, más dolor.

Cillian empujó a Marshall hacia atrás. Este dio unos pasos tambaleantes, rugió y volvió a lanzarse contra él. Esta vez, Cillian respondió con un puñetazo en la cara y la sangre brotó de la nariz del hombre.

Ivy observó con horror cómo el hombre volvía a la carga. Cillian lo mataría si no paraba.

Ya estaba. Se había cansado de dejar que las cosas sucedieran. Se había cansado de esconderse de la fealdad de la vida. La siguiente vez que Cillian repelió un ataque, Ivy se interpuso.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Cillian y se abalanzó sobre ella. Ella esquivó sus brazos extendidos y se giró para enfrentarse a Marshall.

El hombre se quedó quieto, con el puño levantado. —También te mataré a ti.

Ella lo miró a los ojos y recordó la misma expresión que había visto al despertar y encontrar sus manos alrededor de su garganta, impidiéndole respirar. Le recordó cuando había visitado la casa de Lady Ava y había encontrado allí un canguro enjaulado. El animal se

golpeaba contra la jaula día y noche, hiriéndose a sí mismo sin importarle nada. Se había vuelto completamente loco e incluso Ivy no había podido salvarlo.

—Cillian no mató a Mary —dijo en voz baja, al tiempo que enderezaba los hombros y le miraba directamente a los ojos—. Pero yo sé quién lo hizo.

—Mentiras —espetó Marshall—. Él te matará a ti después.

—Ivy —advirtió Cillian—. Apártate.

—¡No! —ella plantó los pies con firmeza—. ¿Dijiste que Mary estaba enferma?

Marshall frunció el ceño. —Tenía una salud delicada. Tenía intención de llevarla de luna de miel a Dorset para que tomara aire fresco. Se habría recuperado una vez que hubiera podido cuidar de ella. —Su mirada se posó en Cillian y entrecerró los ojos—. —Si tu marido no hubiera estado tan consumido por los celos y no me la hubiera quitado... —Intentó esquivarla, pero ella siguió sus pasos.

«Y tú le diste ese vestido».

Marshall se detuvo, apretando la mandíbula. —Sí, como he dicho.

—Un vestido verde.

Se acercó más, casi cara a cara con ella. El pulso le latía con fuerza en los oídos y contuvo un escalofrío que la atravesó.

—Apártate antes de que te haga daño.

Cillian la agarró del brazo y la empujó detrás de él.

«¡El vestido la mató!», gritó ella antes de que Marshall volviera a levantar el puño. «Fue el vestido».

Los hombros de Cillian se tensaron. Marshall se quedó paralizado, con el puño en el aire.

Ella salió de detrás de Cillian. —El vestido... Era verde... —Recordó el cuadro. La lujosa seda. El color vibrante. El tinte utilizado para convertirlo en verde—. La mató.

—¿Qué? —se burló Marshall.

—El tinte verde. Ivy inhaló lentamente, tratando de ordenar sus pensamientos. —Algo me molestaba de la pintura, y no podía entender qué era. Pero ahora lo sé... Tú le regalaste el vestido. Era nuevo.

El hombre se apartó el pelo empapado de sudor de la cara. «Sí».

«Debió de llevarlo puesto muchas veces mientras posaba para el retrato». Se volvió para mirar a su marido. «Y luego enfermó».

Cillian se encogió de hombros, haciendo un amplio gesto con las manos.

—Mi madre habló de ello hace unos años, pero nadie creyó que fuera cierto. Dijo que los tintes suelen utilizar arsénico para obtener el color verde.

Marshall palideció.

«Creo que Mary murió envenenada por arsénico», concluyó.

Oyó cómo todos contenían el aliento en la planta baja.

Marshall negó con la cabeza. «No. Eso no puede haber sucedido. Habría sido seguro».

Cillian entrelazó su mano con la de Ivy, con una fuerza y seguridad tales que ella estaba segura de que juntos podrían sobrevivir a cualquier cosa. —Ninguno de los dos sufrió ningún daño, Mary —repitió—. No puedo decir qué le pasó, pero si se le caía el pelo y tenía llagas, bien podría tratarse de arsénico.

—Estás mintiendo —dijo Marshall apretando la mandíbula—. Estás tratando de proteger a tu marido.

—Estaba enferma, Harry —dijo Ivy en voz baja—. Cillian ni siquiera estaba en la ciudad cuando desapareció. Creo que sucumbió al envenenamiento.

—Dios mío —exclamó Cillian.

La mirada de Marshall saltó entre los dos. —Eso significa... —Marshall tragó saliva—. Eso significa... que yo la maté. —Dio un paso atrás, y luego otro—. Yo la maté —repitió.

—No podías saberlo. —Cillian imitó sus pasos y le tendió una mano.

—Dios mío. —Retrocedió de nuevo hasta llegar a lo alto de las escaleras.

Ivy miró a Cillian, que soltó su mano y se lanzó en cuanto Marshall volvió a moverse.

Pero ya era demasiado tarde. El tacón de la bota de Marshall resbaló en el último escalón y cayó rodando. Ivy vio un movimiento

borroso y oyó un ruido sordo y repugnante.

Cillian la atrajo hacia él, le dio un beso apasionado en la frente y le ordenó que se quedara allí antes de bajar corriendo las escaleras hacia el cuerpo desplomado de Marshall.

***

Ivy bajó apresuradamente las escaleras con Cillian. Él debería haber sabido que ella nunca seguiría sus órdenes, pero no quería que presenciara lo que había al final de las escaleras.

Los sirvientes formaron un círculo alrededor de Marshall. Apenas se oía respirar. Cillian se abrió paso a empujones hasta encontrar al hombre desplomado en el penúltimo escalón. Tenía la pierna en un ángulo extraño y los ojos cerrados. Lo examinó brevemente. Lo había odiado durante tantos años y, al parecer, sin motivo alguno. Mary había muerto a manos de quienquiera que pensara que era una excelente idea usar arsénico como tinte.

Y no por culpa de ninguno de los dos. Habían desperdiciado toda una vida odiándose mutuamente.

Miró a Ivy, con el rostro pálido y una mano sobre la boca. Si no fuera por ella, quizá nunca hubieran sabido la verdad. Aunque aún no conocían toda la verdad, él confiaba en la palabra de Ivy, y eso era suficiente. Su decidida esposa había revelado su inocencia.

Arrodillándose, presionó un dedo contra el cuello de Marshall. Contuvo la respiración y esperó.

«Está vivo. Apenas». Pronunció las palabras con un suspiro de alivio.

Cillian ya no podía enfadarse. Si Marshall sobrevivía a esto, tendría que vivir con un tormento que superaba con creces todo lo que Cillian había soportado.

—Traed a un médico —ordenó—. Rápido.

Alguien salió corriendo y parte de la multitud retrocedió.

Ivy se deslizó alrededor de Marshall y se agachó junto a Cillian. —¿Qué podemos hacer?

—No me atrevo a moverlo. Puede tener lesiones internas.

—Su pierna...

—Rota, pero puede que haya algo peor.

El hombre abrió los ojos y dejó escapar un gemido entrecortado. —Cillian —logró murmurar.

«Un médico está en camino».

«La quería tanto...».

«Y ella te quería a ti», le aseguró Cillian. «Los dos lo sabemos».

Sus ojos se voltearon hacia atrás y sus párpados se cerraron de golpe. Cillian mantuvo un dedo en su cuello.

—¿Está...? —preguntó Ivy.

Él negó con la cabeza. —No, sigue vivo. —Miró a su alrededor —. Necesitamos a ese médico. Ahora mismo.

—Nuestro jinete más rápido ha salido, mi señor —dijo la ama de llaves y comenzó a dar órdenes para que trajeran mantas y los sirvientes se dispersaran. Las sospechas de Ivy de que la señora Baxter se estaba acercando a ellos se confirmaron cuando entrelazó las manos y se colocó detrás de ellos. —Voy a esperar a que llegue el médico, pero si necesita algo más, mi señor, puede llamarme a cualquier hora.

Más tarde celebraría con ellos haber convencido a la ama de llaves.

El médico llegó y concluyó que Marshall podía ser trasladado, pero nada en el comportamiento del hombre indicaba que el desenlace fuera a ser otro que sombrío para el paciente.

«Tenemos que trasladarlo a mi casa», dijo el médico. «Estoy seguro de que no hay daños internos, pero necesito mi equipo y a mi asistente para colocarle la pierna».

«Yo le acompañaré», se ofreció Cillian al médico, mirando a Ivy. «No hace falta que vaya si prefieres que me quede».

—No, deberías ir.

Tenía moretones alrededor del cuello y la mejilla hinchada. La necesidad de venganza ya no ardía en él. Marshall ya se había hecho suficiente daño a sí mismo.

Le acarició la mejilla a Ivy. «No debería haber llegado a esto», dijo con voz ronca.

—No podías saber lo que haría. —Ella puso una mano cálida sobre la de él.

—Si no hubiera huido cuando era más joven, si no me hubiera alistado en el ejército... quizá podría haber buscado la verdad como tú hiciste. —Sacudió la cabeza y miró al suelo pulido—. Podría habernos dado paz a todos antes.

«No puedo decir que no haya huido de muchos problemas en mi vida». Se acercó, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su pecho.

Él la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Su dulce aroma, la sensación de tenerla tan pequeña y suave, liberó la tensión que sentía en el estómago. Había muchas cosas que no estaban bien en esa situación y quién sabía si Marshall sobreviviría o si se lo merecía después de lo que le había hecho a Ivy, pero Cillian no podía afirmar que fuera más sensato cuando se trataba de Ivy. Había querido destrozar a Marshall por tocarla.

—Pero ahora no estás huyendo —le dijo al oído—. No huiste cuando podías hacerlo.

—No —ella levantó la cabeza para mirarlo—. Y nunca volveré a huir.

—Bien. —Le dio un suave beso en los labios—. Juntos, y solo juntos, podemos enfrentarnos a cualquier cosa.

Capítulo veinticinco

La puerta del dormitorio se abrió apenas unos centímetros. Ivy no esperó. Saltó de la cama, casi tropezando con su camisón, y la abrió de un tirón para encontrar a Cillian de pie en la puerta. Su camisa estaba arrugada, manchada de sangre y rasgada. El parche del ojo había desaparecido hacía tiempo. Tenía un moratón debajo de un ojo y un pequeño corte en la parte superior de la nariz. Su corazón se estremeció.

Le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la boca.

Él soltó un suspiro y ella retiró las manos. «Lo siento».

Cillian negó con la cabeza y la miró desde debajo de un manto de rizos oscuros. —No. Hazlo otra vez.

Sonriendo, ella lo abrazó, esta vez con más cuidado, y lo besó suavemente.

«¿Estás bien?». Su mirada recorrió el rostro de ella y deslizó las manos por las curvas de su cuerpo. «¿No tienes ninguna herida?».

—Me duele un poco la garganta, pero estoy bien.

Él apretó los labios mientras le observaba el cuello. Ella sabía que llevaba las huellas de lo que había sucedido ese día y que quizá debería estar aterrorizada por lo cerca que había estado de la muerte. Sin embargo, era como si aquello la hubiera revitalizado. Quería aprovechar todas las oportunidades que se le presentaran. Vivir cada día como si fuera el último.

Quería amar a Cillian con todas sus fuerzas.

«Siento que haya pasado esto». Él emitió un sonido de disgusto en la garganta. «Debería haberte protegido mejor, debería haber...».

—No te arrepientas más. Ya has vivido con ello durante demasiado tiempo. Ivy le puso un dedo en los labios. —¿Cómo está el señor Marshall?

—Vivo.

—Dios mío. —No sabía cómo sentirse al respecto. El hombre había cometido un acto atroz, pero cuando vio el amor en sus ojos,

solo sintió lástima. Tendría que vivir con el hecho de haber hecho daño a la mujer que amaba durante el resto de sus días.

—El médico cree que sobrevivirá, pero tiene la espalda rota. No volverá a caminar en lo que le queda de vida.

—Lo compadezco.

—Yo también.

«Por eso te has quedado tanto tiempo».

«Fuimos amigos en otro tiempo. Lo odio por lo que te hizo».

«¡Y a ti!».

Se le crispó la comisura de los labios. «Por alguna razón, no puedo odiarlo por eso. Quizás si fuera otro tipo de hombre, la gente no habría creído tan fácilmente que yo pudiera ser el responsable».

«Eres el mejor tipo de hombre. Es culpa suya por no verte tal y como eres en realidad».

Cillian se encogió de hombros. «Ahora ya da igual».

«No, aunque me gustaría saber qué le pasó a Mary al final. Solo podemos suponer que sucumbió al envenenamiento».

—¿Cómo lo has deducido?

—Hay tres cosas que tienen prohibidas los Musgrave: tener perros...

Él miró hacia la pequeña cama en la esquina donde Charlie permanecía acurrucado. «Eso no duró mucho».

«Maldiciones», continuó ella, ignorando su leve sonrisa, «y llevar vestidos verdes».

«Nunca había oído hablar de eso. No puedo evitar preguntarme por qué».

«Muchos no creen que sea posible, y es cierto que se han registrado pocos fallecimientos. Las empresas afirman que el tinte está sellado y que es mera coincidencia que haya mujeres que hayan fallecido por llevar vestidos verdes».

«Me pregunto cómo es posible que se salgan con la suya».

«A la gente le encanta el color y está dispuesta a hacer lo que sea necesario para llevarlo. Mi madre solo se enteró del asunto porque una amiga suya sufrió grandes ronchas por llevar guantes verdes». Ivy suspiró. «Las mujeres llevan mucho tiempo muriendo o haciéndose daño en nombre de la belleza. Yo misma soy culpable de

haberme apretado demasiado el corsé y haber estado a punto de desmayarme».

Cillian le acarició la cintura con la mano. La idea de que él le tocara el suave vientre la habría hecho estremecerse en otro tiempo, pero con la forma en que la miraba, con la forma en que la hacía sentir, solo podía dejarse llevar por su caricia.

«No vuelvas a hacer algo así».

«Nunca», asintió ella.

«Supongo que seguirás investigando lo que le pasó a Mary».

—No puedo dejarlo así. Todo el mundo merece saber lo que pasó. —Le puso ambas manos en la cara, saboreando la aspereza de su barba incipiente—. ¿Cómo era posible que este hombre fuera todo suyo? ¿Cómo era posible que ella lo hubiera encontrado y él la hubiera encontrado a ella? Eran tan parecidos, pero los separaban la edad y la experiencia, y de alguna manera eso los hacía perfectos el uno para el otro.

—Eres una mujer decidida, Ivy. No puedo culparte por eso.

—Es una historia muy triste. El señor Marshall pensaba que le estaba regalando algo maravilloso a su prometida. Me enfada que las empresas que producen esos tintes nos digan que son seguros.

«Tendremos que hacer todo lo posible para que se haga justicia. No creo que Marshall pueda hacer nada en su estado».

—Ha pagado muy caro por sus actos, pero el amor lo volvió loco.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios mientras la miraba. «Puedo entenderlo».

«¿Que el amor puede volverte loco?».

Su sonrisa se extendió por todo su rostro, haciéndolo más guapo de lo que ella jamás hubiera imaginado.

«Sí, cariño», dijo. «El amor».

***

«¿El amor?», repitió Ivy.

Le encantaba cómo sus ojos brillaban con asombro. Cómo sus labios comenzaban a curvarse. Cómo todo su cuerpo se ablandaba contra el suyo. Le encantaba su mente y su compasión por todos los necesitados.

«Amor», confirmó él.

«¿Como en... tú me amas?».

—¿Cómo podría no hacerlo? Su corazón se aceleró cuando la habitación permaneció en silencio. ¿Era posible que él fuera el único que sintiera eso? ¿Era posible que esa mujer estuviera tan decidida a indagar en su pasado si no sentía algo por él? Se había equivocado en el pasado, pero ahora...

—Nunca esperé algo así —susurró ella.

«Yo tampoco».

«Cuando viniste a rescatarme...».

«Solo quería protegerte. Asegurarme de que la historia no se repitiera».

«¿La historia?».

«Siempre temí haberle fallado a Mary. Que, de alguna manera, podría haberla protegido mejor», explicó. «Por supuesto, ahora me doy cuenta de que eso habría sido imposible».

«Así que querías protegerme».

«Así es».

Ivy apoyó las palmas de las manos sobre su pecho y él juró que su corazón se estiró para latir con fuerza contra la palma de ella, como para recordarle que era suyo.

Ella lo tenía todo. Su corazón, su cuerpo, su alma. Todo era suyo.

Diablos, tal vez habían sido suyos desde el momento en que él la vio por primera vez.

—Me alegro mucho de que vinieras a rescatarme, Cillian. —Sus ojos brillaron—. Ha cambiado mi vida.

—Me temo que no para mejor. —Miró los moretones en su cuello.

—Me obligaste a alejarme de una vida protegida. —Una suave sonrisa adornó sus labios—. Quiero a mis hermanas, pero son muy protectoras conmigo, y mis días no eran más que un desfile interminable de ocultarme en bailes y evitar a mujeres rencorosas. Estar casada contigo, Cillian, me ha puesto a prueba...

«Bueno...».

«De la mejor manera posible. Aunque a veces seas un ogro terco».

—Es la segunda vez que me llamas así.

«Pero lo que intento decir es que me encanta estar casada contigo».

Él esperó, sintiéndose como si estuviera al borde de la batalla, esperando la orden de cargar.

«Y yo te amo».

El aire salió expulsado de sus pulmones. La diversión brilló en los ojos de ella, y le puso un dedo en los labios.

«A mí también me encanta cuando sonríes así».

«Solo tú puedes hacerme sonreír así».

Poniéndose de puntillas, ella lo besó de nuevo. Quizás ella solo pretendía que fuera un beso casto, pero el día había sido largo y él estaba demasiado lleno de gratitud como para no profundizar el beso. Con una mano en la nuca de ella, la besó profundamente y la hizo jadear. Intentó demostrar su gratitud con su beso, dejándola sin ninguna duda de cuánto la adoraba.

Ella lo había salvado de muchas maneras. Lo había salvado de una vida de ignorancia, lo había salvado de una vida en soledad, lo había salvado incluso de matar a Marshall. Le debía tanto.

Ella se aferró a él como si se tratara de una cuestión de vida o muerte. Él la levantó, acogiendo su suavidad contra su dureza, y aspiró bruscamente cuando ella rozó su pene.

—No he venido aquí para esto —murmuró contra su boca.

—No importa —Ivy le besó el cuello y un escalofrío recorrió su cuerpo.

«Solo quería comprobar que estabas bien».

«Estoy bien», susurró ella. «Pero te necesito».

La llevó hacia la cama y la tumbó. La besó con fuerza y firmeza, se apartó ligeramente y continuó bajando por su cuello. Luego desató los lazos de su camisón, dejando al descubierto las curvas de sus pechos. Gimió. Sus exuberantes curvas eran perfectas, diseñadas para ser tocadas y amadas.

Ivy le arañó la espalda con las uñas mientras él le mordisqueaba los pezones a través del algodón. Ella arqueó la

espalda y cerró los ojos mientras él saboreaba su tacto bajo la lengua. Cillian le colocó una mano debajo y la sostuvo como si fuera una ofrenda. Hundió la nariz bajo el algodón y ella jadeó su nombre cuando él cerró la boca completamente sobre un pezón.

«Sabes tan bien», murmuró él.

Besándola en el hueco entre sus pechos, utilizó una mano para subirle la camisola y acariciarle la pierna. Luego enganchó su pierna sobre sus caderas y se balanceó sobre ella. Su dureza contra los suaves pliegues de ella hizo que su visión se volviera borrosa.

Con los ojos abiertos, ella extendió los brazos por encima de la cabeza, entregándose a él. Él contuvo el aliento ante lo que ella le ofrecía. Aquí estaba una mujer a la que toda su vida le habían dicho que era cualquier cosa menos perfecta, y sin embargo se le ofrecía sin vergüenza, dándole toda su confianza.

Cillian pasaría el resto de sus días demostrándole que había hecho bien en entregarse a él, que había hecho bien en amarlo.

Le acarició los suaves muslos con las manos, arrugándole la camisola mientras la subía y subía, rozándole las caderas, las costillas y los costados de los pechos. Cuando le quitó la prenda por la cabeza y la tiró a un lado para admirarla, se fijó en el rubor de sus mejillas.

—Eres tan hermosa, cariño —rió ligeramente y sacudió la cabeza—. No puedo creer que te merezca.

—Me siento hermosa cuando me miras así.

—Entonces tendré que mirarte así todos los días.

—Lo haces, Cillian.

Ella se acercó a él y se arqueó, frotándose contra su erección.

«Mierda».

«No deberías decir palabrotas», le regañó ella.

«Deberías probarlo alguna vez. Quizás te guste».

Él se apartó bruscamente y ella maldijo. Él sonrió mientras se apresuraba a quitarse la camisa y la ropa. Ella se retorció contra las sábanas, agarrándolas con los dedos mientras lo miraba. Él apartó de una patada su ropa y volvió rápidamente hacia ella.

Con los puños sobre la cama, sintiendo cómo el colchón se hundía bajo su peso, se acercó a ella y observó el rápido latido de su

pulso en el cuello. Su respiración se aceleró cuando él cubrió su cuerpo con el suyo, sosteniéndose con ambas manos. Ella alcanzó su excitación y luego se llevó el pulgar a la boca y probó su esencia.

Él luchó contra el deseo de soltar un rugido bestial y primitivo.

Los siguientes momentos fueron una confusión de movimientos y necesidad. Sus bocas se unieron al mismo tiempo que él le levantaba las piernas para que se engancharan sobre sus hombros. Sus dientes chocaron, él incluso le mordió el labio, y luego se hundió profundamente en ella. Se deslizó fácilmente dado su estado de excitación. Volvió a empujar, haciéndola gritar contra su brutal beso.

Con cada embestida, ella se apretaba contra él. Quería cerrar los ojos y saborear la sensación, pero no podía apartar la mirada de esta mujer tan generosa.

La mujer que amaba.

Su cabello rubio se arremolinaba a su alrededor, sus mejillas y su pecho estaban sonrosados. Era tan suave y encantadora debajo de él y tan condenadamente sensual en sus expresiones, con los ojos cerrados con fuerza y los labios entreabiertos de placer. La mezcla perfecta.

La mujer perfecta. Y la esposa perfecta para él.

Cuando Ivy entrelazó las manos en la sábana e inclinó la cabeza hacia atrás, supo que ella no estaba lejos. La cama crujía y retumbaba con cada potente embestida. Sus suaves gemidos se convirtieron en gritos de placer y ella temblaba de pies a cabeza, pero Cillian no le dio tregua. Solo hizo falta una fuerte embestida más para que ella se deshiciera y él reclamara su cuerpo por completo.

Cillian cerró los ojos y su fuerte ritmo se tambaleó. La penetró una vez, dos veces, y luego se hundió profundamente para llenarla. Ella le acarició los brazos mientras él volvía a la realidad.

Inmóvil, con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho, abrió los ojos. Sus miradas se cruzaron. Para su horror, vio lágrimas en los ojos de ella. Se apartó rápidamente.

—¿Cillian? —Ella le agarró del brazo, impidiéndole levantarse de la cama—.

—¿Te he asustado?

—Por supuesto que no.

—No tienes por qué mentirme.

Ella negó con la cabeza y le instó a que se recostara, luego se sentó a horcajadas sobre él. Su maldito cuerpo respondió al instante.

Le acarició el pecho con los dedos y le dedicó una tierna sonrisa. —¿Te parezco una mujer asustada?

—Bueno, no, pero...

—Te quiero, Cillian, y confío en ti. —Respiró hondo y se recostó para apoyar la cabeza contra su pecho—. Es solo que nunca había sentido nada parecido.

Respirando aliviado, le acarició los brazos con las manos y las dejó descansar sobre sus muslos. «Yo tampoco», admitió. «Te amo tanto que es incomprensible».

Ivy se inclinó hacia delante y dejó que sus labios se posaran sobre los de él. «Bueno, entonces déjame intentar ayudarte a comprenderlo».

Epílogo

«Muriel, los guantes van en la maleta, no en la cómoda». Ivy se puso las manos en las caderas y miró a la criada con una sonrisa desconcertada.

—Ah, sí. —Sacó los guantes de la cómoda y los colocó cuidadosamente encima del resto de la ropa de Ivy. Luego, mientras tarareaba una melodía vaga que Ivy no logró descifrar, sacó con cuidado una camisa cuidadosamente doblada del baúl y fue a colgarla sobre una silla.

—Muriel...

Se sobresaltó, sonrió con descaro y cogió la camisa. «En el baúl, lo sé».

Ivy negó con la cabeza. No recordaba haber visto nunca a nadie tan embriagado por el amor. Quizás era contagioso. Si no tenían cuidado, la señora Baxter y el mayordomo se enamorarían y nadie haría nada, aunque el mayordomo seguía con el mismo rostro severo de siempre, a pesar de que a la señora Baxter casi le gustaba Ivy ahora y muchos de los sirvientes se habían descongelado desde el incidente con Marshall.

Los rumores sobre la inocencia de su marido y la verdad sobre el destino de Mary habían circulado por la *alta sociedad* y la sociedad de Bath gracias a los periódicos sensacionalistas. Habría quienes no estuvieran convencidos de que un simple vestido pudiera matar a alguien, a pesar de que la criada que había cuidado de Mary durante sus últimos días hubiera dado a conocer su historia. Parecía que Mary no quería ser una carga para su familia, ni para el hombre que amaba, ni siquiera para su mejor amigo, Cillian. El envenenamiento por arsénico era una muerte dolorosa y horrible, y ella había decidido irse de la forma más tranquila posible, escondida en la campiña de Cumbria.

No era un destino que Ivy deseara para nadie, pero al menos la familia de Mary sabía ahora lo que había sucedido.

Un leve golpe en la puerta hizo que Charlie ladrara y levantara la cabeza de su siesta en la cama, pero ni siquiera eso

sacó a Muriel de su ensimismamiento mientras movía la ropa por la habitación sin ir nunca en la dirección correcta.

Ivy abrió la puerta y se encontró a Cillian en el pasillo. Sin su parche en el ojo, parecía relajado y demasiado guapo para su propio bien. Si no tenía cuidado, ella sería la que retrasaría su segunda luna de miel para poder robarle un poco de tiempo en ese mismo instante.

«¿Estás lista? El carruaje está listo».

Ella miró a Muriel, que se había puesto a bailar por la habitación con uno de los vestidos de Ivy, salió por la puerta y la cerró suavemente detrás de ella. —Puede que tardemos un poco. Tu mayordomo está distrayendo a mi doncella.

Cillian frunció el ceño. —He visto a Shah hace solo unos momentos.

—Creo que pronto tendremos que alojarlos en una de las cabañas de la finca.

—Shah está muy contento donde está.

—No, Cillian, no creo que lo esté. —Señaló la puerta—. No sin Muriel...

Él abrió mucho los ojos. —¿Shah y... Muriel?

—Sabías que había habido un coqueteo entre ellos.

«No me había dado cuenta de que fuera tan serio».

Ivy no culpaba a su marido por no haberse dado cuenta. Entre las nuevas viviendas que se estaban construyendo en Campden para los trabajadores y el resto de su trabajo en las granjas de la finca, no tenía mucho tiempo para escuchar los chismes sobre los sirvientes.

Sin embargo, siempre tenía tiempo para ella. Y esta semana tendrían aún más tiempo para estar juntos.

Estaba impaciente.

«Sospecho que tendremos que organizar una boda cuando regresemos de nuestra luna de miel».

—Una luna de miel que debe comenzar cuanto antes. Cillian la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él y dándole la oportunidad de inhalar el aroma especiado de su colonia.

Ella le acarició la solapa. —Estoy de acuerdo. Tenemos mucho que recuperar.

—Volveremos a dar largos paseos por la playa —le advirtió él —. Largos, *largos* paseos.

«Contigo», le recordó ella, mirándolo para espiar las arrugas burlonas alrededor de sus ojos.

«Encontré muchas calas secretas en mis paseos por allí. No puedo decirte cuántas veces imaginé tumbarte en la arena, quitarte toda la ropa y hacerte el amor en la arena».

Ella se estremeció al oír la promesa susurrada en su oído. «Bueno, ya no tendrás que imaginarlo más».

Muriel aumentó el volumen de su tarareo y Cillian miró a su alrededor hacia la puerta. «Si tu criada termina alguna vez de hacer las maletas».

«Debería volver y ayudarla, o nunca nos iremos. Probablemente ya haya desempaquetado todo lo que hemos conseguido meter en el maletero».

«Déjame distraerte un segundo más», murmuró antes de besarla tan profundamente que sus piernas se volvieron gelatinosas y todo se volvió borroso por un momento, incluso después de que él la soltara. Sacudió la cabeza cuando la melodía de Muriel alcanzó su punto álgido, llegando a un volumen tan penetrante que Ivy estaba segura de que podría romper cualquier cristal que hubiera cerca.

—Espero que Shah no esté cantando también. Nunca pensé que se enamoraría de una mujer. —Se frotó la cara con la mano y se rió entre dientes—. Supongo que solo necesitaba a la mujer adecuada.

—¿Y tú tienes a la mujer adecuada?

Él la miró con una expresión tan adoradora que Ivy nunca se había sentido tan amada ni tan maravillosa. Ahí estaba un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, a ser su verdadero compañero en la vida. Ella nunca habría buscado a un hombre como él y él probablemente nunca habría considerado a una esposa como ella si su situación no hubiera sido forzada, pero estaban forjando la promesa de una vida maravillosa juntos.

«Más que adecuada», dijo con firmeza, y luego presionó sus labios contra los de ella, la abrazó con fuerza y la envolvió en la calidez y el amor de su abrazo.

FIN

Encuentra más libros de Samantha Holt en Amazon

Nota de la autora

Algunos de ustedes quizá estén familiarizados con la expresión «Killer Green» (verde asesino), que se utiliza normalmente para referirse al veneno presente en los tejidos verdes y que fue muy comentado durante la época victoriana. Ya en la década de 1850, los médicos expresaron su preocupación por el envenenamiento de las personas a causa del arsénico presente en estos tintes verdes; sin embargo, como sabemos, la belleza a menudo ha significado estar dispuesto a arriesgar la vida, y hubo que esperar hasta 1895 para que se promulgaran normas para proteger a los trabajadores que manipulaban estos tintes.

Para entonces, los clientes también se negaban a gastar su dinero en productos teñidos de verde, especialmente tras la horrible y muy publicitada muerte de la trabajadora de fábrica Matilda Scheurer, que manipulaba el tinte verde de Scheele en 1861.

En 1814 se inventó un tinte más vibrante (y letal), al que se suele referir como «verde asesino», pero el verde de Scheele se inventó en 1775, por lo que el tinte que mató a María se habría producido antes de que este nuevo tinte saliera al mercado. Un gran debate es si este tinte también fue responsable de la muerte de Napoleón, ya que se encontró en el papel pintado verde que le gustaba. Bien podría haber sido una combinación de factores, pero las pruebas realizadas en mechones de su cabello en 2008 revelaron niveles elevados de arsénico. Si quieres ver un vestido con arsénico, hay varios vestidos verdes en museos de todo el mundo que dan positivo en las pruebas hasta el día de hoy.

En un tono menos sombrío, mi inspiración para este libro no fue solo la muerte y la enfermedad, sino también la canción *Hazard*, de Richard Marx. Siempre me ha obsesionado un poco la idea de darle un final feliz al protagonista de esa canción, en el que se demuestre que no ha hecho daño a la chica que ama y se marche con ella hacia el atardecer o vuelva a encontrar el amor. Así que este libro es mi pequeña forma de darle su final feliz.